LUCHADORES DEL ESPACIO

PUENTE DE MANDO



POR GEORGE H. WHITE

Los SADRITAS, invasores en los planetas terrícolas, no esperaban que el autoplaneta VALERA regresara jamás. En su mentalidad lógica no cabía el absurdo de que los humanos volvieran para reconquistar su solar patrio, pues aquellos planetas no eran habitables para el hombre.

Pero los SADRITAS se equivocaron. Contra toda razón lógica, obedeciendo a un impulso del corazón, los terrícolas regresaron al cabo de 14.000 años… ¡Y conquistaron la Tierra!

El dramático relato de las enormes dificultades que los terrícolas tuvieron que superar para expulsar del Reino del Sol a un enemigo tenaz, astuto e implacable. ¡El único enemigo a quien los terrícolas jamás lograron vencer!



George H. White

Puente de mando

La saga de los Aznar - 36

ePub r1.0
Titivillus 11.08.15

Título original: *Puente de mando*
George H. White, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PUENTE DE MANDO

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

SURGIENDO de las profundidades del espacio, más allá de las fronteras del Reino del Sol, el autoplaneta VALERA inició la operación de frenado, y simultáneamente lanzaba un gigantesco proyectil de hidrógeno.

Impulsado por motores de “luz sólida” y ondas gravitacionales, el proyectil empezó a acelerar hasta alcanzar la velocidad de la luz.

En la misma barrera de la luz los motores del proyectil se pararon, mas para entonces ya estaba cerca del Sol, el cual actuaba como una manga de succión, tirando con su gigantesca masa del artefacto.

Los tiempos y las distancias habían sido medidos con exactitud, de forma que el proyectil alcanzara la velocidad de la luz en las proximidades del Sol.

Según las leyes de la mecánica universal, un cuerpo que sobrepasara la velocidad de la luz aumentaría su masa inconmensurablemente. Este efecto, buscado exprofesamente por los científicos valeranos, se produjo en el momento que el gigantesco proyectil, en forma de cilindro, cruzaba la órbita de la

Tierra. La masa del cilindro empezó a crecer enormemente, hasta que segundos después fue a estrellarse contra el Sol. Éste recibió una sobredosis de hidrógeno que ardió en inmensa llamarada…

¿Cuáles fueron las consecuencias de este acto? La reacción nuclear desencadenada en la gigantesca masa del Sol alteró la naturaleza del astro.

No era la primera vez que ocurría esto. Hacía dieciséis mil años, los Hombres de Titanio, que se llamaban a sí mismos SADRITAS, llegaron inopinadamente a este rincón de la galaxia y bombardearon el Sol con una gigantesca masa de helio.

Los SADRITAS eran unas criaturas extrañas. Dotadas de una inteligencia superior, tenían la forma de un pequeño pulpo con un solo y prominente ojo en la parte superior de la cabeza. Su organismo era de una simplicidad y robustez sorprendentes. El titanio era el elemento constitutivo de su materia, de igual forma que el carbono lo era del hombre habitante de la Tierra. No tenían aparato auditivo y carecían de sistema fonor, comunicándose entre sí por telepatía o transmisión del pensamiento.

Respiraban anhídrido carbónico.

La mayor potencia militar del orbe conocido, era por entonces la Confederación de Planetas (la Tierra, Venus y Marte, más los planetas de REDENCIÓN). La Confederación de Planetas no sólo era fuerte en sus propios dominios, sino que además poseía un arma poderosa de largo alcance, el “autoplaneta” VALERA que actuaba como transporte de tropas y gigantesco porta-aeronaves.

VALERA, de dimensiones parecidas a las de la Luna, era un planetillo hueco. Constituido de un metal llamado “dedona” que tenía la propiedad de crear un campo de fuerza bajo inducción eléctrica, los terrícolas lo adaptaron como astronave, creando en su interior las condiciones adecuadas para la vida. La superficie interior del planetillo era tres veces la de Europa, más que suficiente para acomodar en confortables ciudades hasta doscientos millones de tripulantes.

Provisto de poderosos motores y armado como una fortaleza, VALERA viajaba constantemente de un lado a otro manteniendo los vínculos de hermandad entre los planetas terrícolas y los planetas de REDENCIÓN. Además, en el curso de su historia, llevó a cabo dos expediciones a los planetas de NAHUM, habitados por seres

semejantes a los terrícolas.

La fuerza de ataque del autoplaneta VALERA estaba confiada a su Armada Sideral, cuyo número había variado mucho con las alternativas de cada época, pero cuya potencia había sido siempre por lo menos equivalente a la de los dominios de la propia Confederación.

Difícil era adivinar lo que hubiera ocurrido si VALERA se hubiese encontrado en las proximidades de la Tierra cuando se presentaron los SADRITAS, pero VALERA por aquella época se encontraba ausente, en viaje a los lejanos planetas de NAHUM.

Desde comienzos del Siglo Veinte, las batallas libradas en mar y en tierra, tuvieron como principales protagonistas al proyectil y la coraza. El proyectil fue en un principio la bala de cañón. Luego se incorporaron los torpedos y los misiles cohete, pero sin que variara la escena. Aumentaba la potencia de los proyectiles, y simultáneamente crecía el espesor y dureza de las corazas. Se hacían corazas más resistentes, y se inventaba otro proyectil de mayor potencia.

Con la conquista del espacio vino la disputa por los planetas recién descubiertos. Se crearon las flotas siderales y apareció una nueva arma, el “Rayo Zeta” desintegrador de metales. Pero llegaron las corazas de “dedona”, y todo siguió como estaba antes. Contra las poderosas corazas de “dedona” se utilizaron los destructores torpedos aéreos de carga nuclear. A su vez, contra los torpedos aéreos, se utilizaron los torpedos anti-torpedos.

Las flotas siderales, moviéndose a gran velocidad, se atacaban desde enormes distancias, lanzándose una a otra andanadas de torpedos que se autodirigían al blanco. Pero aunque la misión del torpedo era llegar hasta el buque enemigo y destruirlo, pocas veces lo conseguía. A mitad camino era detenido por otro torpedo enemigo. Si las escuadras estaban niveladas en buques y cantidad de torpedos, una batalla podía quedar en tablas, y ambas fuerzas se retiraban luego que sus torpedos se habían destruido mutuamente sin llegar a alcanzar los buques.

Una variante de este sistema de lucha fue introducida con un nuevo invento, el cual consistía en reducir los espacios vacíos existentes en la materia.

Los torpedos se construían de diez metros de longitud y luego

eran sometidos a un proceso que los dejaba reducidos al tamaño de cigarros puros. Un millar de estos torpedos reducidos cabían en un torpedo portador llamado “lata”, que era lanzado al espacio de forma convencional. Una vez en el espacio la “lata” estallaba dispersando los torpedos miniaturizados, que recobraban su tamaño natural y se controlaban ya por sus propios medios dirigiéndose al blanco.

Este invento significó una multiplicación del poder ofensivo de los buques siderales, que ahora podían transportar un millón de torpedos en el mismo espacio que antes ocupaban un millar. Fue una ventaja indiscutible para el primero que utilizó este sistema, pero conocido y aplicado por todas las potencias; las cosas quedaron como estaban antes. El gasto de las guerras, ya muy elevado antes, se encareció enormemente.

El hombre, con todos estos artefactos que se controlaban por sí mismos, no participaba directamente en el combate. A cambio vivía esclavizado de la gigantesca industria que fabricaba estas armas. Millones de costosísimos torpedos ardían en sólo unos pocos minutos en el curso de una de aquellas apocalípticas batallas.

Pero llegaron los SADRITAS esgrimiendo una nueva arma, la “luz sólida”, y todo fue trastocado.

Básicamente la “luz sólida” era un chorro de fotones acelerados hasta alcanzar mayor velocidad que la luz. La alta energía de estos fotones era de tal magnitud, que podía imaginarse este rayo como una barra de acero que tuviera diez centímetros de grosor y 50.000 kilómetros de longitud, lanzada como una jabalina a una velocidad superior a 300.000 kilómetros por segundo. Las más fuertes corazas de “dedona” de los buques de guerra terrícolas eran atravesadas como papel.

Inermes frente a esta arma demoledora, la Confederación de Planetas no pudo impedir que los SADRITAS se instalaran a sus anchas en Urano. Una comisión SADRITA fue a parlamentar con los representantes de los planetas terrícolas.

Sirviéndose de una máquina de escribir, la comisión SADRITA aseguró que su pueblo no tenía aspiraciones sobre los planetas habitados por el hombre. La Confederación de Planetas tuvo que contentarse con desearles buena suerte en su intento colonizador.

Pero los terrícolas no podían fiar su seguridad a una simple

promesa, tanto más, cuanto que los científicos aseguraban que el sol, astro bienhechor de estos afortunados planetas, era altamente perjudicial para la naturaleza de titanio de los intrusos. Alguien sugirió que el paso inmediato de los SADRITAS sería un intento de transmutar la naturaleza del Sol, pero nadie creía entonces que tal cosa pudiera ser llevada a cabo.

Los terrícolas no tardaron en descubrir el misterio de la “luz sólida”, una vez que tuvieron en su poder un arma de este tipo. Pero mientras la Confederación de Planetas adaptaba su gigantesca industria para producir la nueva arma, los SADRITAS se anticipaban y lanzaban contra el Sol un enorme proyectil que, pasando junto a la Tierra, detuvo el giro de ésta sobre su eje y provocó incendios e inundaciones, antes de que fuera a hacer certero impacto en el Sol.

La iniquidad estaba consumada, sin reversión posible. Ya ni siquiera tenía objeto salir a pelear con los SADRITAS. Cualquiera que fuese el resultado de este enfrentamiento, la Humanidad tendría que evacuar sus planetas, desde ahora inhabitables bajo los rayos de un sol mortífero. Los proyectos de guerra tuvieron que ser modificados para adoptar un plan de rápida evacuación. La Humanidad abandonó el Reino del Sol para dirigirse en busca de asilo a los planetas de REDENCIÓN.

Hacia el año 11.000, el autoplaneta VALERA, que ya tenía conocimiento de lo ocurrido y había incorporado a sus defensas y a su fuerza de ataque la “luz sólida”, regresó al Reino del Sol coincidiendo aquí con una Flota de autoplanetas que llegaba de REDENCIÓN. Las dos fuerzas se unieron para atacar los planetas invadidos por los Hombres de Titanio, pero no pudieron recobrar estos mundos y se retiraron hacia REDENCIÓN.

Por segunda vez el autoplaneta VALERA estaba de regreso para reconquistar el Reino del Sol. Aparte las enormes ventajas de las máquinas KARENDÓN, el autoplaneta había incorporado a su sistema de propulsión y dirección las ondas gravitacionales.

Las ondas gravitacionales no eran propiamente un arma de guerra, pero entre sus múltiples aplicaciones tenían la propiedad de crear un campo de fuerza que curvaba los rayos de “luz sólida” apartándolos de su trayectoria.

Desde las fronteras del Reino del Sol, el autoplaneta lanzó su gigantesco proyectil de hidrógeno que transmutó la naturaleza del

Sol, más o menos igual que habían hecho los SADRITAS en el pasado. Ahora los papeles estaban cambiados; el Sol acababa de convertirse en enemigo mortal para la naturaleza de titanio.

¿Cuál sería la reacción de los SADRITAS frente a este hecho irreversible? ¿Lucharían, o procederían con lógica abandonando los planetas que eran inhabitables para ellos?

A la espera de acontecimientos, VALERA se acercó a la Tierra alistando sus fuerzas para repeler cualquier ataque. Los valeranos esperaron pacientemente durante tres meses, no tenían prisa, podían aguardar cuanto tiempo fuera necesario, al contrario que los SADRITAS para quienes aquel Sol demoledor significaba la destrucción y la muerte.

Finalmente los SADRITAS atacaron. Sus nutridas escuadras de pequeños y veloces aparatos "omega" se lanzaron en tromba sobre VALERA. Pero entonces entraron en acción las ondas gravitacionales del autoplaneta. Los mortíferos dardos de "luz sólida", bajo la acción de las ondas gravitacionales, se curvaban y eran desviados de su trayectoria antes de alcanzar al planetillo.

Simultáneamente las escuadras SADRITAS tropezaban con un muro invisible de fuerza que oponía un freno a su avance. Volando a fantástica velocidad, las aeronaves SADRITAS se desbarataron al chocar contra las ondas gravitacionales. Fue una victoria fácil, en la que los valeranos apenas tuvieron que hacer un disparo.

Inmediatamente después de esta acción, los gigantescos transportes siderales se pusieron en marcha escoltados por la Armada. En la Tierra, los SADRITAS opusieron una tenaz resistencia al Ejército Autómata valerano. Esta resistencia duraba todavía cuando el Estado Mayor valerano decidió acometer una empresa proyectada para más tarde.

En la fecha que los SADRITAS lanzaron el proyectil de helio contra el Sol, la enorme masa de aquél pasó tan cerca de la Tierra que detuvo el giro del planeta sobre su eje.

Los SADRITAS, al parecer, no habían encontrado el medio de mover la mole de la Tierra para que ésta reanudara su interrumpido movimiento de rotación. Desde hacía dieciséis mil años, medio planeta estaba perpetuamente en sombras, mientras en la otra mitad jamás se ponía el Sol.

Groenlandia, la península del Labrador, la costa oriental de los

antiguos Estados Unidos, toda Sudamérica, la mitad de Eurasia y todo el continente africano quedaban en el hemisferio iluminado. En el otro hemisferio, la mitad de Asia, Australia y el Norte y Centro de América permanecían constantemente en sombra.

Esta prolongada inmovilidad de la Tierra había determinado profundos cambios climáticos en todo el planeta. Mientras en el hemisferio iluminado por el Sol se alcanzaban altas temperaturas, en el hemisferio opuesto se acumulaban los hielos de la fría noche sin fin. Estas diferencias térmicas entre un hemisferio y otro era causa de un continuo desplazamiento de grandes masas de aire caliente hacia las zonas frías, mientras que desde los campos de hielo soplaban permanentemente el viento en dirección a la zona tórrida.

La Tierra era en la actualidad un mundo de devastadores huracanes. El aire, siempre en movimiento, erosionaba las montañas modificando la orografía. La acumulación de hielo en el inmenso Océano Pacifico había hecho descender entre cinco y seis metros el nivel de los restantes mares, y aunque parecía poca cosa, esta diferencia era suficiente para ocasionar notables cambios en el contorno de las costas, haciendo surgir extensiones de tierra antes inundadas.

Al contrario que los SADRITAS, los valeranos disponían de medios para hacer que la Tierra volviera a girar en el mismo sentido y a la misma velocidad que lo hacía en el pasado. Este medio era el autoplaneta VALERA.

Aunque era mucho más pequeño que la Tierra, VALERA tenía una masa igual a la del planeta. Los científicos valeranos calcularon en segundos la operación de aproximación del planetillo, de tal modo que la Tierra resultara afectada por la masa de VALERA y fuera arrastrada por éste hasta romper la inercia que la mantenía inmóvil.

En vísperas de esta operación, las fuerzas que combatían en la Tierra y la nación de VALERA fueron advertidos.

En la Tierra, la proximidad de VALERA provocaría mareas gigantescas y temblores sísmicos. Grandes huracanes y catastróficas inundaciones azotarían las costas. En VALERA también se acusaría la proximidad de la Tierra, aunque en medida mucho menor, pues el planetillo no tenía grandes masas oceánicas. La climatología no

sería afectada, pero en cambio podían producirse efectos de levitación y el derrumbamiento de algún viejo edificio.

El Estado Mayor aconsejaba que en el día y hora en que el planetillo se aproximara a la Tierra, todos los habitantes se encontraran fuera de las ciudades al aire libre.

El mismo día que se difundía el bando del Mando militar, el joven Fidel Aznar recibía una papeleta de citación de la Junta de Movilización y Reclutamiento.

La situación de Fidel era particular, y bastante delicada de cara a los deseos de su padre. Hijo del Almirante Aznar y de mujer bartpurana, nacido en la colonia de Nueva Hispania, en el remoto planeta ATOLÓN, tenía la doble nacionalidad bartpurana y terrícola. Si como terrícola estaba obligado a participar del esfuerzo común en la lucha por la reconquista de los planetas, como bartpurano no podía tomar parte en la guerra, debido a los condicionamientos de la filosofía bartpur, contrarios a todo acto de violencia. La guerra era un atentado contra la vida, según la moral bartpurana.

Yawna, la madre de Fidel, se negaba enérgicamente a ver a su hijo participando en aquella guerra. Pero don Miguel Ángel Aznar, Almirante Mayor del autoplaneta VALERA y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas Expedicionarias, mostraba de día en día una expresión de creciente malhumor. Miguel Ángel, el otro hijo del Almirante, luchaba en primera línea al mando de una escuadrilla de cruceros de la Armada.

La llegada de la carta de citación al hogar de los Aznar trastornó visiblemente a Yawna.

—Hablaré de esto con tu padre —dijo poniéndose colorada.

—No harás lo que estás pensando —protestó Fidel—. No quiero que le digas nada a papá. ¿Qué puede hacer él en una situación como ésta?

Alta, delgada y rubia, aun sin ser una mujer hermosa, la bartpurana tenía el porte y la dignidad de una gran dama. Peinaba sus largos cabellos en sendos artísticos rodetes sobre los parietales, y otro en la nuca, sujetos con largas agujas de oro un poco al antiguo estilo de las mujeres japonesas, y vestía la larga y elegante túnica bartpur, que en este caso era dorada con una cenefa negra amplia a todo lo largo del borde inferior.

Yawna miró enojada a su hijo.

—Tu padre es el Almirante Mayor. Él tiene la máxima autoridad en el autoplaneta y puede revocar cualquier orden.

Pero Fidel negó enérgicamente con la cabeza. Tenía veintidós años y era un gigante rubio de dos metros de estatura, un verdadero atleta.

—Quiero que comprendas mi posición, madre. En primer lugar no deseo que nadie interceda por mí. En segundo lugar no puedo negarme a ser movilizado. Además está mi padre. Tú le conoces mejor que yo, sabes que es un hombre de una integridad intachable y que jamás movería un dedo para conseguir un trato de favor en beneficio de un hijo suyo. Él es así, y pienso que es como debe ser. Un hombre, en el cargo que él ocupa, no puede hacer distinciones, su conducta ha de ser ejemplo para todos. Fíjate en mi hermano. También es hijo del Almirante Mayor, y está luchando en el puesto de mayor peligro.

—Tú no eres como tu hermano. Él es un terrícola.

—Y yo mezcla de terrícola y bartpurano.

—Lo que hay en ti de terrícola no cuenta. Has sido educado como un bartpurano puro y posees dotes que no tienen los terrícolas. ¡Además eres un monje Bundo!

—Mi condición de Bundo me obliga ante mi moral, pero no me hace distinto con arreglo a las leyes terrícolas.

Increíblemente Yawna se mostró terca en su actitud. Su proverbial sentido de la justicia se inhibía de todo razonamiento cuando actuaba como madre. Las madres no razonaban, simplemente se movían a impulsos de su instinto protector.

El Almirante Aznar, que ya había observado esta debilidad de Yawna, solía burlarse de ella diciendo que, en lo que se refería a los hijos, todas las madres eran iguales: terrícolas, bartpuranas o tigresas.

Fidel se sintió terriblemente molesto. Pero aunque Yawna podía captar su pensamiento, gracias a las facultades telepáticas comunes en todos los individuos de la raza Bartpur, no se dio por enterada.

El Almirante Aznar regresó a casa a la hora de comer. Llegaba de la Sala de Control, donde había permanecido todo el día sobre la plataforma del puente de mando, y aparecía cansado y con el blanco uniforme arrugado.

Fidel sentía una profunda admiración por su padre. Este hombre extraordinario había vivido momentos culminantes de la historia de VALERA. Nacido a bordo del autoplaneta, durante el viaje de regreso desde Nahum, estuvo presente en la primera campaña de VALERA, luchando en los lugares de mayor peligro contra los Hombres de Titanio. Viajó a REDENCIÓN, vivió los días trágicos del asesinato de su hermano, el Almirante Mayor, asumió el mando supremo del autoplaneta y dirigió la lucha contra los "Eternos", poniendo a éstos en apuros hasta obtener la independencia del planetillo.

Al separarse de los planetas de REDENCIÓN, los valeranos escogieron como forma de gobierno la república, que determinó la abolición del título de Almirante Mayor y la renuncia del que ostentaba este alto cargo.

Mientras el autoplaneta viajaba, Miguel Ángel permaneció en estado de hibernación 276 años, hasta que VALERA llegó al gran circumplaneta ATOLÓN. Vuelto a la vida pública, el ex Almirante Mayor acaudilló el partido llamado "aznarista" y promovió la colonización del hiperplaneta. Veinticinco años más tarde, la próspera colonia se había convertido en una nueva nación, Nueva Hispania. VALERA pasó a depender nuevamente de un gobierno establecido en un planeta fijo, y como navío de guerra fue enviado a la Tierra, otra vez bajo el mando de Miguel Ángel Aznar, quien de este modo daba continuidad a la interrumpida y prolongada presencia de los miembros de la familia Aznar en los primeros puestos de responsabilidad del autoplaneta.

Aunque no era un hombre de gran apariencia física (era de estatura mediana, delgado y rubio) irradiaba de él un atractivo singular, especialmente de su voz y de la viveza de sus ojos azules. Cuando en ATOLÓN el Almirante impulsaba la colonización del circumplaneta, mucha gente decía de él que estaba loco.

El Almirante no era un loco, sino un iluminado. Sus previsiones se habían cumplido, y al fin se había salido con la suya, llevando de nuevo a VALERA a la reconquista de la Tierra.

Era el hombre más viejo de cuantos viajaban a bordo del autoplaneta, y sin embargo conservaba todavía la apariencia de sus jóvenes años. Pero Fidel, que tenía la facultad de ver el aura de los seres que le rodeaban, pudo advertir que ésta aparecía disminuida

aquel día, lo que era indicio de un profundo agotamiento físico.

Apenas se había dejado caer el Almirante en un sillón, dejando escapar un suspiro de cansancio, cuando Yawna le puso ante los ojos la citación de la Junta de Movilización y Reclutamiento.

—¿De qué se trata? —preguntó el Almirante negándose a tomar el papel.

—Es una citación para Fidel… de la Junta de Movilización y Reclutamiento —dijo Yawna con acento ofendido.

—¡Ah, muy bien! —dijo el Almirante. Y cerró los ojos reposando la cabeza sobre el respaldo del sillón.

Fidel siempre había admirado el vigor, la luminosidad del aura del Almirante, indicadora de su buena salud y de la energía de su espíritu. Pero en este momento el aura del Almirante estaba tan apagada que Fidel se alarmó. Fidel envió un mensaje telepático a su madre: "Déjale en paz, no se siente bien". Pero Yawna tenía la mente ofuscada por el enojo, y en estas condiciones quedaban mermadas sus facultades receptoras.

—¿Es todo cuanto se te ocurre decir? —increpó Yawna al Almirante—. Fidel es bartpurano, no pueden obligarle a participar en esta guerra absurda. Su moral se lo prohíbe.

El Almirante contestó fatigadamente:

—No sólo es bartpurano, también es terrícola y está sometido a nuestras leyes. Fue culpa mía, me sentía muy orgulloso el día que fui a inscribir a mi segundo hijo en el Registro Civil. Ahora sé que cometí un error. Debí esperar a que fuera mayor de edad y pudiera decidir por sí mismo si deseaba adquirir mi nacionalidad.

Fidel percibió en su propio espíritu todo el dolor y la amargura que emanaba de su padre. Sabía positivamente que había sido motivo de repetidas decepciones para aquel hombre, y de todo su ser se elevó un grito de protesta.

—Padre, me siento tan orgulloso de ser terrícola como bartpurano, y no renunciaría a una nacionalidad por la otra —dijo Fidel avanzando un paso—. No quiero que te aflijas por mí, cumpliré mis deberes como terrícola.

—¿Quieres decir que aceptarás luchar como un terrícola?

La sorpresa del Almirante era evidente. Fidel tuvo que lamentar una vez más tener que decepcionarle.

—Supongo que habrá otras muchas tareas que realizar, aparte

de pegar tiros. La guerra no la hacen sólo los que tripulan los buques de la Armada o dirigen las unidades del Ejército…

El Almirante, que había abierto los ojos y erguido la cabeza, volvió a entornar los párpados descansando la cabeza sobre el respaldo del sillón.

—Sí, naturalmente —suspiró.

—Mañana compareceré ante la Junta y expondré mis circunstancias personales —dijo Fidel—. Si es necesario, iré a trabajar a las minas de extracción de “dedona”.

El Almirante continuó con los ojos cerrados, hasta que incorporándose de repente dijo:

—Me voy a acostar, estoy muy cansado.

Yawna y Fidel cruzaron entre sí una mirada de mutuo reproche.

CAPÍTULO II

A la mañana siguiente Fidel vistió su túnica morada y fue a reunirse con sus padres para desayunar. Halló a Yawna sola, el Almirante había salido.

—Se levantó temprano y se marchó —dijo Yawna.

—¿Las cosas no van bien entre vosotros últimamente? —preguntó Fidel.

—Esa dichosa guerra ocupa cada segundo de su tiempo. No piensa en otra cosa.

—Temo que vaya a caer enfermo. Está agotado, debería ver a su médico.

—¿Ver a su médico él? —exclamó Yawna—. Tu padre es de los que creen que las enfermedades sólo afectan a los demás. Ésta es “su” guerra, tiene que ganarla y sólo él puede hacerlo. Ese es su problema, que se considera imprescindible. Un sueño hipnótico de una semana le haría mucho bien, ¿pero quién se atreve a apartarle de sus obligaciones ni siquiera por un día? ¡Nos haría fusilar!

En efecto, era una cuestión muy delicada, algo que tanto Yawna como Fidel podrían hacer fácilmente, pero a lo que nunca se atreverían sin el consentimiento expreso del Almirante.

Fidel Aznar era un monje “bundo”. Los bartpuranos no tenían una verdadera religión. Sin embargo, frente a la vida, el bartpurano adoptaba una actitud mucho más religiosa que el terrícola.

El pueblo bartpur poseía dotes extraordinarias, basadas en un milenario desarrollo de sus facultades psíquicas. Dos bartpuranos, sentados apaciblemente bajo la sombra de un árbol en su BARTPUR natal, se miraban uno a otro durante dos horas sin pronunciar una palabra. ¿Qué hacían allí, contemplándose en silencio? Sencillamente, conversaban. De mente a mente, se transmitían sus pensamientos, sus sentimientos de alegría o preocupación, sus ideas sobre éste o aquel asunto.

Cualquier terrícola sabía por experiencia cuán difícil resultaba a veces encontrar las palabras justas para expresar un pensamiento. Ciertos sentimientos del alma, como el dolor y la angustia, no podían volcarse al exterior por medio de palabras. Las ideas más sublimes quedaban frecuentemente inéditas en el pensamiento del que las formulaba, por falta de agilidad en el lenguaje.

Esto no ocurría con los bartpuranos. El más enrevesado pensamiento, el sentimiento profundo que nacía del corazón, podía ser perfectamente comprendido por sus interlocutores. No eran las palabras las que se transmitían telepáticamente, sino los propios sentimientos de uno, incluso aquellos que uno no podía definir para sí mismo.

La conducta moral del bartpurano tenía que ser intachable en todo momento, porque su pensamiento era transparente como un cristal ante las facultades telepáticas de sus parientes y amigos. Un bartpurano que cometiera un homicidio no podría ocultarse jamás a la justicia. Su delito, impreso en su pensamiento, sería como una confesión escrita en una pancarta exhibida por toda la ciudad.

Si los terrícolas hubiesen recibido de pronto estas facultades telepáticas, la convivencia habría sido imposible entre ellos. Al contrario que la bartpurana, la sociedad terrícola estaba montada sobre una base de hipocresías y falsedades. El terrícola era un individuo cargado de agresividad. Comoquiera que esta agresividad era recíproca, el hombre vivía solitario rodeado de un mundo donde todos eran enemigos.

Mientras el mundo del terrícola se reducía a su “ego”, el bartpurano vivía en un universo poblado de sensaciones extracorpóreas. Las preocupaciones y las alegrías de sus amigos podía sentirlas como propias, mientras que, recíprocamente, sus penas y alegrías eran compartidas por los demás.

Pero aunque la mayoría de las facultades parapsicológicas eran comunes a toda la nación bartpurana, existían otras privativas de un reducido número de hombres, cuyas dotes superaban el nivel corriente. Estos hombres eran los monjes “bundo”.

La palabra monje no tenía correlación con la misma palabra castellana. El monje “bundo” solía ser indistintamente un notable médico-cirujano, un astrónomo, un filósofo, un ingeniero electrónico y muchas cosas más. Constituían lo que podría llamarse

el cuerpo científico de la nación Bartpur. La Universidad de los "bundo" eran los monasterios, generalmente enclavados en lugares distantes y solitarios, donde su pensamiento no pudiera resultar afectado de interferencias mentales extrañas.

El caso de Fidel Aznar era uno entre muchos. Hijo del Almirante Aznar y de Yawna, nieto de un notable bartpurano, El Guía Aldrik Ban Ader, la infancia de Fidel había estado influenciada por las ideas de su madre, su abuelo y sus demás parientes bartpuranos.

Aunque a su padre le hubiese gustado verle seguir la tradición familiar (todos los Aznar de la familia habían sido astronautas de la Armada Sideral) el Almirante siempre estuvo en desventaja. Casi desde que tuvo uso de razón, Fidel supo que sería monje "bundo". Difícil sería, por no decir imposible, deslindar hasta qué punto fue vocación natural de Fidel, o ésta resultó influida de los deseos de su madre, transmitidos involuntariamente por telepatía.

A muy temprana edad Fidel abandonó el hogar paterno para ingresar en un monasterio. Aquí, en un ambiente de la más severa austeridad, empezó a recibir las enseñanzas que harían de él un "bundo". Tales enseñanzas comprendían las más variadas disciplinas: matemáticas, física nuclear, cosmografía, electrónica, mecánica, bioquímica, medicina, y naturalmente cirugía.

Todos los monjes "bundo" eran expertos médico-cirujanos. Sin embargo, nada era tan importante para un monje "bundo", ni nada tan difícil de lograr, como la disciplina del psique, la cual se obtenía por medio de la meditación profunda y el autocontrol de la voluntad.

En la base de la actitud del "bundo" estaba el deseo de alcanzar la máxima perfección, con lo cual se abreviaría el paso del alma por sucesivas reencarnaciones, eran como peldaños de una escalera hasta la cima de la perfección moral.

La raza bartpurana era antiquísima y su civilización se remontaba en el tiempo mucho más lejos que cualquier otra cultura conocida. Los bartpures eran los padres de la Humanidad.

Desde que los primeros cosmonautas terrícolas empezaron a explorar el Universo, había sorprendido la rara circunstancia de hallar en los más lejanos planetas otras razas de características idénticas a la suya propia. La Ciencia había tratado de justificar esta similitud asegurando que, a iguales condiciones ambientales, la vida

debía haberse desarrollado por caminos paralelos en todas partes.

Pero esto no era cierto. Bastaba echar una mirada superficial para darse cuenta de que, incluso en la misma Tierra, la vida era capaz de adoptar miles de formas distintas, a cual de ellas más ingeniosa. Sólo los hombres y las plantas eran iguales en cualquiera de los mundos habitados. La identidad cósmica del individuo era innegable, luego todos los humanos debían tener un origen común.

Parecía haber existido un ente inseminador afín, que en un remoto pasado esparció la semilla de la vida por los mundos hoy habitados.

Según aseguraban los bartpuranos, fueron cosmonaves bartpuranas quienes, en una remota edad, viajaban de un lado a otro explorando el Universo. Desparramando sus bacterias por los planetas, sembrando de seres unicelulares los océanos estériles, dieron origen al principio de la vida. Millones de años más tarde, otras cosmonaves bartpuranas volverían a visitar aquellos mundos para observar su grado de evolución.

Curiosamente, en la mitología de casi todos los pueblos, se hacía alusión a ciertos “señores del cielo”, los cuales al parecer llegaron tripulando naves espaciales, permaneciendo algún tiempo entre los hombres para volverse a marchar.

En un determinado momento de la Historia de la Tierra, los cosmonautas bartpuranos debieron manipular los cromosomas del primitivo homínido. Estaba comprobado que, tras milenios de oscuridad e ignorancia, el terrícola había sufrido una mutación que le convirtió de animal ignorante en ser inteligente.

El “fiat lux”, el “hágase la luz” bíblico, podría interpretarse también en este sentido. Sería la luz de la inteligencia la que se haría de pronto en la mente del hombre. Éste recibiría el poder de la abstracción que no poseía ningún animal y casi de la noche a la mañana, en una sola generación, descubriría la utilidad del fuego, inventaría el arco y la flecha, formaría los rudimentos de un lenguaje y explotaría su inteligencia en una escalada espectacular que le haría en poco tiempo dueño y señor de su planeta.

Mientras tanto, en otro remoto lugar del Universo, los bartpuranos acometían una empresa sin precedentes. Reuniendo la materia desparramada en el espacio, formaban un sólido anillo alrededor de una estrella. Este anillo, al que por su forma peculiar

llamarían “circumplaneta”, tendría un radio de 190 millones de kilómetros, equidistante todos los puntos del centro ocupado por el sol. La plataforma, de diez millones de kilómetros de ancho, tendría un perímetro de mil ciento noventa y tres millones doscientos mil kilómetros, con una superficie equivalente a veintitrés millones, quinientas sesenta mil veces la suma de los continentes y los océanos del globo terráqueo. Un millón de años tardaron los bartpuranos en formar las tierras, los océanos y la atmósfera del circumplaneta.

Este hiperplaneta, capaz para albergar a 200.000 billones de seres humanos, debía resolver de una vez los problemas creados en el pasado por el constante crecimiento demográfico de los bartpuranos. Sin embargo, por una ironía del destino, tan gigantesca obra iba a carecer de utilidad en el futuro.

Apenas había quedado su circumplaneta apto para ser habitado, los bartpuranos empezaron a notar una alarmante esterilidad en sus individuos. Cada vez nacían menos niños. La vieja raza se extinguía, y toda la ciencia acumulada de los bartpuranos en la manipulación de los cromosomas era impotente para detener este fenómeno evolutivo recesivo.

Simultáneamente, unos insectos parecidos a las “mantis” terrícolas, sufrían una mutación repentina que daba origen a una nueva raza de “mantis” gigantes.

Las “mantis”, que ya en su primitivo estado desarrollaban una organización social avanzada, iniciaron una notable evolución a partir del fenómeno mutante. No sólo vieron aumentada su inteligencia. Su gigantismo les convirtió en grandes depredadores.

El circumplaneta era un mundo tropical. Multiplicándose rápidamente en unas condiciones favorables, las “mantis” se expandieron en una explosión demográfica arrolladora. Su extraordinario vigor físico les permitía ahora enfrentarse a cualquier enemigo. Se armaron y empezaron a atacar las ciudades bartpuranas.

Pero los bartpuranos rehusaron enfrentarse a las “mantis”. Creían en la transmigración de las almas. Según su filosofía, el objeto del hombre era alcanzar la perfección suprema. Esto se conseguía tras sucesivas reencarnaciones, a través de las cuales el alma se iba perfeccionando hasta llegar al estado de espíritu puro,

en cuyo momento abandonaba definitivamente el mundo para ingresaren la Dimensión Eterna.

Basada su existencia en esta concepción filosófica, el bartpurano no le temía a la muerte. Sin embargo, eran sumamente respetuosos con la vida, en cualquiera de sus variadas manifestaciones. Sólo Dios tenía la facultad de crear la vida, y ningún otro ser tenía derecho a destruirla.

Aunque pareciera de todo esto que el bartpurano debía ser un individuo fatalista, no ocurría así en realidad. El bartpurano era un ser alegre, sincero y sencillo. Estaba dotado de facultades extraordinarias, tales como la telepatía y la clarividencia, la psicokinesis y la precognición.

Los bartpuranos sabían que no tenía objeto luchar contra las salvajes hordas "mantis", supuesto que, de todos modos, su raza estaba condenada a la desaparición. Sin embargo, las predicciones de sus futurólogos más eminentes no estaban del todo claras en este sentido. Al parecer la raza, aunque condenada a extinguirse, debía de esperar la llegada de otro pueblo extranjero, en el cual se continuarían la civilización y la vida espiritual de la nación bartpur.

Los bartpuranos entonces decidieron ausentarse.

El extraordinario progreso de la tecnología bartpur había venido a culminar en la máquina KARENDÓN, en la cual se cumplía la predicción de que, al final del proceso evolutivo de la Ciencia, lo más complicado se conseguiría por el medio más sencillo.

En la base de todos los problemas de la Humanidad estuvo siempre la dificultad de obtener materias.

El hombre necesitaba materias para aumentarse, para vestirse, para edificar su casa, para calentar y alumbrar su hogar, y para construir ingenios mecánicos que hicieran más fácil y agradable su existencia.

La máquina KARENDÓN era la solución definitiva a este problema; creaba materia a partir de la energía. Pero como la energía la obtenía a su vez de la materia, podía decirse que la máquina KARENDÓN era un transformador de materia.

La base podía ser siempre la misma; un reactor nuclear desintegraba la estructura atómica de la roca y producía energía eléctrica. La máquina KARENDÓN tomaba esta energía eléctrica y la transformaba de nuevo en materia. Esta materia podía ser

indistintamente otra roca, material de hierro, plomo, plata, oro, níquel, cobre… Pero además podía darle forma, de manera que el hierro surgiera de la máquina convertido en un raíl… o en algo más complicado, como una locomotora completa, un refrigerador o un automóvil.

La máquina KARENDÓN podía transformar y combinar la estructura atómica en todas las formas imaginables. Podía convertirlos en proteínas o hidratos de carbono. Podía fabricar un pan con todas las propiedades nutritivas de éste, incluso la forma, el sabor y el color… o algo que a simple vista parecía más difícil todavía; podía crear un pescado, una res entera… ¿y por qué no un hombre?

También podía crear hombres la KARENDÓN. Pero en este caso, como ocurría con los animales, lo que saldría de la máquina sería un cadáver. La KARENDÓN, en fin, tenía una sola limitación, y ésta parecía natural. No podía crear la vida. ¿Por qué? Pues porque toda vida, incluso las criaturas de orden inferior, necesitaban del soplo divino de un alma, de un espíritu. Pero el alma era algo intangible, algo que no existía en el mundo material, y por consiguiente no podía crearse con medios materiales.

Acosados por las "mantis", los bartpuranos decidieron ausentarse temporalmente, a la espera de que una evolución natural de los acontecimientos resolviera favorablemente su problema. Esto debería ocurrir cuando llegara al circumplaneta otra raza de características idénticas a la bartpurana. Toda la nación bartpurana —cincuenta millones de seres— se trasladaron a cierta Dimensión Temporal a través de la máquina KARENDÓN.

La máquina KARENDÓN funcionaba a través de un proceso analítico; es decir, sobre la copia de un modelo original. Cuando los bartpuranos decidían cambiar de modelo de refrigerador, lo cual ocurría raramente, empezaban por construir un prototipo de artesanía, el cual era introducido dentro de la cámara de la KARENDÓN.

La KARENDÓN funcionaba con una rapidez eléctrica. Sin embargo, en menos de un segundo, realizaba varias operaciones.

Desintegrando el modelo de afuera adentro, la KARENDÓN iba anotando simultáneamente en una cinta perforada la situación exacta de cada molécula sobre una microscópica línea de

coordenadas dispuestas tridimensionalmente. No sólo tomaba nota del lugar que ocupaba cada molécula, sino también de su estructura atómica.

El modelo desaparecía en mitad de una luz deslumbradora y la máquina KARENDÓN quedaba en condiciones de repetir todo el proceso al revés. Alimentada por una fuente de alta energía, que solía ser un reactor nuclear, la KARENDÓN transformaba esta energía en materia. Jugaba con los átomos como un hábil artesano con las cuentas de colores y tamaños que formaban un collar. Los átomos agrupados formaban las moléculas de la materia que se pretendía crear, y cada molécula iba a ocupar el lugar exacto que tenía en el modelo original. Éste volvía a ser integrado en un segundo. Pero los ingeniosos creadores de esta máquina conservaban la cinta perforada en la cual estaba consignada la fórmula.

Sencillamente, bastaría pasar por la máquina la cinta un millón de veces, y se obtendrían un millón de refrigeradores idénticos al modelo original.

Se había comprobado que tanto un ser humano como un animal, si estaba vivo al ser desintegrado, regresaba con vida al ser integrado de nuevo, no importaba el tiempo que hubiese transcurrido entre ambas operaciones. La razón de este misterio parecía situarse más allá del conocimiento metafísico, y venía a avalar la creencia de los bartpuranos en la existencia de un alma inmortal.

Antes de trasladarse a la Dimensión Temporal —especie de Limbo donde moraban las almas a la espera de reencarnar— los científicos bartpuranos construyeron un robot de apariencia humana, una máquina extraordinaria a cuya memoria se confió el lugar secreto donde estaría escondida la KARENDÓN y los tambores de cinta de oro laminado, en las que se conservaría indeleblemente la fórmula de los componentes de cada uno de los cincuenta millones de bartpuranos ausentes.

Mientras tanto, los bartpuranos aprovechaban la particular forma del circumplaneta para construir un gigantesco ciclotrón. Éste produciría partículas de alta energía que, por un ingenioso sistema telegráfico, serían portadoras de un mensaje destinado a alcanzar hasta los confines del Universo. Si en alguna parte el

mensaje era recogido por una raza inteligente, ésta comprendería que alguien pedía auxilio o, simplemente, estaba deseando darse a conocer a las restantes civilizaciones de las restantes galaxias.

Este curioso mensaje fue recogido por el autoplaneta VALERA cuando se alejaba del planeta REDENCIÓN.

De hecho, todas las predicciones de los futurólogos bartpuranos se cumplieron. El autoplaneta VALERA puso rumbo hacia el lugar del espacio de donde venían las señales. Estas señales habían partido del gigantesco ciclotrón del circumplaneta hacía doce mil años, viajando incesantemente a la velocidad de la luz hasta ser recogidas por las antenas de VALERA. El ciclotrón había dejado de funcionar hacía muchos miles de años cuando los valeranos lo estaban escuchando todavía.

El autoplaneta VALERA continuó en el rumbo iniciado, aun después de dejar de recibir las señales. Y llegó al circumplaneta. Los valeranos comprendieron que la raza de insectos gigantes que entonces dominaba el circumplaneta no podía ser la misma que lanzó al espacio su mensaje de saludo y esperanza. En efecto, a poco de llegar encontraron las ruinas de una ciudad antiquísima, una ciudad bartpur, y enterrado en ellas descubrieron a DHOLAK, el robot guardián de la máquina KARENDÓN.

DHOLAK, la mujer robot, revivió tras ser expuesto a la luz solar y reveló tiempo después el lugar secreto donde estaba escondida la máquina. Con la colaboración de los valeranos, que aportaron los reactores nucleares necesarios para suministrar energía a la KARENDÓN, los bartpuranos regresaron a la vida.

Los valeranos, rama trashumante de la raza terrícola, viajeros del incansable autoplaneta, cruzaron sus cromosomas con los bartpuranos, y de esta mezcla de sangre nacieron los Bauta, llamados de este modo porque eran mestizos bautizados en la doctrina y la religión de Cristo.

Fidel Aznar, hijo de un terrícola y de una mujer bartpur, era uno de estos “Bauta”.

CAPÍTULO III

A las siete y diez minutos de la mañana, el Almirante Aznar salía del ascensor, correspondía al saludo de los dos miembros de la Policía Militar y cruzaba la amplia bóveda destinada a aparcamiento de automóviles en dirección a la Sala de Control.

Toda esta zona regía bajo el más severo control policíaco.

Para cruzar las grandes puertas de cristal de “diamantina”, que daban acceso al vestíbulo de la Sala de Control, uno tenía que pasar por las máquinas de identificación y registro, bajo la atenta y suspicaz mirada de los agentes de la Policía Militar, enfundados en armaduras de “diamantina” azul y armados de pistolas ametralladoras.

Primeramente, los detectores de metales sometían al visitante a una inspección minuciosa, para determinar si uno llevaba algún arma o explosivo escondido en las ropas. A continuación le invitaban a poner la mano abierta sobre el cristal de una consola.

La forma, el tamaño de la mano y las huellas dactilares, eran fotografiados automáticamente, y sus datos comparados con los que figuraban en la memoria de un cerebro electrónico. Si el investigado pertenecía al personal de plantilla de la Sala de Control, la máquina expedía una tarjeta con la fotografía del individuo, su nombre y número, titulación y grado, tarea que desempeñaba en el Centro, fecha, hora de entrada y tiempo de validez del documento.

Aunque era el Almirante Mayor y la máxima autoridad en el autoplaneta, ni siquiera el Almirante Aznar estaba dispensado de pasar por todas estas severas medidas de control. ¿Motivo? El Almirante Aznar era un hombre chapado a la “antigua”, uno de aquellos militares formados en la tradición milenaria de la Academia Astronáutica, donde a fuerza de desgastar los codos en el pupitre, con gran sacrificio y esfuerzo, quemándose las pestañas sobre los libros de texto, el cadete sacaba penosamente adelante sus

estudios, iniciando su carrera por el más bajo escalón jerárquico de la Armada.

Hoy todo era distinto. Los hombres de la Armada, en su mayoría, eran producto de la recluta forzosa de aquellos que se encontraban en edad de ingresar en el Servicio Obligatorio de Trabajo.

Cualquier jovenzuelo de dieciocho años, sin vocación y más bien a regañadientes, era transformado en unas horas en un oficial de la Armada. El nuevo sistema de enseñanza por inducción de información, conocimientos y experiencias al cerebro, obraba este milagro.

Sentado en una silla, el aspirante recibía, a través de unos hilos conectados a electrodos clavados en determinadas zonas de su cerebro, todos los conocimientos, la información y la experiencia almacenados en los rollos de cinta magnética de una computadora. El resultado era semejante al de una sesión de hipnotismo. El aspirante, al abandonar su silla, había recibido tantos conocimientos como un cadete de tercer año de la Academia de Astronáutica clásica. En un par de sesiones más, quedaba completamente formado el astronauta.

El método estaba dando excelentes resultados y los astronautas así formados eran positivamente tan buenos como los antiguos o más. Poseían un conocimiento más profundo de las materias estudiadas y, lo que era muy importante, estos conocimientos estaban frescos en su memoria, cosa que no solía ocurrir antaño, cuando después de largos años de servicio el astronauta alcanzaba los grados superiores del escalafón.

Pero aunque este nuevo sistema estaba probando que era bueno, adolecía de un defecto. No era posible fomentar simultáneamente la vocación del individuo.

Los oficiales eran jóvenes, habían alcanzado su grado sin esfuerzo, y estimaban en poco sus galones. Como jóvenes tendían a ser poco responsables, y la disciplina eran un añadido que rechazaban considerándola inútil.

El Almirante Aznar exigía disciplina. Él mismo había sido un indisciplinado oficial en sus años mozos, pero conocía el valor y la necesidad de la disciplina, sobre todo cuando toda la nación estaba empeñada en una guerra sin cuartel contra un enemigo inteligente,

tenaz y que se tomaba muy en serio su propia supervivencia.

El Almirante quería que todo el mundo se identificara antes de tener acceso libre a la Sala de Control, incluyéndose él mismo. Si a él, por ser el Almirante Mayor, se le permitía pasar sin identificarse, otros Almirantes harían lo mismo. A continuación de los almirantes, los comandantes y capitanes entrarían y saldrían con un simple gesto amistoso a la guardia, y, como decía el Almirante Mayor: "finalmente esto sería la casa de Tócame Roque".

Cuando la señora Aznar decía que "el Almirante piensa estar ganando la guerra él solo", no andaba demasiado lejos de la verdad. Aunque el "superalmirante" había sabido rodearse de hombres eficientes y responsables, tenía que luchar cada día contra la incomprensión y la indiferencia de una gran masa de hombres y mujeres que participaban en la guerra sin convicción ni interés.

Los terrícolas habían venido a reconquistar el Reino del Sol, pero poco era lo que se jugaban en el envite. La Tierra, Marte y Venus, no eran indispensables para su supervivencia. En otro lugar del Universo, los terrícolas estaban conquistando un nuevo mundo llamado ATOLÓN. Aquel mundo era tan inmenso, que veintitrés millones, quinientos sesenta mil planetas como la Tierra, tendrían holgada cabida en él. ¿Qué importancia tenía entonces conquistar la Tierra? No era cuestión de vida o muerte el conquistarla o fracasar en el intento.

Los terrícolas habían regresado impulsados por motivos puramente sentimentales. La Tierra era la patria del género humano, el solar de la raza. Cada centímetro cuadrado de su suelo estaba mezclado con las cenizas de todas las generaciones que sobre ella nacieron, vivieron y murieron en el pasado.

En otros tiempos remotos, los terrícolas habían tenido que luchar desesperadamente para conservar su planeta. Como ahora la defendían los SADRITAS. Pero los SADRITAS seguramente no tenían otro lugar donde ir. Éste no era el caso de la generación que había venido a disputársela. Conquistada la Tierra, los valeranos regresarían a ATOLÓN sin haberla habitado. La Tierra sería un mundo inhabitable durante milenios, hasta que disipada lentamente la radioactividad volvieran a prosperar las plantas y disminuyera el contenido de anhídrido carbónico de la atmósfera.

Esta guerra, en fin de cuentas, era cuestión de vida o muerte

para los SADRITAS. No así para los terrícolas.

Cruzado el puesto de identificación, uno entraba en el vestíbulo de la Sala de Control. Este vestíbulo era de proporciones generosas. Entrando, a la izquierda, estaban el restaurante y la cafetería, los vestuarios y los servicios sanitarios. A la derecha quedaban la sala de teletipos, la Oficina Central de Información y un gran salón donde el Almirante Mayor solía despachar todas las mañanas con los altos mandos de su Estado Mayor.

La disposición del vestíbulo no había sido siempre la misma, estando sujeta a continuas renovaciones. Esto también ocurría en la Sala de Control.

La Sala de Control era de planta circular, de 300 metros de diámetro y 70.650 metros cuadrados totalmente libres de columnas. Sus 3.768 metros cuadrados de muro, a excepción de las cuatro puertas de acceso, estaban totalmente cubiertos por los paneles de las computadoras y los cuadros de instrumentos hasta una altura de cuatro metros del suelo.

Toda la bóveda de esta impresionante Sala de Control era una cúpula formada por 2.275 pantallas de televisión de forma hexagonal, conectadas a los 2.275 objetivos acoplados a igual número de telescopios en otros tantos observatorios sobre la superficie exterior del planetillo. Cuando todos los observatorios estaban funcionando al mismo tiempo, podía seleccionarse a la mitad de ellos, de tal forma que sus imágenes simultáneas, casando perfectamente unas con otras, formaban un planetario, reflejo fiel de la bóveda celeste que vería un observador situado en el exterior del autoplaneta.

El rumbo, la velocidad, las maniobras, la vida toda del autoplaneta, era regida desde esta Sala de Control por dos mil técnicos auxiliados de los medios más sofisticados.

Desde este dinámico centro, sentados ante sus consolas y sus pantallas individuales de televisión, mil quinientos controladores podían vigilar lo que ocurría en los tres mil puntos vitales de todo el autoplaneta. No obstante, la importancia de cada uno de estos puntos podía variar según las circunstancias del momento, en cuyo caso se hacían otras conexiones con cualquiera de las 50.000 cámaras distribuidas por todo el interior del planetillo.

Las consolas de los controladores formaban círculos

concéntricos, intercalados por pasillos, alrededor del llamado "puente de mando". Éste era una plataforma que se levantaba a dos metros de altura en el centro geométrico de la sala.

El puente de mando, al cual se accedía por una escalerilla de cristal "diamantina", era una plataforma circular de diez metros de diámetro libres, rodeada de treinta pantallas de televisión que formaban a modo de un parapeto de un metro de altura. En el centro de la tarima cubierta de moqueta roja, estaba la butaca del Comandante, un sillón giratorio tapizado de cuero negro.

En ninguna parte del Orbe, un hombre solo, sentado en una butaca, había reunido jamás tanto poder como el Comandante de VALERA desde este puente de mando. No sólo podía dirigir a voluntad su propio mundo, llevándolo a cualquier parte y a cualquier distancia. Como un dios mitológico, tenía en sus manos la fuerza destructora del rayo. Podía elegir y sentenciar la ruina de un mundo; destruir sus ciudades hasta no dejar piedra sobre piedra, provocar mareas y terremotos, alterar su climatología, aniquilar su vegetación, desencadenar mortíferas epidemias o disipar su atmósfera y sus océanos en una apocalíptica reacción en cadena.

La responsabilidad de este hombre era tan grande como su poder, y por esta razón el Comandante de VALERA, su Almirante Mayor, tenía que reunir cualidades excepcionales. Este hombre era en la actualidad el Almirante Miguel Ángel Aznar.

Habiendo llegado aquella mañana más temprano que ninguno de los almirantes y generales con quienes debía despachar a las ocho, el Almirante Mayor "superalmirante Aznar", entró en la Sala de Control y recorrió los ciento cincuenta metros desde la puerta al puente de mando. El Almirante MacLane ocupaba la butaca de cuero negro y se puso en pie para saludarle militarmente.

—Sin novedad en el puente, Almirante.

El "superalmirante" paseó la vista de sus ojos cansados por la serie de treinta pantallas de televisión que formaban a modo de un parapeto alrededor del puente. En cada una de las pantallas se desarrollaba una escena distinta, todas en relieve y color. Cada una de estas imágenes en movimiento estaba ilustrada con un letrero de caracteres electrónicos luminiscentes, a efectos de identificación.

En este momento, en una de las pantallas, aparecía la imagen de un hombre. A continuación se formó letra por letra el letrero de

identificación: ALMIRANTE CORROCHANO INFORMANDO DESDE LIBIA.

Adosada a cada brazo de la butaca giratoria había una pequeña placa llena de botones. El “superalmirante” se dirigió a la butaca y pulsó el botón correspondiente a la pantalla en la que aparecía la imagen del Almirante Corrochano. A continuación tomó un micrófono que colgaba del brazo de la llamada “jirafa”.

—Adelante, Corrochano. El Almirante Aznar al micrófono.

—Buenos días, Almirante. Habla Corrochano, transmitiendo simultáneamente para el Servicio de Información. Me encuentro sobre el vertical de Marsa-Matruk, desde aquí domino la llanura líbica. El General Baronet solicita cobertura aérea para su División Blindada, al parecer ha informado al Estado Mayor sobre la conveniencia de retirarse hacia la costa.

—¿Retirarse, por qué? ¿Qué demonios está ocurriendo ahí?

—La situación parece bastante confusa, Almirante. Baronet ha perdido el sesenta por ciento de sus efectivos. Su idea es replegarse en dirección a la costa, cerrando líneas y haciéndose fuerte mientras espera refuerzos. Ha informado de la situación al Estado Mayor. ¿Qué debo hacer?

—No haga nada —contestó el Almirante Aznar con acento irritado—. Voy a reunirme con el Estado Mayor dentro de veinte minutos. Supongo que Baronet podrá resistir al menos una hora.

—Eso espero. ¿Cómo está usted, Almirante?

—Cansado. Esta campaña no debería haber durado más de dos semanas. Llevamos en ella dos semanas, ¡y estamos igual que al comienzo! No sé qué demonios ocurre, pero es evidente que esto no marcha.

—Es verdad, yo diría que estamos estacionados, aunque carezco de elementos de juicio para formar una visión de conjunto de la situación. Cuídese, Almirante.

—Gracias, Corrochano. Buenos días.

La imagen se desvaneció en la pantalla y el Almirante Aznar se volvió hacia MacLane entregándole el micrófono.

—Voy a desayunar. Hasta luego.

Desandando el camino en dirección al vestíbulo, el “superalmirante” avanzó a lo largo del corredor, saludando a derecha e izquierda con amistosos movimientos de cabeza a los

controladores que ocupaban los pupitres inmediatos al pasillo.

El “superalmirante” era una figura familiar en la Sala de Control. Cada mañana los controladores le veían entrar con su paso ágil y rápido y dirigirse al puente de mando. Mil quinientos controladores y quinientos técnicos especializados trabajaban en turnos de seis horas en la Sala de Control. Cada seis horas, dos mil oficiales y sargentos especialistas de la Armada se turnaban en su agotador trabajo. Pero un turno se marchaba, llegaba otro, venía un tercero, y el Almirante, “el Viejo”, como le llamaban cariñosamente los controladores, todavía seguía en su puesto.

En los momentos culminantes de la ofensiva terrícola, cuando el Ejército Autómata desembarcaba en la Tierra, el “superalmirante” había permanecido más de cuarenta y ocho horas seguidas sin moverse del puente de mando.

Nadie sabía de dónde sacaba sus energías este hombre de aspecto delicado, delgado y de estatura simplemente mediana.

Mientras desayunaba en la cafetería del vestíbulo, fueron llegando los almirantes y generales del Estado Mayor. La juventud era el dato más destacable de estos altos jefes de las Fuerzas Armadas. Pero el mismo Almirante Mayor no tenía mucho más de cien años.

Era curioso que, habiendo tomado parte en la primera campaña de VALERA contra los Hombres de Titanio, hacía de ello más de 14.000 años terrestres, el Almirante Aznar hubiese sobrevivido a tan largo tiempo y se encontrara de nuevo en el mismo escenario, esta vez al mando de las Fuerzas Expedicionarias de Nueva Hispania.

En el largo viaje de REDENCIÓN al circumplaneta ATOLÓN, el Almirante Aznar había sido hibernado. Suspendidas sus funciones vitales, el Almirante durmió doscientos setenta y seis años en un sarcófago de plomo, y volvió a la vida cuando el autoplaneta estaba a la vista de un nuevo mundo.

En este tiempo la vida continuó a ritmo normal en el autoplaneta. Millones de hombres, contemporáneos del Almirante, envejecieron lentamente viendo crecer a sus hijos, a sus nietos y biznietos, y en una mayoría murieron sin alcanzar a adivinar cuál sería el final de aquel viaje.

Por el contrario, el Almirante Aznar, que no vivió aquellos

doscientos setenta y seis años, regresó a la vida con la vitalidad de los ochenta y cinco años que tenía al ser hibernado, y pudo participar de forma activa en la exploración del circumplaneta y en los acontecimientos que tuvieron lugar después. Y si bien era cierto que cada hombre sólo podía vivir una vida, al menos al Almirante le cupo la satisfacción de escoger el tiempo en que le habría gustado vivir la suya.

Para viajar de ATOLÓN a la Tierra, los valeranos habían recurrido a un medio mucho más seguro e infinitamente más cómodo que la hibernación, y que tenía sobre ésta la ventaja de poderse aplicar masivamente a millones de personas. ¿Cómo? Muy sencillo, de la misma forma que los bartpuranos se "ausentaron" del circumplaneta hasta la llegada de los terrícolas.

A las pocas horas de emprender el viaje, los tripulantes de VALERA se encaminaron hacia las máquinas KARENDÓN. Ordenadamente, según un turno establecido, familias enteras fueron entrando en las KARENDÓN para ser desintegrados. Como en el caso anterior, la fórmula de los componentes de cada individuo quedaron grabados en una cinta metálica y, simultáneamente, para mayor seguridad, en las cintas magnéticas de una serie de computadoras.

Excepto los turnos de guardia que se alternaban en la conducción del autoplaneta, y los establecidos para atender otros menesteres ineludibles, VALERA quedó prácticamente desierto durante los trescientos años que duró el viaje.

Algunos, como el Almirante Aznar, regresaron periódicamente para informarse de la marcha del autoplaneta, volviendo después a desintegrarse en la KARENDÓN. Cuando VALERA llegó a las proximidades del Reino del Sol, las máquinas KARENDÓN funcionaron incansablemente, rescatando a los millones de valeranos ausentes.

Los resultados fueron tan excelentes, que los cosmonautas se proponían utilizarlo en el futuro siempre que el planetillo emprendiera uno de sus largos viajes espaciales. A los afortunados viajeros de VALERA les cabía ahora la seguridad de poder regresar a ATOLÓN y llegar allá casi con los mismos años que tenían al partir. Sólo tendrían de más los que invirtieran en la reconquista de los planetas terrícolas.

Reunido el Estado Mayor en la sala contigua al vestíbulo de la Sala de Control, sus miembros procedieron en primer lugar a la lectura del resumen de las actividades bélicas de los distintos frentes. Redactados por el Servicio de Información, correspondía al Estado Mayor sacar las conclusiones de los informes.

Transportadas a bordo de gigantescos “discos volantes” las divisiones acorazadas del Ejército Autómata habían desembarcado, en cantidades masivas, simultáneamente en el Este y Norte de África, en las llanuras de Europa Central y la antigua Pampa Argentina.

Pero sorprendentemente, después de los éxitos iniciales de los primeros ocho días, la posición de los ejércitos de invasión permanecía estacionaria. Ahora los jefes de unidad daban cuenta de estar sufriendo grandes pérdidas de material.

—¿Cómo es posible que ocurra tal cosa? —exclamó el Almirante Aznar descargando un puñetazo en la mesa—. Somos superiores en el aire y tenemos la ventaja de una mayor movilidad en tierra firme. Si esos malditos SADRITAS son capaces de contenernos en terreno llano, ¿qué ocurrirá cuando les ataquemos en la montaña?

—Baronet fue batido duramente al pie de las montañas y ha iniciado el repliegue sobre la llanura costera en dirección al mar —observó el General Carles—. Tal vez los SADRITAS son más fuertes de lo que creímos en un principio. ¿Y por qué no? Después de todo han tenido catorce mil años para acumular material de guerra.

—Eso no concuerda con la experiencia que obtuvimos en el espacio —contestó gruñendo el Almirante Aznar—. Los SADRITAS han tenido tiempo sobrado para crear la mayor fuerza sideral del Orbe. Si alguna vez esperaron ser atacados, es lógico que este ataque llegara por el espacio. Pero no tomaron precauciones excesivas en este sentido. ¿Por qué? En mi opinión los SADRITAS jamás esperaron que regresáramos. Estuvimos una vez en este mismo lugar, hace catorce mil años, les destruimos su Armada Sideral y nos marchamos sin haber logrado reconquistar nuestros planetas. Los Hombres de Titanio son unas criaturas básicamente lógicas. Supusieron que siendo estos planetas inhabitables para nuestro organismo de carbono, jamás volveríamos a intentar reconquistarlos.

Un joven General de 50 años, Alfredo Masaneta, hizo un gesto

de duda.

—Siempre hemos considerado a los SADRITAS como unos tipos llenos de lógica y sentido común. No sé por qué. La verdad es que apenas sabemos nada de ellos. Jamás les tomamos un prisionero.

—¿Cómo se puede interrogar a un prisionero que no oye, que no habla, y cuyos pensamientos son un enigma indescifrable para nosotros? —contestó el Almirante José Dumont-Aznar, el jefe de mayor antigüedad de la Armada, con ciento veinticuatro años.

—Tal vez se le pueda interrogar —dijo Masaneta—. En la actualidad disponemos de máquinas capaces de penetrar los pensamientos más ocultos. Las utilizamos para introducir en la memoria información y experiencias y, a la inversa, para extraer las ideas y vaciar los cerebros de los enfermos mentales. Pero quizá ni siquiera sea necesario utilizar esas máquinas. Tenemos entre nosotros individuos extraordinariamente dotados, capaces de adivinar el pensamiento de uno y de transmitir el suyo propio a distancia. Estoy hablando, naturalmente, de esos mestizos de bartpurano y terrícola que tenemos a bordo.

—Uno de mis hijos es uno de esos "mestizos" —saltó irritado el Almirante Mayor.

—Lo sé —repuso Masaneta—. No había intención peyorativa en la palabra "mestizo". Para mí son personas tan respetables como las demás.

El Almirante Aznar se mordió con fuerza el labio. Tal vez el joven Masaneta no acabó de expresar su pensamiento completo. Seguramente lo que quiso decir fue: "Para mí son personas tan respetables como las demás… aunque se nieguen a luchar con nosotros".

—Transmitan esta orden a las unidades del Ejército —dijo el Almirante Aznar—. Necesitamos hacer prisioneros. Como sea, es imprescindible traer aquí a uno de esos condenados SADRITAS.

CAPÍTULO IV

A las 13,15 p. m. hora de VALERA, un despacho cifrado del Comandante Jefe de la Segunda Flota, Almirante Ferrándiz ordenaba a sus dispersas fuerzas reunirse a dos mil kilómetros de altura sobre el estuario del río Plata.

El primero en acudir al punto de reunión fue la 220 Escuadrilla de cruceros, integrada por cinco aeronaves al mando del Contralmirante Miguel Ángel Aznar, que enarbolaba su insignia en el crucero LIÓN. Sentado en la butaca giratoria, en el puente de mando, el joven Miguel Ángel Aznar mantenía la cabeza ligeramente echada atrás, mirando a las dos grandes pantallas de televisión de cuatro metros de altura, inclinadas 45 grados entre el muro y el techo de la cámara de derrota.

La cámara de derrota era el centro nervioso del poderoso navío. Medía doce metros de ancho y veinte metros de largo. Todos sus muros estaban cubiertos por los tableros luminosos de las computadoras, paneles de instrumentos y gran número de pantallas, que proporcionaban una serie muy compleja de datos, relacionados tanto con la marcha del buque, como con lo que ocurría a su alrededor, en la tierra y en el espacio, hasta muchos miles de kilómetros de distancia.

El puente de mando era una plataforma octogonal que se levantaba en el centro de la cámara de derrota a un metro de altura, y estaba rodeada de un parapeto formado por siete pantallas de televisión de un metro de ancho. A cada lado de esta plataforma se alineaban tres filas de consolas, cada una con dos pantallas pequeñas, donde se sentaba los controladores.

Sesenta oficiales y especialistas tenían a su alcance todos los resortes del buque. Éste pertenecía a la moderna serie STELAR, una esbelta aeronave de 300 metros de eslora, 40 metros de manga y 40 metros de puntal. Su férreo casco tenía en todas sus partes un

espesor mínimo de tres metros de “dedona”.

Desde su butaca giratoria y reclinable, el Contralmirante Aznar podía ver todo cuanto ocurría alrededor y debajo del buque. Para ellos disponía de nueve grandes pantallas de 4 metros de ancho por 4 de altura; tres a cada lado, unas a continuación de otra, inclinadas 45 grados; una a proa y otra a popa igualmente inclinadas; y cuatro cubriendo totalmente el techo. Por medio de un sistema reversible, estas pantallas podían reflejar lo que había de medio casco abajo, o de medio casco arriba, o lo que estaba a babor y lo que quedaba a estribor.

En este momento, las pantallas de estribor mostraban la inmensidad desierta del Océano Atlántico, mientras por el lado de babor, a gran distancia, se veían las setas radiactivas de las explosiones nucleares que tenían lugar en el campo de batalla.

Una de las pequeñas pantallas que rodeaban el puente se iluminó, apareciendo en ella la imagen en relieve y color de una joven y bella oficial. La oficial dejó oír su voz a través del amplificador:

—Contralmirante, estamos recibiendo una llamada de socorro en la frecuencia del Ejército. Alguien allá abajo está pidiendo ayuda.

Miguel Ángel Aznar abandonó la butaca, descendió la escalerilla y se dirigió a la consola del radiotelegrafista, donde se encontraban también el Comandante Gomar y el Capitán Plot. La Alférez Samanta Cabedo, oficial de transmisiones, estaba ante los mandos de la radio con el casquete de los auriculares ciñendo sus cabellos castaños.

—Escucha esto, Miguel Ángel —dijo el Comandante Gomar moviendo el interruptor que conectaba el altavoz.

El sonido no era muy claro. En medio del crujido de las descargas eléctricas, fenómeno que venía ocurriendo desde el bombardeo del Sol con un proyectil de hidrógeno, se escuchaba una voz débil y como lejana que repetía:

—¡Atención, llamada de socorro de UTA Veintisiete a quien pueda escucharnos! Somos los sargentos Laredo y Graciano de la Brigada UTA que perdimos contacto con nuestra unidad. Nos encontramos en la orilla derecha del río Negro, a unos veinticinco kilómetros de su confluencia con el Uruguay. No tenemos medios para regresar y nos faltan alimentos. Nos servimos de la pila solar

para transmitir… ¡Atención, llamada de socorro!…

El Comandante Gomar miró a Miguel Ángel Aznar.

—¿Qué piensas de esto? ¿Podemos hacer algo por ellos?

—Por supuesto, podemos informar al Servicio de Inteligencia para que encuentre los medios apropiados para rescatar a esos desdichados.

—¿Qué medios? —preguntó el Comandante—. Lo lógico es que envíen un buque a recogerles. Nosotros tenemos el buque y nos encontramos casi encima de ellos.

—¿Quieres decir ir nosotros mismos a buscarles? No podemos separarnos de la fuerza sin conocimiento del Almirante. —El joven Aznar reflexionó unos instantes, luego se dirigió a la Alférez—: Señorita Cabedo, expida un mensaje cifrado. Del Contralmirante Aznar al Almirante Jefe de la Segunda Flota. Captamos llamada de socorro de pequeño grupo supervivientes Brigada UTA perdidos ochenta kilómetros arriba del río Paraguay. Solicito permiso para acudir con un buque en auxilio. Plan propuesto: navegar en inmersión río Plata y remontar río Paraguay hasta lugar donde se encuentran supervivientes. Espero su respuesta.

La Alférez Cabedo tomó nota taquigráfica del mensaje.

—Veamos el mapa —dijo el Contralmirante.

Seguido de Gomar y de Plot se dirigió a uno de los muros laterales de la cámara de derrota. Plot apretó unos botones en el teclado del archivo, y un gran mapa de la zona apareció en un cristal deslustrado de cuatro metros cuadrados.

—Aquí —señaló el Comandante con el dedo.

—Su posición es un tanto extraña —murmuró Miguel Ángel—. Me pregunto cómo pudieron ir a parar tan lejos de la zona de desembarco.

—Tal vez se movieron en dirección opuesta, hasta que sus máquinas quedaron lejos del alcance de las ondas energéticas de los generadores de su unidad —apuntó Plot.

—¿Desertores? —murmuró Miguel Ángel—. Merecían que les abandonáramos donde están.

—Pero no podemos hacer eso —protestó Gomar—. Examina su posición. Tal vez ignoraban que en veinticuatro horas nuestro autoplaneta se aproximará tanto a la Tierra que provocará una inmensa marea que avanzará tierra adentro anegando grandes

extensiones. La ola levantada por VALERA avanzará arrolladora por el Plata y subirá por todos los ríos y afluentes… ¡y les alcanzará a ellos!

—Es claro que no podemos dejarles allí —suspiró Miguel Ángel Aznar—. Vamos a situarnos a una cota más baja. Si el Almirante da su consentimiento iremos en busca de esos granujas.

Mientras el Comandante se dirigía al puente de mando se escuchó por dos veces el estridente alarido de un claxon. El serviola electrónico anunció la presencia de una fuerza amiga que acababa de emerger del océano y se remontaba aproximándose a la 220 Escuadrilla.

Construidos para moverse en el vacío intergaláctico, los cruceros de la serie STELAR tenían la silueta y los elementos necesarios para operar igualmente en la atmósfera y en inmersión submarina. Era la máquina más poderosa construida hasta entonces por el ingenio del hombre. Su formidable coraza de tres metros de espesor podía resistir el impacto de un rayo de “luz sólida”. Pero su mejor defensa era la incorporación de las ondas gravitacionales. Estas ondas no detenían la “luz sólida”, pero curvaban sus rayos desviándolos de su trayectoria. Aunque esta desviación era mínima, solía ser suficiente para que los rayos de “luz sólida” no alcanzaran al buque o le dieran de refilón.

Sin embargo, para que una “coraza” de ondas gravitacionales arqueara un rayo de “luz sólida”, era condición indispensable que este rayo llegara de una distancia superior a un millón de kilómetros. En distancias cortas, la luz era demasiado rápida para que las ondas gravitacionales pudieran curvarla. En tal caso, la seguridad del buque quedaba confiada a la consistencia de su casco de “dedona”. La “dedona” era 40.000 veces más pesada que el agua. El más fuerte atleta no podría coger entre sus dedos y levantar del suelo una mota de este metal. ¡Un milímetro cúbico de “dedona” pesaba 40 kilogramos! Sin embargo, inducida eléctricamente, la “dedona” no sólo perdía su peso. ¡También levitaba!

Esta propiedad de la “dedona” de rechazar la fuerza de gravedad había sido utilizada desde el año 2.400 para elevar y sostener en el aire las grandes aeronaves espaciales. Las ondas gravitacionales, que podrían haber realizado el mismo trabajo sin necesidad de utilizar la “dedona”, sólo las habían aplicado los terrícolas

recientemente, conocidas a través de la tecnología Bartpur.

* * *

Descendiendo al nivel del mar, el crucero LIÓN se movía lentamente a impulsos del viento, tan bajo que las crestas de las olas rozaban su férrea quilla.

En la cámara de derrota el teletipo había empezado a martillear. El texto, introducido en la máquina descifradora de claves, dio el siguiente mensaje:

“Del Almirante Ferrándiz, Comandante Jefe de la Segunda Flota, al Contralmirante Aznar. Acuda en socorro de supervivientes destacando para la misión un sólo buque. Aceptado su plan. Ferrándiz, Almirante.”

Miguel Ángel Aznar devolvió el papel a la Alférez Cabedo y miró al Comandante Gomar, que esperaba a su lado.

—Está bien, Comandante. No perdamos más tiempo, vamos allá.

Gomar se dirigió rápidamente al puente de mando, empuñó un micrófono y gritó:

—¡Preparados para navegación en inmersión! ¡Rumbo Dos Siete Cero! ¡Máquina avante un quinto!

Instantes después la enorme mole de 300 metros de longitud se sumergía en el mar y empezaba a moverse impulsada por sus motores de “luz sólida”.

Navegando por medio de sus instrumentos, el LIÓN se internó en el río Plata y aquella misma tarde remontó el río Uruguay. En este momento empezaron a prepararse los hombres que iban a desembarcar; el propio Contralmirante y los sargentos controladores Puche y Tabanes.

Desconfiando de lo que pudiera pasar, puesto que estaban en territorio inexplorado, el Contralmirante puso el buque en situación de alerta y ordenó que todo el mundo a bordo vistiera la armadura y escafandra reglamentarias.

Aunque el buque disponía de medios para obtener fotografías muy claras del terreno, incluso desde dos mil kilómetros de altura, el Contralmirante había renunciado a la tentativa. Sencillamente, el enemigo debía estar vigilando los movimientos de la fuerza aérea a través del radar. Si el LIÓN se hubiera movido para situarse sobre la

vertical del punto donde decían encontrarse los dos hombres perdidos, los SADRITAS hubieran venteado que algo atraía la atención del buque, y el rescate probablemente habría sido imposible por la presencia de unidades acorazadas en aquellos alrededores.

Ni siquiera ahora estaba seguro el Contralmirante de no encontrar fuerzas enemigas en el lugar. Las repetidas llamadas de socorro de los sargentos muy bien podían haber atraído allí a los SADRITAS, guiados fácilmente por los radiogonios.

En definitiva, existía un alto porcentaje de riesgo en esta aventura, y el joven Miguel Ángel Aznar rechazó enérgicamente el ofrecimiento de Plot y otros oficiales para asumir la responsabilidad de la misión. Si existía un riesgo, correspondía al jefe pechar con él.

Vestido de “diamantina” azul, con la escafandra bajo el brazo, y armado con una subametralladora de “luz sólida”, Miguel Ángel Aznar entró en la cámara de derrota para dar sus últimas instrucciones al Comandante Gomar.

En este momento el buque experimentó una sacudida y quedó inmóvil.

—¿Qué ocurre? —preguntó el Contralmirante desde el pie de la escalerilla del puente de mando.

—Hemos tocado fondo. El río no tiene suficiente profundidad para que podamos navegar por él en inmersión.

Era una contrariedad. Si la profundidad no era suficiente para el calado del buque, éste se vería obligado a navegar asomando parte de su estructura fuera del agua. En este punto y momento Miguel Ángel Aznar empezó a arrepentirse de aquel tonto impulso que le llevó a solicitar permiso para realizar esta misión.

—Bien, ¿qué le vamos a hacer? Sigue adelante manteniendo la quilla pegada al fondo —dijo haciendo una seña a Gomar.

Mientras el Comandante daba las órdenes desde el puente de mando, el Contralmirante cruzó la cámara de derrota hasta la consola del radiotelegrafista, atendida por un sargento.

—Sargento, póngase los auriculares y encienda el radiogonio. Si ese par de estúpidos están todavía lanzando llamadas de socorro, quiero que me diga en qué dirección se encuentran.

El sargento goniometrista asintió y se caló los auriculares, apretando algunos botones en su tablero. Se encendió la pantalla de

un oscilómetro. En este momento el buque iniciaba un leve movimiento ascensional y se ponía de nuevo en movimiento.

Sobre las turbias aguas del río asomó el amarillo lomo del buque, y sobre éste el grueso tubo del periscopio y la antena circular del radiogoniómetro. La antena del radiogonio empezó a moverse lentamente, giró a la izquierda, se detuvo y volvió ligeramente a la derecha para detenerse.

—Ahí está —dijo el sargento radiogoniometrista. En la negra pantalla se movían unas líneas onduladas.

—Siguen trasmitiendo —murmuró Miguel Ángel Aznar—. No pierda la sintonía. Cuando lleguemos a su altura avise al Comandante para que pare el buque.

En este momento, en las pantallas frontales y en las laterales se reflejaban las imágenes captadas por el periscopio. El buque avanzaba por el centro del río, y por ambos lados se deslizaba el paisaje, una singular pradera roja en la que, aquí y allá, crecían árboles de hojas también rojas.

Dieciséis mil años bajo un sol de helio habían modificado de arriba abajo la vegetación del planeta. Estas nuevas plantas también utilizaban la clorofila para elaborar su cuerpo vegetal, pero esta clorofila era de color rojo. Toda la Tierra, al menos el hemisferio donde nunca se ponía el sol, era un planeta teñido de pálidos colores rojizos. No sólo las plantas eran rojas. Las rocas y el suelo habían oxidado el oxígeno de la atmósfera tomando esta extraña coloración. La atmósfera actual del planeta era irrespirable para el hombre y los animales terrícolas. El anhídrido carbónico no era venenoso, sencillamente no servía para respirar.

Mientras el buque avanzaba por el río, levantando una ola ante la proa, las repetidas marcaciones del sargento goniometrista indicaban que se estaban acercando al paraje donde los sargentos Laredo y Graciano repetían una y otra vez su llamada de socorro.

Miguel Ángel Aznar se despidió del Comandante Gomar al pie de la escalerilla del puente.

—Estaremos en contacto por radio —dijo Miguel Ángel—. A la menor señal de peligro levantáis el vuelo y os largáis a todo trapo.

—¿Quieres decir que os abandonemos? ¡No lo pienses! —protestó Gomar.

Pero Miguel Ángel adoptó una actitud seria:

—Deja ahora a un lado nuestra amistad, Alberto. A la menor señal de peligro, te largas. Es una orden.

Gomar se puso serio a su vez.

—Sí, señor.

Se estrecharon la mano.

—Buena suerte —dijo Gomar.

El Contralmirante abandonó la cámara de derrota por la puerta lateral de babor, avanzó por un pasillo, pasó una puerta estanca y bajó una escalera hasta el segundo puente. Siguió por otro pasillo, dobló un recodo y descendió por otra escalera hasta la cubierta de botes.

Los sargentos Puche y Tabanes le esperaban junto a uno de los aerobotes. Éste era una nave ligera de doce metros de longitud total, con una cabina cubierta capaz para 16 tripulantes en cuatro filas de cuatro asientos con un estrecho pasillo central.

Utilizada como bote de salvamento, llevaba una buena provisión de oxígeno y estaba armada de seis proyectores de "luz sólida" en la proa. El bote era ancho y tenía un casco de "dedona" en forma de quilla.

Los tres hombres subieron a bordo del aerobote, sentándose el sargento Tabanes ante los mandos.

Los tres hombres se pusieron el casquete de los auriculares y se ajustaron las escafandras. El Sargento encendió el reactor nuclear.

A través de sus radios individuales podían escuchar la voz del goniometrista dando las marcaciones. Transcurrieron cinco minutos.

—Doscientos setenta y nueve… doscientos setenta y ocho… doscientos setenta y siete… —recitaba el goniometrista.

El buque estaba perdiendo velocidad. Se elevó unos metros.

Ante la proa del aerobote, en el casco del buque, se abrió un portón. Ésta se abrió en dos partes que se deslizaron a derecha e izquierda dejando un hueco de forma elíptica. La brillante luz del día penetró hasta la cubierta de botes.

—Está bien, vamos afuera —dijo Miguel Ángel Aznar.

El aerobote descansaba sobre un chasis provisto de ruedas, que a su vez descansaban sobre un raíl. El Sargento Tabanes accionó la palanca del acelerador, que estaba situada detrás del semivolante.

El bote salió con vigoroso impulso deslizándose sobre el raíl, traspuso el portón e irrumpió en el espacio lleno de sol rozando las

turbias aguas del río. El sargento tiró suavemente del volante hacia sí y la navecilla obedeció dócilmente elevándose para volar por encima de los cañaverales en la orilla del río. Los cristales teñidos de la cabina amortiguaban la brillante luz del día.

Inclinándose de estribor, el aerobote viró de este lado para volar paralelamente al río. Por las ventanillas podía verse la mole del LIÓN que asomaba medio casco fuera del agua. El buque fue quedando atrás.

Miguel Ángel Aznar llamó al buque:

—Hola, LIÓN. Estamos en el aire. ¿Siguen graznando ese par de gansos?

—En efecto, no paran de hablar. Ahora han cambiado la cantinela, dicen que pronto se les va a acabar su provisión de oxígeno. Deben estar por algún lado, no lejos de aquí.

—Bien, voy a tratar de sintonizar con ellos.

Moviendo un botón moleteado bajo el auricular de su escafandra, Miguel Ángel no tardó en escuchar con claridad a los supuestos desertores:

—¡Atención, llamada de socorro de UTA! Somos los sargentos Laredo y Graciano en la Brigada UTA, extraviados de nuestra unidad. ¡Ayúdennos, estamos agotando nuestra provisión de oxígeno! Nos encontramos en la orilla derecha del río Negro, a unos veinticinco kilómetros de la confluencia con el río Uruguay.

—Atención UTA —dijo Miguel Ángel Aznar—. Aquí LIÓN UNO. Recibimos su llamada, digan si nos reciben. Cambio.

—LIÓN UNO, les recibimos perfectamente. ¿Van a venir a buscarnos? ¡Conteste, LIÓN UNO! Cambio.

—Atención UTA. Estamos sobrevolando la orilla derecha del río. Estén atentos al aire y digan si nos ven. ¿A qué distancia del río se encuentran? ¡Conteste, UTA! Cambio.

—LIÓN UNO, estamos en la misma orilla, escondidos bajo un bosquecillo… ¡Eh, acabamos de verles… están pasando por nuestro lado!

Casi en el mismo instante Miguel Ángel Aznar alcanzó a descubrir una “tarántula” robot a medias escondida bajo un grupecillo de árboles rojos. Un hombre salió del bosquecillo. Vestía armadura y escafandra de “diamantina” y agitó en el aire un subfusil de “luz sólida”.

—Ahí están —señaló Miguel Ángel Aznar al piloto—. Dé la vuelta y regrese sobre ellos.

—Ha sido fácil después de todo —dijo el Sargento Puche mirando por la ventanilla de estribor—. ¡Pobres diablos! Es evidente que se apartaron del campo de batalla y que no pararon de correr hasta que su tarántula quedó fuera del alcance de las plantas de energía eléctrica de su unidad.

El aerobote describió una fácil curva, redujo su velocidad y descendió casi verticalmente hasta posarse en la hierba roja a unos veinte metros de la inmóvil "tarántula" robot.

Miguel Ángel Aznar abrió la portezuela y les hizo señas.

—Vengan para acá, vamos, no se entretengan.

Los dos hombres salieron de la sombra del bosquecillo y se acercaron al aerobote. Verdaderamente, para haber estado solicitando auxilio con tanta angustia, no parecían darse demasiada prisa. Impaciente, el Contralmirante Aznar saltó a tierra haciéndoles imperiosas señas.

—¡Vamos, aligeren! ¡Dense prisa, demonio! —gritó.

Desde el LIÓN, el Comandante Gomar preguntó a través de la radio qué era lo que ocurría. Miguel Ángel Aznar contestó:

—Tranquilo, Comandante, todo va bien. Pero no dejéis de tener los ojos bien abiertos por si se presentara el enemigo.

Los dos hombres llegaron hasta donde estaba el Contralmirante. Ambos conservaban consigo sus subametralladoras de "luz sólida". Miguel Ángel se apartó y les invitó a subir al aerobote señalando la portezuela. Uno de los sargentos se coló por una escotilla mientras el otro esperaba su turno. No pronunciaron ni una palabra desde que el aerobote tocó el suelo, pero no fue esto solamente lo que chocó al Contralmirante.

¿No decían en su mensaje que estaban utilizando el transmisor de radio alimentado por la pila solar? Esta pila estaba instalada en la máquina blindada robot. Uno de los sargentos por lo menos había estado transmitiendo hasta el mismo momento casi que el aerobote tomó tierra. ¡Pero los sargentos no estaban en la "tarántula", sino a más de veinte metros de distancia en el bosquecillo! ¿Quién transmitía desde la "tarántula"?

Miguel Ángel Aznar se volvió a mirar hacia la máquina. La trapa de la escotilla de la máquina estaba abriéndose hacia afuera. Luego

había alguien más allí.

—Oigan —dijo Miguel Ángel—. ¿Quién?…

No llegó a terminar la pregunta. El hombre que todavía estaba en tierra, a punto de trepar al aerobote, se volvió de repente y le encañonó con su arma de “luz sólida”.

—¡Tire su arma al suelo, rápido!

Simultáneamente escuchaba otra voz en la radio, la del hombre que ya estaba a bordo de la aeronave:

—¡Quietos lo dos, levanten las manos o les mato!

Miguel Ángel tenía su subametralladora en la mano, pero con el seguro puesto. Si hacía un solo movimiento el otro le atravesaría con un disparo de “luz sólida”. El corazón le latía ahora con repentina prisa. Volvió ligeramente la cabeza y miró a la “tarántula” robot. Una cabeza asomaba por la escotilla. Era una escafandra, pero no como la suya. En aquella cabeza esférica y totalmente metálica, brillaba un solo ojo amarillo de gran tamaño.

—¡SADRITAS! —gritó Miguel Ángel.

Desde el LIÓN, la voz inquieta del Comandante Gomar preguntó:

—¡Miguel! ¿Qué ocurre?

—¡SADRITAS! —repitió Miguel Ángel—. ¡Es una trampa, marchaos en seguida!

El sargento traidor le propinó un fuerte empujón tirándole de bruces al suelo. La subametralladora escapó de la mano enguantada de “diamantina” y quedó sobre la hierba roja fuera del alcance de Miguel Ángel. Éste se arrastró hacia el arma, pero el pesado pie del Sargento, calzado también de “diamantina”, la alcanzó primero y la sujetó contra el suelo.

El cañón de la subametralladora del traidor apuntó a los ojos del Contralmirante.

—Un movimiento más y le mato.

Miguel Ángel Aznar comprendió que toda resistencia era inútil. Por detrás del traidor, del bosquecillo, llegaban cuatro o cinco SADRITAS armados. Sin embargo, no pensaba en su propia suerte, sino en la del crucero que estaba a corta distancia en el río.

—¿Gomar?

—Sí.

—Estamos perdidos, nos han cogido. ¡Marchaos!

—Sí, Miguel. ¡Pero volveremos a buscarte! No sé cómo, pero te

rescataremos.

—Adiós, Alberto.

Desde el puente de mando el Comandante Gomar cortó la comunicación para ocuparse de la seguridad del buque.

A unos cien metros del lugar donde estaba Miguel Ángel Aznar, una sección cuadrada del suelo se levantó como una tapa y la cabeza esférica de un robot SADRITA asomó junto con el cañón de una ametralladora de “luz sólida”.

Desde ambas orillas del río y en una longitud de un kilómetro, varias ametralladoras dispararon contra el LIÓN cuando el buque se elevaba en el aire. Estas armas pesadas disparaban cintas de “luz sólida” de 80 centímetros de ancho, cortantes como cuchillos.

El disparo de un arma de “luz sólida” era siempre terrible, cualquiera que fuese su calibre. En los breves instantes que el LIÓN estuvo a la vista de Miguel Ángel Aznar, cuando lanzando dos gruesos chorros de luz se elevaba rápidamente en el aire, pudo ver cómo los dardos luminosos de las armas SADRITAS golpeaban el sólido casco de “dedona” abriendo en éste profundas heridas. Los proyectores de “luz sólida” que el buque montaba en gran número en la parte alta de su estructura, saltaban en pedazos, destrozados por los disparos de las ametralladoras. El tubo del periscopio, cercenado limpiamente por una de estas terribles cintas lumínicas, salió despedido por el aire a gran altura.

Aunque se tenía a los cruceros STELAR por prácticamente invulnerables en el espacio, esto no ocurría cuando el buque se encontraba inmóvil en el suelo. A corta distancia la protección de las ondas gravitacionales era totalmente ineficaz, no alcanzaban a curvar la “luz sólida” en el trayecto.

Por otra parte, la “luz sólida” podía perforar el formidable casco de tres metros de espesor de un buque. Bastaba para ello que un arma insistiera repetidas veces disparando sobre el mismo lugar. Y ahora las ametralladoras SADRITAS estaban peligrosamente cerca, mientras el buque se movía despacio, rompiendo su inercia para acelerar cada vez más aprisa. Todos los disparos de los SADRITAS iban dirigidos contra la parte alta del buque, donde en una especie de casamata, de 120 metros de longitud y 10 metros de altura, tan alta como una casa de tres pisos, estaban los poderosos reactores nucleares detrás de tres metros de espesor de la coraza de “dedona”.

A lo largo de esta protuberancia estaban también montados casi la mitad de los proyectores de "luz sólida" del buque.

El LIÓN, que pudo haberse defendido poniendo en acción sus propios proyectores de "luz sólida", no hizo un solo disparo. Su Comandante, el capitán de navío Alberto Gomar, puso en peligro el propio buque y arriesgó la vida propia y de su tripulación, por no matar a Miguel Ángel Aznar y a los hombres que estaban con él.

Las armas del LIÓN habrían arrasado indiscriminadamente todo cuanto se encontraba a su alcance.

—¡Disparad, estúpidos! ¡Disparad! —gritó Miguel Ángel Aznar desde el fondo de su escafandra.

El poderoso buque sideral, ganando velocidad por segundos, se alejó río arriba seguido de las lanzadas luminosas de las armas SADRITAS. Poco después se perdía de vista.

Las ametralladoras cesaron en sus secos latigazos y ahora Miguel Ángel Aznar se enfrentó con su destino. Cuatro robóticos SADRITAS le rodeaban, inclinando sus grotescas cabezotas para contemplarle enigmáticamente con su enorme y repulsivo ojo amarillo.

CAPÍTULO V

EN el “hall” del Ayuntamiento, Fidel Aznar coincidió con otra veintena de “bautas”, jóvenes de ambos sexos, objetores de conciencia como el propio Fidel.

No siempre era fácil distinguir a un “bauta”. La raza bartpurana tenía muy desarrollado el cráneo, pero no todos los mestizos heredaron este rasgo característico.

Se había podido observar, como norma generalizada, que los mestizos de cabeza grande poseían también las facultades paranormales de sus progenitores. Tal era el caso de Fidel, cuya cabeza era más grande que la media normal entre los terrícolas. Pero esto no se notaba mucho en Fidel, que era un gigante de dos metros de estatura.

Llamados los objetores por orden alfabético, resultó ser Aznar el primero de la lista. Fidel entró en la sala donde estaba constituido el tribunal dictaminador. Éste estaba formado por tres civiles y dos militares, siendo uno de los civiles una dama, y los militares un Coronel del Ejército y un Comandante de la Armada. El tribunal quedó sorprendido al ver entrar un monje “Bundo” vestido con su túnica morada tradicional.

—¿Es usted realmente un Bundo? —preguntó el Presidente.

—Sí, lo soy —contestó Fidel con aplomo.

El Presidente hojeó los papeles que tenía sobre la mesa.

—¿Por qué no consta en su expediente? —preguntó.

—En el impreso había un apartado que decía: “títulos acreditativos que aporta”. Yo no tengo ninguno. Nunca se ha extendido un diploma de graduado a un Bundo, por la sencilla razón de que no ha sido necesario. A ningún bartpurano se le ocurriría hacerse pasar por Bundo sin serlo.

—En BARTPUR tal vez, pero estamos en VALERA. Es el caso que necesita usted un título, y no lo tiene. En fin, veamos qué se puede

hacer. ¿Su apellido es Aznar?

—Sí, señor.

El Comandante de la Armada siseó para llamar la atención del Presidente y le hizo señas. Los componentes del tribunal acercaron sus cabezas para hablar entre sí cuchicheando. Luego se apartaron y el Presidente miró al monje sorprendido.

—¿Tiene usted alguna relación de parentesco con el Almirante Aznar? —preguntó.

—Sí, es mi padre.

—¿Por qué no lo dijo antes?

—Nadie me lo preguntó.

—Bien, dejaremos su caso pendiente de resolución hasta dentro de unos días —dijo el Presidente, y el coronel y el comandante asintieron con enérgicos movimientos de cabeza.

—Si me permiten decirlo, creo que es mejor que resuelvan mi caso hoy mismo —dijo Fidel—. El Almirante espera que nadie me haga objeto de un trato de favor en razón de los lazos de parentesco que nos unen. Si no fuera así habría escrito al tribunal una carta de recomendación o se habría valido de otros medios para hacerles saber sus deseos. En verdad, ni mi padre ni yo esperamos de este tribunal que proceda de otro modo que como su rectitud le aconseje. Soy mestizo, hijo de mujer bartpurana, y educado en la moral y la filosofía Bartpur. Mis principios morales son contrarios a toda idea de violencia, cualquiera que sean los pretextos que se esgriman para justificarla. No lucharé contra los SADRITAS, pero haré con gusto cualquier trabajo, incluso el más penoso, a cambio de que me excusen de participar de forma activa en la guerra.

Los miembros del tribunal se miraron unos a otros. El Presidente hizo seña con el dedo y de nuevo unieron sus cabezas para cuchichear entre sí. Luego el Presidente se dirigió de nuevo a Fidel.

—Indiquemos usted mismo qué le gustaría hacer. Un monje Bundo suele ser un hombre superdotado. No sería justo desperdiciar sus aptitudes enviándole a los yacimientos de extracción de “dedona” o a limpiar las calles de la ciudad.

—Si es que se me permite escoger, me gustaría contribuir con mi esfuerzo a reparar los daños causados por la guerra. Me gustaría trabajar en un Hospital militar.

—¿Es usted médico?

—Soy médico cirujano y psiquiatra.

—Pero no tiene titulación.

—No.

—Nuestro sistema de enseñanza por inducción directa al cerebro haría de usted un médico-cirujano en unas horas. ¿Tiene algún inconveniente en someterse a un curso de este tipo de enseñanza?

—Las enseñanzas que recibimos los Bundos son de tipo muy distinto a las de los médicos terrícolas —objetó Fidel—. También nuestra manera de aplicar la Medicina y la Cirugía son distintos. Temo que su sistema de inducción directa al cerebro interferiría en los conocimientos que poseo.

—¿No quiere someterse a nuestro método?

—No. Pero tengo entendido que ustedes comprueban la efectividad de su método sometiendo al alumno a un examen posterior. Conozco la Medicina terrícola y me sometería de grado a un examen por sus profesores. Si paso ese examen, ¿por qué no puedo obtener el título?

El Presidente consultó con sus colegas.

—La proposición del señor Aznar se sale de lo común —objetó la mujer—. Sin embargo, no sé de que exista ninguna ley que prohíba a nadie estudiar la Medicina por el sistema ortodoxo, ni impedirle obtener su graduación si demuestra, mediante examen, que está en condiciones de ejercerla.

El Presidente movió afirmativamente la cabeza y se dirigió de nuevo a Fidel.

—Le daré una carta de recomendación para el Doctor Director de la Facultad de Ciencias. Cualquiera que sea el resultado de sus gestiones, deberá usted comunicarlo a esta Junta. Espere afuera, por favor, y la secretaria redactará la carta —dijo el Presidente despidiéndole.

Fidel dio las gracias al Tribunal y abandonó la sala. Minutos después aparecería un ujier que le entregó una carta en un sobre abierto. El sobre iba dirigido al Director de la Facultad de Ciencias, Doctor Alejandro Valera.

Era todavía temprano y tenía tiempo para presentarse ante el Director de la Facultad antes del mediodía.

Abandonó el edificio saliendo por las grandiosas escalinatas, sobre la amplia perspectiva de la Plaza de España. Recordó que el

Doctor Alejandro Valera era un viejo amigo de su padre. ¿Se sentiría el Doctor Valera obligado respecto a él, por la amistad que le unía con el Almirante?

Esta idea te causó cierto malestar. No quería llegar a ninguna parte empujado por el prestigio, la influencia y las amistades del Almirante. Se preguntó si no habría sido preferible que le destinaran a las canteras de extracción de "dedona", el trabajo más duro que un hombre podía realizar en VALERA. ¿Pero no le ocurriría lo mismo en las canteras? ¿No se sentiría el jefe de los yacimientos obligado a darle un trato de favor tan pronto supiera que era hijo del Almirante Mayor?

Inevitablemente, allá donde fuera, se encontraría siempre bajo la sombra protectora del hombre de mayor autoridad en el planetillo: su padre.

Resignado con este hecho ineludible, Fidel decidió presentarse en la Facultad. Demostraría que era un buen médico.

En la zona de aparcamiento, frente al Ayuntamiento, había estacionados gran número de automóviles eléctricos. Estos automóviles eran de uso público. Igual que en los teléfonos, había que echar una ficha estriada por una ranura. Entonces el motor se ponía en marcha y funcionaba un contador.

Fidel se metió en uno de los autos desocupados y oprimió el botón de puesta en marcha. El usuario anterior no debía haber agotado el tiempo de funcionamiento de su ficha, pues el motor se puso en marcha.

Conduciendo el pequeño y silencioso cochecillo, Fidel se dirigió por la Avenida de Australia en dirección a las afueras de la ciudad. Conocía el lugar de emplazamiento de la Facultad de Ciencias.

Cuando el autoplaneta VALERA inició su largo viaje de trescientos años a la Tierra, después que veintidós millones de habitantes se "ausentaron" desmaterializándose en la máquina KARENDÓN, Fidel Aznar todavía permaneció dos años en la desierta ciudad antes de "ausentarse" a su vez.

¿En qué empleó Fidel estos dos largos años? En el estudio.

Durante todo este tiempo, el joven "Bundo" acudió casi a diario a la Facultad de Ciencias y pasó largas horas en su solitaria biblioteca estudiando la Medicina y la Cirugía tal como la conocían y practicaban los terrícolas. También estudió Psicología y Filosofía,

contrastando las abismales diferencias que existían entre los métodos terrícolas y los que él había aprendido en sus largos años de preparación hasta alcanzar el grado “Bundo”.

Casi no se comprendía cómo, después de haber conocido la Medicina y la Cirugía bartpur, todavía se aferraban los terrícolas a su torpe concepción de la Medicina tradicional. Acaso la única disculpa que cabía, era que los terrícolas no estaban todavía psíquicamente preparados para practicar esta ciencia con los métodos bartpuranos. Sin embargo, en vez de reconocerlo así, como habría sido lo honrado, los médicos y cirujanos terrícolas reaccionaban burlándose de lo que llamaban “los curanderos de Bartpur”.

Fidel había comprendido a tiempo que, como “curandero”, no tenía ningún porvenir en la Medicina y la Cirugía terrícolas. Esto quizá le habría importado menos si fuese bartpurano puro. Pero era un “bauta”, un mestizo, y tenía que adaptarse a las formas y costumbres terrícolas si quería convivir pacíficamente con ellos, comprenderlos y ayudarlos.

Al final de la Avenida de Australia —25 kilómetros de trayecto— en mitad de un denso tráfico, el automóvil se paró. Había terminado el tiempo límite de la ficha utilizada por el último usuario. Los automovilistas que estaban detrás del auto de Fidel se pusieron a chillar y hacer sonar el claxon…

El “Bundo” se echó mano al bolsillo. Pero no llevaba una sola ficha, las había dejado olvidadas al cambiar su ropa de diario por la túnica. ¿Qué hacer en este apuro?

Tan pequeña cosa no representaba un problema grave para un “Bundo”. Fidel, que poseía extensos conocimientos de mecánica, trató de adivinar cómo funcionaba el contador. Se imaginó la moneda cayendo sobre una pequeña palanca, cuyo brazo movería por gravedad. El extremo de esta palanca haría contacto con un relé, el cual a su vez conectaría el interruptor general…

Cualquier bartpurano poseía facultades psicokinéticas, las cuales, por razón de un intenso entrenamiento, eran todavía más acusadas en un monje “Bundo”. Fidel proyectó su pensamiento a través del tablero de instrumentos sobre la palanca… Casi en seguida se escuchó un chasquido y se encendió la luz indicadora de que el motor estaba de nuevo en marcha.

Fidel continuó guiando su pequeño auto hasta la Facultad de Ciencias. Poco después pasaba entre las recias columnas del viejo edificio y entregaba la carta en el mostrador de las oficinas de Secretaría. Y se sentó en un banco de madera a esperar.

La carta debió correr un largo camino, a juzgar por el tiempo que tuvo que esperar, hasta que finalmente apareció una muchachita morena que se dirigió a él rogándole que le siguiera.

Instantes después Fidel Aznar era recibido por el Director del centro, Profesor Alejandro Valera. Éste era un hombre alto, moreno y simpático, que estaba muy lejos de representar sus 70 años auténticos. El Profesor se puso en pie para estrechar la mano del visitante y le invitó a sentarse.

—Usted no me recuerda, pero yo frecuentaba bastante la casa de sus padres, cuando usted era un muchachito —dijo el Profesor Valera—. A su padre le vi no hace mucho, ¿pero cómo se encuentra su madre, la encantadora Yawna? ¿Y su hermano Miguel? A ése si hace tiempo que no le echo la vista encima.

—Mamá se encuentra perfectamente. De Miguel Ángel sabemos poco. Actualmente está en misión de servicio en una unidad de la Armada. Recientemente le ascendieron a Contralmirante.

—¡Vaya, vaya! Celebro que todos estén bien. Y en cuanto a usted, tengo entendido que desea doctorarse en Medicina y Cirugía.

—En efecto, así es.

—El procedimiento se sale de nuestras normas. Hace mucho que abandonamos el método de enseñanza tradicional. En la actualidad sólo formamos médicos por el sistema de inducción directa al cerebro. Pero usted se niega a aceptar nuestro sistema…

—Sólo pido una oportunidad de demostrar mis conocimientos y aptitudes. ¿O es que acaso existe una Ley que imponga, como única alternativa, la formación por el sistema de inducción directa?

—No puedo contestarle a eso, yo era muy niño cuando se inventó este nuevo sistema. Vamos a revisar todas las disposiciones vigentes respecto a la normativa para la obtención de títulos académicos. Mañana tenemos exámenes… pero tal vez sea demasiado pronto y necesite usted algún tiempo para prepararse.

—Al contrario, cuanto antes me examinen mejor.

El Profesor Valera disimuló una sonrisa.

—Perdone que insista sobre el particular, pero me considero en

el deber de advertirle de las dificultades que va a encontrar. Usted es un “bundo”… de los del último grado, o sea de los mejores. No voy a poner en tela de juicio sus conocimientos, la Medicina Bartpur es extraordinaria, y su Cirugía es espectacular. Pero es completamente distinta de la nuestra. La computadora que revisará su examen no aceptará como válidas respuestas que no figuren en nuestros textos, ni en Medicina, ni por supuesto en Cirugía. ¿Ha estudiado usted lo que podríamos llamar nuestra Medicina convencional?

—Puede estar tranquilo, he estudiado a fondo su Medicina.

—¿De veras? —preguntó el Profesor con extrañeza—. ¿Cuándo?

—Cuando el autoplaneta emprendió su viaje, después que mis padres y mi hermano se desmaterializaron en la máquina KARENDÓN, yo continué aquí durante dos años, que dediqué exclusivamente a estudiar su Medicina, su Cirugía y su Psicología.

—¿Estudió en nuestros libros de texto?

—Sí, en los de esta misma Facultad. Venía casi a diario a su biblioteca.

El Profesor dirigió a Fidel una mirada de admiración.

—Me sorprende usted, señor Aznar. ¡Claro que eso lo hace todo distinto! Si estudió con el provecho que cabe esperar de un “Bundo”, no dudo que esté preparado para afrontar un examen. Los programas de enseñanza de las computadoras son sustancialmente los mismos que figuran en los libros de texto.

El Profesor pulsó el botón de un timbre. Acudió la secretaria y el Profesor se puso en pie dando por terminada la entrevista.

—La señorita Andrea le acompañará a Secretaría. Puede usted rellenar hoy mismo su solicitud, y si no existen impedimentos legales, cosa que no espero, se examinará mañana. Deje su número de teléfono para que podamos llamarle a su casa.

Fidel estrechó la mano del Profesor, le dio las gracias y salió siguiendo a la secretaria.

* * *

Después de sopesar los pros y los contras, el Estado Mayor Valerano había decidido retirar algunas divisiones de la cabeza de puente sudamericana y trasladarlas en apoyo del General Baronet y

sus diezmadas divisiones del Norte de África. Para dar cobertura aérea a esta complicada operación, se había cursado una orden al Almirante Jefe de la 2.ª Flota, a fin de que concentrara sus efectivos sobre Argentina y esperara allí a la 1.ª Flota de Transportes que acudía desde VALERA.

Cansado e irritado, el Almirante Mayor vivió una mañana interminable, viendo cómo aquellas enormes masas de material de guerra se desplazaban lentamente de un lado a otro.

Todavía disponían los valeranos del Segundo, Tercero y Cuarto Ejército para arrojarlos a la lucha. Pero desde que llegaron al Reino del Sol el Almirante Aznar se mostraba cauto, actitud que irritaba sobremanera a sus jóvenes, impulsivos e inexpertos generales y almirantes.

La razón de esta cautela en el Almirante Mayor se fundaba en la falta de información respecto de la verdadera fuerza del enemigo.

Habían transcurrido catorce mil años desde la última vez que el autoplaneta estuvo en este mismo escenario. Para los tripulantes de VALERA, moviéndose en el espacio a casi la velocidad de la luz, los catorce mil años de la Tierra se reducían a 635, incluyendo el tiempo que el autoplaneta estuvo en los planetas de REDENCIÓN y en el circumplaneta ATOLÓN.

Incluso en tan corto tiempo, los valeranos habían evolucionado en una línea de continuo progreso. El nuevo sistema de enseñanza por inducción directa al cerebro, los prodigiosos avances de la Medicina y la Cirugía, la creación de materia a partir de la energía, y la aplicación de los campos de fuerza gravitacionales, eran otros tantos hitos importantes en el desarrollo tecnológico de los valeranos, si bien los dos últimos eran adoptados de la avanzada técnica bartpurana.

Si se comparaba el progreso de los valeranos en sólo 335 años (no debían contarse los 300 empleados en el viaje de retorno, pues realmente no los vivieron) los catorce mil años transcurridos en la Tierra, había motivos más que sobrados para el Almirante Aznar se sintiera preocupado.

Por alguna razón no concretada, las divisiones acorazadas valeranas estaban sufriendo graves reveses en los frentes de combate. Ya aquella mañana, en el transcurso de la reunión del Estado Mayor, alguien había deslizado la palabra “arma secreta”

como justificación de lo que estaba ocurriendo en tierra. Desde que VALERA llegó al Reino del Sol, incluso mucho antes, el Almirante Aznar estaba esperando algo nuevo de aquellos diabólicos Hombres de Titanio.

En las tensas horas de la Sala de Control, donde cada minuto se recibían noticias de la marcha de las operaciones en la Tierra y el espacio, el Almirante Aznar olvidaba frecuentemente a su familia. Pero un despacho recibido en las primeras horas de la tarde vino a recordarle de improviso que uno de sus hijos estaba involucrado en aquel conflicto armado que ya arrojaba un primer saldo de víctimas.

El Vicealmirante Pereira, jefe de los controladores, subió al puente de mando y entregó al Almirante Mayor la traducción de un despacho ya descifrado. Era el mensaje en el cual el Almirante Ferrándiz informaba haber autorizado al Contralmirante para llevar a cabo el rescate de dos hombres del Ejército extraviados en un lugar alejado del frente de combate.

El Almirante Aznar se puso furioso.

—¿Cómo ha podido Ferrándiz autorizar una misión tan descabellada? ¡Arriesgar un buque y sesenta tripulantes para rescatar a dos probables desertores!

—Los desertores también son seres humanos, Almirante —dijo Pereira suavemente—. Si usted y yo estuviéramos perdidos allá abajo, nos sentiríamos tan egoístas como el que más, y no nos pararíamos a reflexionar si para salvarnos nosotros arriesgaban su vida sesenta de nuestros compañeros.

—Usted no me ha interpretado bien. No he querido decir que la vida de dos desertores sea menos valiosa que la suya o la mía, sino que… ¡Bah, déjeme en paz! —se interrumpió el Almirante, malhumorado—. El hecho cierto es que no puedo confiar en nadie, ¡en nadie! En adelante tendré que leerme también todas las comunicaciones que se crucen entre sí los almirantes… las que los generales cambien con sus coroneles… ¡y también entre los jefes de patrulla! Esto no es una guerra seria, sino una feria de títeres. No hay sentido de responsabilidad, ni fe ni convicción en lo que cada uno hace. ¡No puedo llevar todo el peso de la guerra yo solo, demonios!

—Pues no la lleve —contestó Pereira sin alterarse—. Deje que

los demás se sientan parte de este conflicto, asumiendo cada uno la responsabilidad que le corresponde.

—Pereira, me da la impresión que usted goza llevándome la contraria —rugió el Almirante Mayor.

—¿Prefiere que le dé siempre la razón, aunque no la tenga?

—¿Quiere decir que no estoy en mis cabales, que estoy equivocado y todo marcha estupendamente?

—No hemos venido a ganar esta guerra en cuatro días, ni usted mismo cree que eso sea posible. Ahí enfrente tenemos un enemigo bien pertrechado, con los pies plantados sobre la tierra y dispuesto a disputarnos cada palmo de terreno. Usted siempre dijo que ésta sería una guerra larga y difícil. ¿De qué se queja? Las cosas no nos van tan mal, después de todo.

—Quiere decir que podrían ir peor. ¡Vaya una forma de consolarse!

—Almirante, ¿por qué no deja esto y se marcha a su casa a almorzar? Luego ve un rato la televisión, se queda dormido en el sofá y…

—¡Váyase al infierno! —rugió el Almirante.

El Vicealmirante levantó los hombros y abandonó la plataforma por la escalerilla alfombrada.

El Almirante Mayor se dejó caer en su butaca reclinable. A su alrededor, treinta pantallas de televisión estaban en continuo funcionamiento dando las más variadas y cambiantes imágenes. Escenas de buques moviéndose en el espacio, de gigantescos "discos volantes" alejándose de VALERA, campos de batalla, monstruosas "tarántulas" robot que avanzaban disparando sus cañones, de plataformas lanza-misiles servidas por muñecos robot, de sólidas esferas de "dedona" flotando en el aire entre vedijas de humo… Y rostros, bustos de almirantes, de generales, de comandantes y coroneles moviendo los labios sin que se escucharan sus palabras. Perspectivas de las autopistas que rodeaban la ciudad, colmadas de un reguero de hombres, de mujeres y niños pedaleando en sus bicicletas, o marchando a pie con sus mochilas a la espalda, en busca de la seguridad de los espacios libres ante la inminencia del acercamiento del planetillo a la Tierra…

Y todo esto sucedía en mitad de un zumbido de avispero, formado de voces que hablaban a la vez, del martilleo de los

teletipos y el zumbido de las computadoras…

Los técnicos que proyectaron la Sala de Control no parecía que hubiesen tenido en cuenta que aquella enloquecedora colmena tenía que ser atendida por un ser humano… un hombre sólo sentado en la butaca negra sobre la tarima del puente de mando, el cual tenía que tomar mil decisiones en un solo día, algunas de ellas de tanta trascendencia que podía implicar la vida o la muerte de miles o millones de seres.

Abatido, el Almirante Mayor se inclinaba hacia adelante tapándose los oídos con las manos. Luego, repentinamente, se puso en pie y abandonó el puente, dirigiéndose por el largo corredor entre los pupitres hacia el vestíbulo.

Junto a la puerta estaba Pereira y el Almirante Dumont-Aznar, pariente lejano del “superalmirante”, a quien éste llamaba afectuosamente “primo”.

—José, ve al puente mientras yo almuerzo —le dijo el Almirante Mayor mientras pasaba por su lado.

Pereira cruzó una mirada de inteligencia con el Almirante Dumont-Aznar. Luego siguió al “superalmirante” para ver la dirección que éste tomaba. Pero en lugar de dirigirse a casa, el Almirante Aznar entró en la cafetería del vestíbulo.

Suspirando, Pereira le siguió y se reunió con el Almirante Mayor tomando una alta banqueta ante el mostrador. Los dos hombres permanecieron una hora en la cafetería, hasta que después de tomar unos sandwiches y fumar un cigarrillo inocuo, el Almirante propuso a Pereira regresar a la Sala de Control.

Al volver a la Sala, el Almirante Aznar se dirigió a la sección de teletipos, dictando un despacho para que le fuera enviado a Ferrándiz. En este despacho el Almirante Mayor ordenaba el regreso del buque que había salido para rescatar a los desertores. La respuesta de Ferrándiz no se hizo esperar:

“IMPOSIBLE COMUNICAR CON EL LIÓN. EN ESTOS MOMENTOS NAVEGA EN INMERSIÓN EN DIRECCIÓN AL LUGAR DE LA CITA”.

La muchacha teletipista que había descifrado el mensaje vio palidecer al Almirante Mayor. La teletipista ignoraba que el LIÓN era el buque del Contralmirante Aznar.

Arrugando el papel y tirándolo al suelo con ira, el Almirante

Mayor se dirigió al puente de mando. Dumont le cedió la butaca, pero el Almirante Aznar le indicó con una seña imperiosa que continuara en ella. Luego se puso a pasear con las manos a la espalda, dando incesantes vueltas al puente de mando como un potro nervioso encerrado en un corral.

Durante el curso de la tarde continuó el ritmo trepidante de la Sala de Control. Una buena noticia, que circuló rápidamente por la sala, fue el mensaje de un Coronel Mas anunciando haber apresado a un SADRITA vivo. La orden del Almirante Mayor, exigiendo la captura de prisioneros, no había tardado en cumplirse.

En los cuatro frentes de combate, los soldados iban a la caza y captura de los SADRITAS.

Pero la bomba estalló poco después de las siete de la tarde, cuando poniendo cara de circunstancias, Pereira subió al puente y miró a los ojos al “superalmirante”.

—Malas noticias, Almirante —dijo Pereira.

El viejo Aznar sintió que la sangre se le helaba. Fue como una premonición.

—¿Se trata de mi hijo? —preguntó con voz desfallecida.

—Le han cogido prisionero. Lo de los desertores, era una trampa para atraernos.

—Dígame la verdad. ¿Prisionero… o muerto?

—Al menos estaba vivo la última vez que comunicó para advertir al buque. El LIÓN logró escapar, aunque maltrecho, y el Almirante Ferrándiz le ordenó regresar a la base para que su Comandante pueda informar personalmente de lo que ocurrió.

—Le habrán matado —murmuró el Almirante Aznar.

—Razonemos con lógica. Si los SADRITAS se tomaron todo el trabajo de simular que allí había un par de nuestros hombres pidiendo auxilio, y esperaron hasta que Miguel Ángel salió del buque, ¿por qué lo harían, si no fue para coger prisioneros a su hijo y a los que iban con él?

—Todavía me lo pone usted peor, Pereira. Los Sadritas le interrogarán, le torturarán y finalmente lo matarán. ¿Qué otra cosa podemos esperar de esos diabólicos pulpos sin entrañas?

En toda la Sala de Control se había hecho un extraño silencio. Mil quinientos controladores y quinientos técnicos especializados, puestos en pie, miraban hacia la plataforma que se levantaba en el

centro de la Sala como un ring. El Almirante Dumont, el Almirante Sandoro y el Contralmirante Azpeitia habían subido hasta el puente y rodeaban al Almirante Mayor en silencio, como expresión de su pesar.

—Miguel, ¿por qué no te vas a casa? —dijo Dumont-Aznar afablemente—. Nosotros nos cuidaremos de todo lo que haya que hacer. Si existe una posibilidad de rescatar al muchacho lo sacaremos de allí. Ferrándiz está fotografiando cada palmo de esa zona.

El Almirante Mayor levantó con vivacidad la cabeza. Miró con ojos brillantes a los amigos que le rodeaban.

—Ninguna vida se arriesgará para salvar la de mi hijo —dijo con energía. Y añadió—. Es una orden.

El "Viejo" se movió en dirección a la escalerilla. Los almirantes se apartaron para dejarle paso. Los controladores, en mitad de un respetuoso silencio, le vieron pasar por el corredor con los hombros caídos y la mirada baja.

CAPÍTULO VI

HASTA pasadas las diez de la noche el teléfono estuvo sonando continuamente en el hogar de los Aznar. Desde todos los puntos del planetillo, gentes y personajes de todos los estamentos sociales llamaban para interesarse por la suerte de Miguel Ángel y tratar de aportar una palabra de consuelo al Almirante.

Pero el Almirante se había retirado a su habitación inmediatamente después que regresó a casa. Yawna estaba con él y tuvo que ser Fidel quien contestó al teléfono. La noticia parecía haberse extendido de una forma tan rápido como misteriosa, despertando un unánime sentimiento de pesar.

Era curioso, pues todos los días ocurrían bajas entre la juventud entregada a aquella lucha sin cuartel con los odiosos Hombres de Titanio, pero nadie le concedía demasiada importancia salvo, como era natural, cuando afectaba directamente a los familiares y amigos del muerto. La razón debía ser que nadie conocía a todos los que diariamente caían en la lucha, mientras que el Almirante Aznar era una personalidad por todos conocida, generalmente admirada y respetada.

Después de desconectar todos los teléfonos y videófonos de la casa, a excepción de los que estaban comunicados directamente con la Sala de Control, Fidel fue a la habitación de sus padres para interesarse por el estado de ánimo del Almirante.

El Almirante estaba echado medio vestido en la cama. Yawna, sentada en el borde de la cama, le tenía cogida una mano. Los dos permanecían con los ojos cerrados, inmóviles como estatuas en la semipenumbra de la habitación, solamente iluminada por una lamparilla de pantalla.

La comunicación espiritual entre los esposos era tan íntima en estos momentos, que bien podía decirse sin exageración que ambos constituían un mismo ser. Toda la angustia, todo el dolor y la

tristeza del alma del Almirante, eran captadas psíquicamente por Yawna, y sentidas por ésta con la misma prístina pureza que las sentía el Almirante.

A Fidel le ocurría lo mismo. Podía captar el silencioso fluir de los sentimientos de su padre, alternados con pensamientos y recuerdos que se remontaban a la niñez de Miguel Ángel, a cada momento dichoso del pasado, a las satisfacciones que el hijo le había proporcionado. Y sentía en sí mismo la desesperación y la protesta airada del hombre que se interrogaba a sí mismo, preguntándose en razón de qué adverso destino le había tocado vivir la amargura de ver perdido al hijo amado de su corazón.

Ninguna palabra habría sido capaz de expresar aquel dolor, que llegaba al conocimiento de Fidel directamente de alma a alma. Fidel en este instante no era Fidel, sino el propio Almirante, su pensamiento y su espíritu.

Las portentosas facultades psíquicas de Fidel no sólo le permitían vivir los sentimientos de su padre. Veía también su aura, aquel misterioso halo que envolvía todos los seres vivos. Y veía el aura de su padre apagada, reducida a su mínima expresión, como de un moribundo.

El dolor y la angustia del Almirante eran tan insoportables que Fidel consideró como un acto de piedad sumirle en un sueño hipnótico profundo. El dolor no habría desaparecido cuando el Almirante despertara, pero su cuerpo cobraría nuevas energías durante el sueño.

En unos momentos el Almirante Aznar quedó profundamente dormido, en un sueño tranquilo sin pesadillas que debería durar por lo menos hasta las nueve de la mañana siguiente. Entonces Yawna se soltó de la mano de su esposo, se puso en pie y siguió a Fidel fuera de la habitación.

—Ha sido terrible —dijo Fidel—. Jamás había vivido una experiencia semejante. Comparado con el dolor del padre que pierde un hijo, el del hermano es apenas nada.

—Fidel, ¿tienes tú la sensación de que tu hermano está muerto? —preguntó Yawna.

—No. Creo que si mi hermano estuviera muerto, de alguna forma yo lo sabría. No es ésa mi impresión.

—Miguel Ángel no es hijo mío, pero le amo como si yo misma le

hubiese parido. Pienso como tú. Si le hubiesen matado yo lo habría percibido. Fidel, tú podrías, con tu clarividencia, saber dónde está tu hermano.

—Es difícil a esta distancia, la Tierra se encuentra a diez millones de kilómetros, pero lo intentaré.

Fidel Aznar se sentó en un sillón, apoyó los codos sobre las rodillas y la frente en las manos. Yawna amortiguó las luces del salón y Fidel concentró su pensamiento. Trató de desplazarse fuera del edificio, y a través del espesor de cien kilómetros de "dedona" de la corteza del planetillo, proyectarse a la Tierra.

Después de intentarlo varias veces, retiró las manos y sacudió la cabeza mirando a Yawna.

—Es inútil, no puedo concentrarme. Tal vez sea porque me siento muy afectado. Lo intentaré en otro momento.

Yawna resignóse con un suspiro, besó a su hijo en la frente, costumbre adquirida de los terrícolas, y le deseó que pasara una buena noche, un hábito igualmente adquirido después de más de veinte años de convivencia con los terrícolas, ya que dadas las circunstancias, no era de esperar que ninguno de los dos tuviera un sueño muy feliz.

En efecto, Fidel tardó mucho en conciliar el sueño, lo cual consiguió al fin cayendo en una especie de sopor profundo poblado de indefinibles imágenes. Pero en algún momento determinado, su conciencia alerta empezó a captar imágenes extrasensoriales.

Vio a su hermano. Miguel Ángel tendía hacia él sus manos, gritaba pidiendo ayuda… chillaba como un poseído y repetía una y otra vez: "¡No, no!" Miguel Ángel luchaba con algo o con alguien, y Fidel se sintió invadido de profunda angustia, de un terror como jamás había sentido. Era algo indefinible, distinto del dolor físico, más profundo y agudo… más insoportable… ¡todavía más insoportable que la peor de las torturas!

Alguien profirió un grito… un aullido infrahumano, desgarrador, terrible…

Fidel se incorporó en la cama y al mismo tiempo despertó en la oscuridad de su habitación, jadeante, empapado en sudor.

La puerta de la habitación se abrió, se encendieron las luces y Yawna apareció ante Fidel en camisón de dormir. Se acercó a él.

—¡Hijo! Estás demudado, ¿qué te ocurre?

—¡Miguel Ángel!… ¡Algo terrible le ha ocurrido a Miguel Ángel!

Yawna se dejó caer en el borde de la cama, se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar. Era la primera vez que Fidel veía llorar a su madre y le produjo un dolor lacerante. De pronto Yawna apartó sus manos y miró a Fidel a través de sus lágrimas.

—¿Le han asesinado? ¿Es eso lo que quieres decir?

—No lo sé —todavía no repuesto de su terror Fidel tartamudeaba—. De seguro le han torturado… ¡le han torturado de una manera terrible, atroz! ¡Pobre Miguel, hermano mío!

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Fidel sin que él se diera cuenta. Cuando percibía el dolor y la angustia de su padre, había interceptado también algunas de las ideas del Almirante, entre ellas la posibilidad de que Miguel Ángel fuera torturado antes de ser asesinado. ¡Todo lo que el Almirante imaginó no era nada comparable con lo que Fidel había sentido en sueños!

—No le hablaremos de esto a tu padre —dijo Yawna recogiendo sus lágrimas con el dorso de la mano.

—No sé si será posible evitarlo, madre. Cuando él hable de Miguel, mi pensamiento tal vez se exteriorice involuntariamente, trasmitiéndole la experiencia de esta horrible pesadilla.

—Tienes que evitar que eso ocurra, ¿lo oyes? Cualquier cosa que él imagine, por terrible que sea, será leve en comparación con el sueño que has vivido. Sé que es horrible porque parte de tu pesadilla la he percibido también. Creí que era algo que te ocurría a ti mismo.

Eran las cinco y minutos de la madrugada de VALERA. Fidel rogó a Yawna que regresara a su habitación, pero al quedar solo comprendió que iba a serle imposible dormir. Se levantó, se vistió y se instaló en la sala de estar con un libro entre las manos, aunque sin éxito. El libro no pudo distraer su recuerdo de la terrible pesadilla.

A las siete se levantó Yawna y encendió la televisión para escuchar el boletín de noticias. El Estado Mayor anunciaba el aplazamiento de la “Operación Neptuno” hasta veinticuatro horas más tarde. Éste era el nombre de la operación de aproximación a la Tierra, que se esperaba produciría grandes terremotos y levantaría enormes mareas.

No se especificaban las razones de este aplazamiento, pero al

final del boletín se informó sucintamente:

“EN LA TARDE DE AYER, EL CONTRALMIRANTE AZNAR, HIJO DEL ALMIRANTE MAYOR, DESAPARECIÓ EN ACTO DE SERVICIO CUANDO CON LOS SARGENTOS PUCHE Y TABANES INTENTABA EL RESCATE DE DOS SARGENTOS DEL EJÉRCITO, EXTRAVIADOS EN LA REGIÓN DE LA CONFLUENCIA DEL RÍO NEGRO CON EL RÍO URUGUAY”.

Fidel se preguntó si el aplazamiento de la “Operación Neptuno” estaría relacionada con la desaparición de Miguel Ángel, supuesto que toda aquella zona quedaría probablemente bajo las aguas al producirse las inundaciones que provocaría la proximidad de VALERA.

La tarde anterior Fidel había recibido una llamada telefónica de la Secretaría de la Facultad de Ciencias, citándole para el examen que se celebraría hoy.

Fidel se vistió con ropas corrientes y después de desayunar con Yawna fue a echar una mirada al Almirante. Éste dormía apaciblemente y en su aura se advertía la recuperación física de su agotado organismo.

A las nueve de la mañana Fidel Aznar entraba con otros doce compañeros en el aula donde iba a realizarse el examen. Éste duró cuatro horas, hasta la una, con un breve descanso de media hora. Al término del examen Fidel se encontró con el Profesor Alejandro Valera en el pasillo.

—Intenté comunicar anoche con su casa, pero el teléfono no contestaba. No supe lo de su hermano hasta pasadas las diez… ¿Existe alguna posibilidad de rescatarlo con vida?

—Realmente muy pocas.

El profesor sacudió la cabeza.

—¿Cómo fue el examen?

—Bien, normal.

—Espero que salga aprobado.

—Yo también. En cuyo caso quiero pedirle un favor.

—¿Se trata de algo que yo pueda hacer?

—No lo sé. Si me aprueban quiero que me destinen a un Hospital militar.

—¿Alguno en concreto?

—Sí, el Hospital General de la Armada. Mi padre siempre tuvo ilusión por verme vistiendo de uniforme. No será en la forma que él imaginaba, pero al fin y al cabo, uniforme será.

El Profesor sonrió comprensivamente.

—Si sale usted aprobado vestirá de uniforme, y además con los galones de teniente.

Fidel dio las gracias al Profesor y regresó a su casa. Preguntó a Yawna por el Almirante, pero éste había regresado a la Sala de Control.

* * *

A las nueve y media de la mañana el Almirante Aznar cruzaba las puertas de "diamantina" de la Sala de Control y, por primera vez, pasaba descuidadamente ante el mostrador de identificación sin tomar su tarjeta.

Desde las ocho de la mañana, el Estado Mayor esperaba al Almirante en la sala de reuniones.

—Disculpen que les haya hecho esperar tanto —dijo el Almirante ocupando su butaca en un extremo de la larga mesa—. ¿Qué es todo esto?

La mesa estaba cubierta de grandes ampliaciones fotográficas, y era a este material cartográfico a lo que se refería el Almirante Aznar.

—Son fotografías aéreas de la zona donde su hijo desapareció.

—¿Quién lo ordenó?

Los almirantes guardaron un silencio de complicidad.

—Está bien —gruñó el Almirante Aznar—. Ya están hechas las fotografías. ¿Sirvieron para algo?

El Vicealmirante Valenciano puso ante el Almirante Mayor una ampliación fotográfica.

—Éste debe ser el lugar donde los SADRITAS sorprendieron al Contralmirante Aznar. Aquí puede verse todavía la tarántula robot que los supuestos desertores utilizaron.

—¿Por qué dice "supuestos"? ¿Quiere decir que tal vez ni siquiera hayan existido?

—Digo supuestos, porque tal vez esos hombres no fueran desertores, sino prisioneros a quienes los SADRITAS obligaron a

representar una farsa, al objeto de atraer a uno de nuestros buques y capturarlo. Los hombres, qué duda cabe, estaban allí. Lo sorprendente del caso es que, por lo que se deduce del diálogo, esos mismos hombres fueron quienes apuntaron al Contralmirante y sus compañeros con sus armas. El Comandante del LIÓN nos hizo oír una cinta de todo lo que se habló en la acción, grabada por los aparatos del buque.

—¿Cuánto tardará en llegar aquí ese Comandante?

—En cualquier momento a partir del mediodía.

—Vamos a estar demasiado ocupados en ese momento, pero le oiré en cualquier momento, después de la Operación Neptuno.

Los miembros del Estado Mayor se miraron entre sí. Fue finalmente el Almirante Santoro quien habló:

—Almirante, hemos decidido suspender la Operación Neptuno durante veinticuatro horas.

—¿Y eso por qué? —exclamó el Almirante Aznar saltando de su butaca.

—Tomamos esa decisión después de una reunión de medianoche. El reembarco de las divisiones no pudo realizarse en el tiempo previsto. Y además, esa zona donde el Contralmirante fue apresado quedará inundada cuando VALERA pase junto a la Tierra.

—No traten de jugar conmigo —gritó el Almirante Aznar golpeando la mesa—. ¿La operación ha sido retrasada por culpa del Ejército, o porque se espera que toda esa zona del río Negro quede anegada?

—Por ambas cosas, Almirante —dijo el General Carles—. Bien mirado, no nos corre tanta prisa. Hemos tardado catorce mil años en regresar. ¿Qué importa un día más?

—En esas veinticuatro horas los SADRITAS tendrán tiempo de evacuar sus ciudades de las zonas bajas y ponerse a salvo en las montañas. ¿Saben por qué? Pues porque el Contralmirante Aznar conoce la fecha y la hora culminante en que se producirá la marea… ¡conoce al detalle la Operación Neptuno y habrá confesado de plano bajo tortura! ¡No teníamos que haber retrasado la operación, sino anticiparla!

—No es tan importante matar unos miles de SADRITAS de más o de menos —dijo el General Carles—. ¡Cualquiera de nosotros cambiaría la vida de un millón de esos pulpos por uno de los

hombres que nos cogieron! ¡Y entre esos hombres se encuentra su hijo, Almirante! ¿Es que no le importa?

El Almirante Mayor se puso en pie descargando un puñetazo sobre las fotografías.

—¡Claro que me importa! —chilló hinchando las venas del cuello—. ¿A quién va a importarle más que a mí, que soy su padre? La diferencia está en que ustedes pueden pensar como humanos, pero yo tengo que pensar como Comandante Jefe. Hacer que mil SADRITAS mueran ahogados es importante. ¡Sí, lo es! Porque cada uno de esos mil SADRITAS es un enemigo que puede matar a mil de nuestros soldados. ¿O no lo ven ustedes así?

Los miembros del Estado Mayor guardaron enfurruñado silencio, evitando la mirada del Almirante Mayor.

—Por lo demás —continuó el Almirante Mayor en distinto tono —, es inútil perder tiempo tratando de rescatar a mi hijo. Lo mejor que podemos desearle al Contralmirante Aznar es que haya tenido una muerte rápida.

El Almirante Aznar volvió a su butaca y se mantuvo en actitud pensativa. Hasta que después de mirar a sus compañeros el Almirante Sandoro preguntó:

—¿Entonces la Operación Neptuno debe ponerse en marcha hoy mismo?

—Inmediatamente. ¿Cuántas horas llevamos de retraso?

—Nueve horas y cuarenta y cinco minutos.

—Nos pondremos en marcha con diez horas de retraso. Espero que con esas diez horas más el General Agramunt haya tenido tiempo de reembarcar sus tropas. ¿Alguna cosa más?

El Vicealmirante Valenciano, del Servicio de Información, puso ante el Almirante unas cuartillas mecanografiadas y grapadas.

—Es una memoria del Servicio de Información, compilada de las observaciones de distintas unidades en los cuatro frentes de combate. Nuestras conclusiones son que, efectivamente, los SADRITAS están utilizando una nueva arma.

—¡Una nueva arma! —exclamó el Almirante Aznar—. ¿De qué se trata?

—Algo de apariencia tan insignificante, que no en vano hemos tardado tanto tiempo en descubrirlo. Los SADRITAS emplean contra nuestros blindados proyectiles miniatura.

—¿Miniaturas? ¿Qué quiere decir?

—Pues eso, que se trata de miniaturas. Nosotros reducimos nuestros proyectiles, incluso nuestros blindados, con la ventaja de poderlos almacenar en muy pequeño espacio. Pero nuestras armas, mientras se hallan en este estado, son inertes. Es preciso volverlas a su tamaño natural para que recobren sus aptitudes ofensivas. Los SADRITAS deben haber resuelto ese problema. Sus proyectiles miniatura pueden operar con resultados positivamente tan buenos como si fueran armas de tamaño grande. ¿Cuál es la ventaja? Pues sencillamente, que sus armas son casi invisibles. Pueden deslizarse a baja altura burlando nuestro radar, esconderse debajo de una piedra o detrás de un matojo, y caer por sorpresa sobre nuestros blindados. Un volumen de un decímetro cúbico de materia fisionable, eliminados los espacios vacíos de la materia y reducido a un volumen de un milímetro cúbico, tienen el mismo poder destructivo. Supongamos que los SADRITAS han logrado construir bombas volantes del tamaño y aspecto de abejorros. Aun en el caso de que lográramos descubrirlos, nuestras armas de “luz sólida” difícilmente acertarían en un objeto tan pequeño, y esta dificultad sería aún mayor para nuestros grandes misiles de diez metros de longitud, demasiado pesados y torpes por comparación con la agilidad de un pequeño abejorro. Siempre había abejorros cuando nuestros blindados eran atacados por esas bombas invisibles. Se pensó en minas terrestres que nuestros detectores no podían descubrir, porque casi siempre lo que dejaba a nuestros blindados fuera de combate era la pérdida de algunas de sus patas. Ahora creemos saber que lo que ocurre es otra cosa. Pequeños artefactos dirigidos por control remoto, posiblemente, como abejorros o tábanos, van a posarse y hacen explosión en el punto más frágil de nuestros blindados; la articulación entre el cuerpo y las patas. Frecuentemente también estallan sobre nuestros proyectores de “luz sólida”, o se introducen en la boca de nuestros cañones haciéndolos estallar. Como se ve es un arma pequeña, pero terriblemente efectiva.

—¡Malditos sean esos puercos SADRITAS! —masculló el Almirante Aznar—. En todos los enfrentamientos que tuvimos con ellos, siempre se las arreglaron para sorprendernos con algún nuevo truco. La última vez que estuvimos aquí utilizaron la argucia de

miniaturizarse ellos mismos en compañía de sus máquinas. Nunca supimos cómo se las arreglaron para reducir el espacio vacío de su propia estructura molecular y sobrevivir a la metamorfosis. Sería interesante capturar alguna de esas mortíferas miniaturas, ahora que tenemos una pista sobre lo que puedan ser. ¿Qué hay del prisionero que iban a enviarnos?

—Debe estar para llegar de un momento a otro. Lo que nos preocupa es la forma de interrogarlo. ¿Cómo penetrar el hermetismo de unas criaturas que ni siquiera hablan? Si al menos tuvieran un cerebro como el nuestro, quizá pudiéramos escrutar su pensamiento con nuestras máquinas de inducción cerebral.

—Cuando el SADRITA esté aquí me avisan. Es posible que yo tenga a la persona capaz de penetrar las intenciones más ocultas de ese repulsivo ser —dijo el Almirante Mayor.

—¿Un parapsicólogo?

—Un parapsicólogo extraordinario, mi hijo Fidel. Él es monje "bundo". Lo que no pueda hacer un "bundo" no lo hará nadie —aseguró el Almirante Aznar. Y por primera vez al hablar de su segundo hijo, había orgullo en el acento de este hombre.

En realidad el Almirante nunca mencionaba a su hijo. Parecía avergonzarse de él. Tan era así, que incluso los amigos evitaban nombrarlo, temiendo, tal vez equivocadamente, humillar o irritar al Almirante. Millones de valeranos ignoraban su existencia, y de los altos jefes de las Fuerzas Armadas, que conocían muchas de las intimidades del hogar del Almirante, muy pocos sabían que Fidel Aznar se encontraba en VALERA.

—Bien, vamos a ocuparnos de la Operación Neptuno —dijo el Almirante Aznar poniéndose en pie.

Poco después el Almirante Mayor cruzaba la Sala de Control hasta el puente de mando, donde hacía su cuarto de guardia el Almirante Corrochano.

CAPÍTULO VII

EN el momento culminante de la Operación Neptuno, el planetillo VALERA, pasando tan cerca de la Tierra como permitía su propia seguridad, debía encontrarse sobre la vertical de las Antillas al mismo tiempo que la Luna. Como debido al retraso de la Operación la Luna no se encontraba en aquellos momentos en el lugar calculado, los astrónomos valeranos arriesgaron un poco más llevando a VALERA más cerca del planeta.

Aunque era de dimensiones parecidas a la Luna y estaba hueco, el planetillo pesaba tanto como la Tierra. Las perturbaciones causadas por el paso de VALERA se hicieron sentir especialmente en la Tierra. Las aguas hinchadas del Atlántico y el Océano Índico se abalanzaron en imponente ola sobre las costas, y todavía corrieron tierra adentro inundando incalculables millones de kilómetros cuadrados.

Simultáneamente con esta marea, centenares de volcanes, algunos de ellos apagados durante milenios, entraban en erupción provocando catastróficos terremotos, y enormes masas de aire se desplazaron de lugar originando violentos huracanes y lluvias torrenciales.

Cuando VALERA alcanzaba el punto de máxima aproximación, desde la Sala de Control del autoplaneta se ponían en acción las pantallas productoras de ondas gravitacionales. En este momento se experimentó en el planetillo un fuerte tirón que ocasionó el derrumbamiento de numerosos edificios. En medio planetillo, las gentes que habían salido al campo abandonando las ciudades y edificios, sentían una súbita pérdida de peso, mientras que en la otra mitad ocurría lo contrario, y los valeranos sentían aumentar súbitamente su pesadez. Especialmente en este hemisferio fue donde se desmoronaron algunos edificios y se hundieron gran número de techumbres.

Mucho peor fue para los habitantes de la Tierra.

Como succionados por una colosal ventosa, los mares se hincharon aún más, provocando una segunda marea que llevó todavía más lejos las consecuencias de la primera.

VALERA empezó a alejarse, pero las invisibles fuerzas gravitacionales todavía estaban actuando. La Tierra rompió su inmovilidad de dieciséis milenios y, aunque muy lentamente, empezó a girar sobre sí misma, cual era el propósito de los valeranos y el fin de esta devastadora aproximación de los dos cuerpos celestes.

Harían falta por lo menos otras dos pasadas como la primera para que el planeta volviera a girara su velocidad anterior.

La Tierra se movía ahora tan lentamente que necesitaría más de seis meses para completar el primer giro sobre sí misma. Esta parsimonia en el movimiento de la Tierra entraba en los planes del Estado Mayor Valerano.

En efecto, el Océano Pacifico era en la actualidad un inmenso campo de hielo. Este hielo necesitaría muchos meses de luz solar para licuarse, pero cuando el hielo acumulado en este hemisferio se convirtiera en agua, el resto de los mares del planeta experimentarían una subida de nivel que anegaría grandes extensiones arrebatadas al océano.

Emergiendo bajo los hielos de una noche que había durado dieciséis milenios, los vastos territorios de Asia, América del Norte y Oceanía, renacerían a la vida dando lugar a una floración de las antiguas especies vegetales que antes los poblaban. Y todo el hielo acumulado en estas tierras, corriendo en forma de agua por los torrentes y los ríos, iría a engrosar el volumen de los mares sepultando ciudades SADRITAS.

Hasta las ocho de la noche permaneció el Almirante Mayor en el puente de mando recibiendo noticias de los incontables desastres que azotaban al enemigo. La Operación Neptuno había sido un éxito y en este momento los habitantes de VALERA regresaban a sus ciudades. Algunos de ellos encontrarían sus casas derruidas, pero salvo la incomodidad de trasladarse de domicilio, esto carecía de importancia.

VALERA había albergado hasta doscientos millones de habitantes, siendo en la actualidad veintidós. Incluso en Nuevo

Madrid había millares de apartamentos desocupados.

Para facilitar el regreso de los valeranos a sus ciudades y dar agilidad a las tareas de desescombro, el sol artificial de VALERA no iba a apagarse esta noche.

Aquella mañana Yawna y Fidel habían volado en un aerobote hasta la quinta que el Almirante Mayor disfrutaba en las montañas. Sin embargo a las cinco ya estaban de regreso en el Palacio Residencial. Inmediatamente Fidel llamó por teléfono a la Facultad de Ciencias. Contestó la secretaria del Profesor Valera confirmándole que había resultado aprobado en el examen.

Entre la avalancha de noticias que aquella tarde se recibieron en el puente de mando, casi pasaron desapercibidas dos de un particular interés. El crucero LIÓN había regresado a la Base, y también se encontraba ya en VALERA el buque que traía al SADRITA prisionero.

Cuando, extenuado de fatiga, el Almirante Aznar regresó a su residencia, encontró la mesa dispuesta para la comida, y un visitante. Éste era el capitán de navío Gomar, comandante del LIÓN.

Con cara de circunstancias, el Comandante se presentó al Almirante Mayor. Traía consigo una cinta grabada por los aparatos de a bordo del LIÓN, en la que se había registrado toda la conversación que tuvo lugar entre el buque y el Contralmirante.

Era evidente el deseo de Gomar de disculparse, de justificar lo que aparentemente era un acto de abandono de un compañero en apuros, y rogaba al Almirante que escuchara esta grabación.

—Bien, vamos a oírla —dijo el Almirante Aznar sentándose.

El Comandante había traído consigo su propia reproductora y la hizo funcionar. El Almirante Aznar, su esposa y Fidel escucharon atentamente el diálogo. Particularmente emocionante fue para todos escuchar la familiar voz de Miguel Ángel a partir del momento que gritó:

"¡Sadritas!"

La voz del Comandante Gomar preguntaba desde el buque:

"¡Miguel! ¿Qué ocurre?"

Seguía el jadeo y algunos ruidos indescriptibles. Y una voz extraña que decía:

"Un movimiento más y le mato".

Miguel Ángel llamaba angustiado al buque.

“¿Gomar?”

“Sí” —era el Comandante quien contestaba con acento de ansiedad. Y Miguel Ángel se expresaba concisamente diciendo:

“Estamos perdidos, nos han cogido. ¡Marchaos!”

“Sí, Miguel” —decía Gomar—. “¡Pero volveremos a buscarte! No sé cómo, pero te rescataremos”.

“Adiós, Alberto”.

Se escuchaba durante unos minutos el estruendo apagado de unas explosiones. Los SADRITAS acribillaban al LIÓN con sus disparos. Miguel Ángel gritaba furioso:

“¡Disparad, estúpidos! ¡Disparad!”

—Pero no disparamos —aclaró Gomar al terminar la grabación y detener el aparato—. Si lo hubiésemos hecho habríamos arrasado con todo. Con los SADRITAS… y con nuestros compañeros también.

—Usted se comportó como un buen amigo, pero como un mal oficial —dijo el Almirante Aznar—. Miguel Ángel conocía perfectamente la suerte que le esperaba en poder de los SADRITAS. Él hubiese estimado como un favor piadoso que usted disparara con todas sus armas, aun sabiendo de cierto que moriría también. Le dio una orden que usted no cumplió. ¿Fue así, o no?

—Yo no obedecí aquella orden, es verdad. Miguel Ángel no era solamente mi superior, también era mi amigo —respondió Gomar. Y preguntó: De haberse encontrado usted allí, ¿habría ordenado disparar contra su propio hijo?

El Almirante, a quien evidentemente había emocionado escuchar la voz de aquel que consideraba muerto, meneó la cabeza.

—Será mejor que me entregue esa cinta. No es una buena prueba de descargo para usted. ¿Se quedará a comer?

El Comandante se quedó a comer, pero con muy buen sentido se marchó temprano, al advertir en el Almirante distracciones y señales de cansancio.

Cuando el Comandante ya se había marchado, al retirarse a su dormitorio, el Almirante dijo:

—Fidel, aplícame un poco de tu terapéutica hipnótica para que pueda dormir.

Fidel le siguió al dormitorio y le durmió. Las facultades sensitivas de Fidel advirtieron desde aquel día un cambio en su padre respectó a él. Suponiendo perdido a Miguel Ángel, el

Almirante buscaba el amor de este segundo hijo, como sintiéndose culpable de no haberle dedicado antes toda la atención que debía.

Este repentino acercamiento del Almirante a su otro hijo no iba a ser modificado por lo que ocurrió después.

A las dos de la madrugada sonó el teléfono rojo en la mesilla de noche del dormitorio del Almirante Aznar. Este teléfono comunicaba directamente con la Sala de Control y sólo se utilizaba para este fin.

Cinco minutos más tarde Yawna iba a despertar a Fidel.

Fidel despertó sobresaltado, pero la expresión del rostro de su madre no era portadora de malas noticias, todo al contrario. Y aun antes de que Yawna hablara, Fidel leyó su pensamiento. ¡Miguel Ángel estaba de regreso!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Fidel.

—Tu hermano, ¡está vivo! Logró escapar según parece. Él y sus compañeros fueron recogidos por un buque valerano y se encuentran camino de regreso a casa —explicó Yawna.

—¿Está totalmente ileso? —interrogó Fidel sorprendido.

—No se sabe en detalle, pero parece que se encuentra perfectamente. ¿Crees que debemos despertar a su padre y decírselo?

—Por supuesto, hay que decírselo. Pero no es necesario despertarle. Está agotado y le hace mucha falta descansar. Si le despertamos y le damos la noticia no habrá forma de volverle a dormir.

Fidel se levantó, siguió a Yawna hasta el dormitorio del matrimonio y se inclinó sobre el Almirante, que dormía apaciblemente.

Concentrando sus facultades psíquicas en la mente del Almirante, Fidel le habló con voz suave y enérgica:

—Vas a seguir durmiendo, padre. Sigue durmiendo, pero escucha, tengo noticias que poblarán de imágenes felices tu sueño. Tú hijo Miguel Ángel viene de regreso a casa. Está vivo, pudo escapar y llegará a VALERA dentro de unas horas. No hay por qué preocuparse. Miguel Ángel vive, está bien, regresará a casa.

Una expresión feliz cubrió el rostro del Almirante.

—Ya podemos irnos a dormir —dijo Fidel a su madre.

Pero fue Fidel quien tuvo que autosugestionarse después para

dormirse.

El Almirante Aznar despertó a las siete de la mañana con plena conciencia del retorno de su hijo. Apenas abrió los ojos descolgó el teléfono rojo y llamó al Centro de control para inquirir noticias del regreso de Miguel Ángel.

Era un hombre feliz cuando compareció para desayunar en compañía de Yawna y Fidel. Su aura resplandecía con renovado vigor.

—La inundación fue un factor decisivo en la fuga de Miguel Ángel y sus compañeros. El refugio subterráneo donde estaban encerrados resultó totalmente anegado. Los SADRITAS murieron ahogados como ratas, pero Miguel Ángel y sus compañeros conservaban sus trajes de vacío, ya que en aquel ambiente no podían respirar fuera de sus escafandras. Tuvieron la suerte de encontrar su aerobote y escapar, siendo recogidos por uno de nuestros buques, el CUZCO. Miguel estará en casa en veinticuatro horas —dijo el Almirante Aznar.

Desayunó corriendo y salió para ir a reunirse con su Estado Mayor. Fidel también salió para dirigirse a la Facultad de Ciencias, donde fue recibido por el Profesor Alejandro Valera.

—Escuché en el boletín de las siete la noticia del regreso de su hermano —dijo el Profesor Valera—. Enhorabuena. Y enhorabuena también a usted, por su brillante examen. La computadora le asignó la puntuación máxima. En su condición de número uno tenía usted el privilegio de escoger destino. Le he asignado al Hospital General de la Armada, tal como usted deseaba. Sólo tiene que presentarse en la Administración de la Armada para que le ratifiquen su nombramiento y destino. Éste es su título.

Dando las gracias al Profesor por su interés, Fidel regresó a toda prisa al centro de la ciudad dirigiéndose al Departamento de Defensa. Aquí, en dos edificios gemelos, estaban instaladas las Fuerzas Armadas, en sus dos divisiones de Ejército y Armada. A la división de la Armada se la conocía también por Almirantazgo, mientras que a la del Ejército se la denominaba el Generalato.

En el Almirantazgo, Fidel despachó su asunto con rapidez.

Le entregaron un parte de alta para el Hospital General de la Armada, y un vale para retirar de los almacenes tres uniformes completos.

La muchacha que extendía el vale levantó los ojos, miró a Fidel y dijo con acento preocupado:

—La verdad, no sé si habrá gorras para la medida de su cabeza.

Cuando bajaba en el ascensor hacia el almacén, Fidel Aznar se sentía preocupado por tan fútil motivo. Había puesto mucha ilusión en vestir el uniforme de la Armada, no por sí mismo, sino porque esperaba sorprender a su padre, y le hubiera fastidiado mucho tener que esperar uno o dos días para que le confeccionaran una gorra a su medida.

Pero la Armada era previsora hasta en los detalles más nimios, y tenía la gorra a la medida de la cabeza de Fidel. Se probó los uniformes y salió del probador con el último de ellos puesto. Quedaba muy bien vestido de blanco de pies a cabeza.

Vestido de uniforme, con la coca de teniente en las hombreras, regresó a casa a hora para el almuerzo. Yawna, su madre, le contempló con pupilas húmedas de amor.

—¡Qué guapo estás, hijo! ¡Y qué bien te sienta el uniforme!

—¿Crees que padre me verá bien?

—¡Oh, seguro!

—¿Viene a almorzar?

—Sí, está para llegar de un momento a otro. Ha telefoneado diciendo que vendría.

En efecto, minutos después se abría la puerta del departamento y el Almirante Mayor entraba en casa. Al ver al oficial vestido de blanco, incluso con la gorra puesta, se quedó paralizado por la sorpresa. En el primer instante pensó que se trataba de Miguel Ángel, cosa por demás imposible, pero inmediatamente reconoció a su otro hijo.

—¡Fidel!

El gigante rubio se llevó los dedos a la visera.

—A la orden, Almirante.

Había cierto acento de chanza en la voz de Fidel, y el Almirante frunció el entrecejo.

—¿Es una mascarada? —preguntó.

Fidel se quitó la gorra de plato la puso bajo el brazo e inclinó la cabeza respetuosamente.

—Señor, se presenta el Teniente Aznar del Cuerpo Médico de la Armada.

En efecto, Fidel traía el emblema del Cuerpo Médico de la Armada bordado en la bocamanga. Los azules ojos del Almirante Mayor brillaron de alegría. Luego gruñó:

—¿Por qué no me habláis dicho nada?

—Queríamos darte una sorpresa —explicó Fidel—. Además, hasta hace una hora no he sido confirmado en destino y grado. Tuve que pasar un examen muy severo para obtener mi licenciatura, y tampoco conocí el resultado hasta ayer en la tarde. Ahora tengo mi título y puedo ejercer la Medicina y la Cirugía.

El Almirante se acercó a su hijo, le palpó y le miró de arriba abajo con orgullo.

—Sorpresa sí ha sido —manifestó—. El uniforme te sienta muy bien. Es curioso que siempre haya deseado verte con este uniforme, y que mi ilusión se haya realizado de forma tan extraña. ¡Oficial médico de la Armada! ¿Quién iba a pensarlo?

De pronto abrazó a su hijo y le dio unos cariñosos golpecitos en la espalda. Se apartó de él y dijo con pupilas húmedas.

—Hoy es un día doblemente feliz. He recuperado al hijo que creía muerto y he podido ver a mi otro hijo vistiendo el uniforme que siempre han llevado mis antepasados —miró la coca en las placas de acero de las hombreras—. ¿Sólo Teniente? ¡Bah! Debieron haberte nombrado por lo menos Capitán. Espero que les demuestres pronto que eres el mejor médico del mundo.

—Acabo de llegar a la Armada, papá. Ya habrá tiempo para añadir galones —dijo Fidel riendo.

Después del almuerzo, el Almirante se retiró a hacer la siesta y Fidel salió para presentarse en el Hospital.

El Hospital General de la Armada estaba enclavado en un delicioso paraje, no lejos de la capital entre un bosque de pinos, sobre un pequeño promontorio junto al Lago Mayor.

En la Administración del Hospital todavía no se había recibido comunicación del alta de Fidel Aznar. Mientras esperaba a que ésta se confirmara por teletipo, Fidel fue a hojear una revista médica en uno de los sillones de la antesala. No llevaba allí cinco minutos, cuando alguien le llamó:

—¡Fidel Aznar!

Era el doctor Ross vestido con una bata blanca. Con él ven la una joven alta de cabellos castaños recogidos en un moño en la

nuca, una auténtica belleza de negros y ardientes ojos, en contraste con la piel pálida de transparencias nacaradas. La mujer vestía también de blanco, y en el lado izquierdo, sobre el turgente seno que la holgada bata no alcanzaba a disimular, llevaba prendido un retazo de tela negra en la que destacaban los galones de Capitán de fragata del Cuerpo Médico de la Armada. Los cuerpos auxiliares del Ejército y la Armada estaban ocupados generalmente por mujeres.

El doctor Ross, eminente psiquiatra, no pertenecía a las Fuerzas Armadas, por lo que sorprendió a Fidel encontrarle en este lugar.

—Fidel Aznar —repito el doctor tendiendo la mano—. ¿Oficial médico de la Armada? ¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana —respondió Fidel estrechando la mano de Ross—. Vengo a este Hospital, pero todavía no se ha confirmado mi destino por parte de la Administración.

—¡Si supieras que he estado acordándome de ti no hace ni diez minutos! Pero permite que te presente a mi colega, la Comandante Isabel Devesa, doctora en Psiquiatría. Señorita Devesa, éste es el hombre de quien le hablaba allí en el laboratorio. Fidel Aznar, hijo segundo de nuestro Almirante Mayor.

—¿El monje? —Preguntó la doctora Devesa estrechando la mano de Fidel—. Oiga, usted no tiene aspecto de monje Bundo, más bien de futbolista o algo parecido.

Fidel se puso colorado. ¿Por qué? Pues porque simultáneamente había captado una doble interpretación que fluía directamente del pensamiento de la joven doctora. Su aspecto físico había hecho impacto en la Comandante Devesa; no mentía al decir que le parecía más bien un futbolista que un monje. Pero al mismo tiempo, lamentablemente, experimentó una sensación de desprecio, más bien de rechazo hacia su condición de monje.

—Anda, ven con nosotros. Vamos a ver al Doctor Vercher.

—¡Pero el Doctor Vercher es el Vicealmirante Jefe de este Hospital! —exclamó Fidel.

—Naturalmente. Anda, ven —dijo Ross cogiéndole del brazo.

Ross cedió cortésmente el paso a la doctora Devesa por un largo corredor. La doctora iba delante, lo que dio ocasión a Fidel a admirar sus bien formadas pantorrillas. El aura que envolvía a la joven era la propia de una persona sana, vigorosa, temperamental y enérgica; un aura con vivos colores anaranjados, amarillos y verdes.

Al fondo del pasillo, un cartel sobre el cristal esmerilado de la puerta anunciaba que aquél era el despacho del Director del Centro médico. Esta puerta no daba directamente al despacho, sino a una antesala donde trabajaba una señorita mecanógrafa. La muchacha debía estar avisada de la llegada de Ross y de la señorita Devesa. Se puso en pie, entreabrió la puerta y anunció:

—La Comandante Devesa y el Doctor Ross.

Se volvió hacia los indicados y asintió abriendo la puerta.

Entraron en un espacioso despacho, sobrio y elegante a la vez. Un hombre de unos 40 años atendía a un videófono que ocupaba un extremo de la gran mesa de caoba. Hizo señas para que pasaran y siguió hablando:

—Estamos ocupándonos de ello, General. Aunque a decir verdad, con escaso éxito de momento. Todo sería mucho más fácil si conociéramos el mecanismo del pensamiento de esta extraña criatura. Los escasos trabajos que existen sobre la morfología de los Hombres de Titanio no nos sirven. Prácticamente no dicen nada…

Desde el lugar que se encontraba Fidel Aznar no podía ver la pequeña pantalla, pero reconoció la voz del General Carles, Jefe del Servicio de Información y hombre que solía frecuentar bastante el hogar del Almirante Mayor cuando todos estaban menos ocupados que ahora.

—¿Por qué no llaman a un parapsicólogo "de verdad" para que les eche una mano? —sugirió el General Carles—. Por ejemplo un Bundo. Yo podría recomendarles uno del que tengo referencias excelentes…

El Vicealmirante Jefe del Hospital no le dejó terminar.

—¡Un Bundo! ¿Se refiere a uno de esos monjes bartpuranos de cabeza rapada y sotana morada? —protestó el Director con acento despreciativo—. ¡Por Dios, General Carles, nosotros trabajamos sobre bases científicas sólidas! No vamos a llamar a un curandero para que nos diga lo que hemos de hacer, ¡no por Dios! Dennos un poco de tiempo, recién acabamos de empezar.

—Está bien, Vercher, sigan con lo suyo. Pero le advierto que si no obtienen un resultado pronto, vamos a llamar a ese monje Bundo. Le llamaré mañana.

El Vicealmirante Vercher apagó el aparato refunfuñando:

—¡Un curandero Bundo! ¡Sólo eso nos faltaba!

Se encaró con los que seguían de pie. No parecía de muy buen humor y se sacudió una imaginaria mota de polvo de su albo uniforme. Su aspecto general no le gustó a Fidel. Advirtió en el Vicealmirante los signos de un hombre vanidoso, cosa que por otro lado cualquiera podía deducir de un médico que, incluso en el Hospital, vestía un impecable uniforme de astronauta.

—Bueno, siéntense si quieren —gruñó el Director. Y mirando a Fidel—: ¿Quién es usted?

—Es el teniente médico Fidel Aznar, hijo de nuestro Almirante Mayor —presentó el doctor Ross.

Inmediatamente el Vicealmirante se puso en pie, sonriendo de oreja a oreja mientras tendía su mano por encima de la mesa.

—¿De modo que usted es hijo del Almirante? ¡Vaya, vaya! No sabía… —se interrumpió por no reconocer su ignorancia respecto a la existencia de este segundo hijo del "superalmirante". Era un hombre fatuo y rastrero, probablemente mejor político que médico —. ¿También pertenece a nuestro Cuerpo Médico?

—Le han destinado a este Hospital —dijo Ross, quien como buen psicólogo debía conocer perfectamente las debilidades de Vercher y se burlaba de éste en su fuero interno.

—¡Oh, excelente! ¡Sí, excelente! Tomen asiento, ¿cuál es su especialidad, señor Aznar?

—Medicina, Cirugía y Psiquiatría —contestó Fidel.

—¿Por qué Psiquiatría? No es corriente ver unidas estas tres ramas. Médico-cirujano y médico-psiquiatra sí, pero no Cirugía-Psiquiatría.

—No hay por qué asombrarse —dijo Ross con ironía—. En realidad este joven podría haber añadido otros títulos a su licenciatura. Por ejemplo, el de curandero.

Vercher volvió sus ojos sorprendidos hacia Ross.

—¿Qué dice usted? ¿Se está burlando de mí?

—Sinceramente, Vercher, para que sepa el terreno que pisa. Este joven es el mismo monje Bundo al cual seguramente se refería el General Carles. No hay otro en VALERA, así que debe de ser el mismo Monje Bundo; es decir, médico-cirujano-psiquiatra-parapsicólogo-fisico-bioquímico-exobiólogo-geólogo-matemático-ingeniero-cibernético-astrofísico-teólogo-filósofo… y unas pequeñeces más que no vale la pena citar. Además es hijo del

Almirante Mayor.

Vercher se puso colorado hasta las orejas.

—¿Por qué me dice todo eso, Ross? —protestó.

—Porque usted es uno de los tontos que todavía se niegan a admitir que la Medicina, la Cirugía y la Psiquiatría bartpur dan sopas con honda a nuestra medicina clásica. Lo que ocurre, sencillamente, es que nosotros no estamos en condiciones de adoptarlas, porque carecemos de sus facultades psíquicas, y optamos por burlarnos de ellos cuando, en realidad, deberíamos descubrirnos y, poniendo la mano en el pecho reconocer que somos unos ignorantes.

—Bueno, Ross, no será tanto —dijo Vercher sofocado—. Aun sin recurrirá la magia, también nosotros curamos. Combatimos las enfermedades, injertamos corazones, riñones, piernas y brazos…

—Está bien, Vercher, ¿para qué vamos a discutir? Tenemos a este joven Bundo aquí, y eso es lo importante. Precisamente venía con la intención de recomendarle a Fidel Aznar, cuando me lo encontré allí afuera. Usted me llamó a mí para que les echara una mano. He examinado al SADRITA. No es un caso para un parapsicólogo aficionado como yo, sino para un experto. La mente de ese ser es un enigma para nosotros. Éste es un caso para un parapsicólogo de altura. Dejemos probar a Fidel. Lo que él no pueda hacer jamás lo haremos nosotros.

Vercher reflexionó en silencio. Por supuesto, Fidel estaba siguiendo el fluir del pensamiento de Vercher, quien por un estúpido prurito de amor propio todavía luchaba con sus prejuicios. No se dirigió a Ross, sino que dando un rodeo abordó el asunto que tanto le preocupaba dirigiéndose a la doctora Devesa.

—Doctora Devesa, ¿cuál es su opinión al respecto?

Isabel Devesa se encogió de hombros. Como el propio Vercher era una mujer cargada de prejuicios hacia la Ciencia de los monjes “Bundo”. Le irritaba reconocer su fracaso y le costaba decidirse a dar vía libre al “curandero”.

—¿Qué quiere que le diga? Hemos probado con todas las drogas hipnóticas sin resultado. Esto es comprensible, supuesto que la naturaleza de titanio es distinta de la nuestra. Probamos a hipnotizarle… y casi nos duerme él a nosotros. Pero incluso si hubiésemos podido sumirle en trance hipnótico, ¿qué sacaríamos

con ello? No se puede hacer hablar a un ser que no habla. ¿Obligarle a escribir? Tampoco sabemos si conocen nuestro idioma. El doctor Ross ha apuntado una posibilidad en la que honradamente no creo. Llegar directamente al pensamiento del SADRITA y leer en él como en un libro. Como haría nuestra máquina "psi" si supiéramos en qué lugar del cerebro del pulpo están los canales de recepción de sensaciones.

Ross se enfadó y exclamó:

—¿Por qué no vamos derechos al grano, doctora Devesa? Si hemos llegado a la conclusión de que es un caso para un parapsicólogo, pongámoslo en manos de un parapsicólogo. Me llamaron a mí y me reconozco impotente para resolverlo. Llamen a otro y perderán el tiempo. Aquí tenemos a un bartpurano. Sabemos de sus facultades portentosas. ¡Pero no queremos que nos ayude porque nos humilla reconocer nuestro fracaso!

Mientras Ross hablaba, Fidel detectaba el pensamiento de Vercher, quien se decía para sí: "¡Así aspen al condenado Bundo! ¡Y es hijo del Almirante Mayor! En cualquier momento el propio Aznar me llama por teléfono y me pregunta por qué no hemos puesto este asunto en manos de su hijo cabezón. No podemos enemistarnos con el "Viejo", ¡sólo faltaba eso! ¡Con la de gente que hay empujando para quitarme el puesto en este Hospital!"

—Está bien, Ross, no se hable más del asunto —dijo el Vicealmirante Vercher—. Que lo intente el señor Aznar, nada se pierde con probar.

Ross soltó un resoplido. Se volvió hacia el silencioso Fidel. Éste asintió con su gran cabeza.

Bueno, probaremos. Nunca me he enfrentando psíquicamente a un SADRITA, pero veremos qué se puede hacer.

—El Estado Mayor quiere obtener información militar del…

—Déjelo, Vercher —interrumpió Ross, quien en su condición de civil no le temía a las iras del Vicealmirante médico—. Si Aznar consigue penetrar el pensamiento de esa criatura, todo lo demás será sencillo. Bueno, eso supongo.

Vercher se puso en pie.

—No quiero perderme esto —dijo con reticencia.

En realidad lo que pensaba era otra cosa: "Si el cabezón fracasa no quiero que nadie me lo cuente".

CAPÍTULO VIII

HABÍAN llevado al SADRITA al sótano del pabellón psiquiátrico, en cuyo laboratorio estaba instalada la máquina “psi”.

La máquina “psi” era una versión modificada de la misma que se utilizaba para aplicar el nuevo método de enseñanza por medio de la inducción directa al cerebro de información, conocimientos y experiencias. Utilizada en psiquiatría servía entre otras cosas para descubrir las anormalidades existentes en la coordinación de las funciones cerebrales.

Aplicando unos electrodos en determinadas partes del cerebro, esta máquina no sólo psicoanalizaba al paciente. Desatando las conexiones de las células cerebrales, era capaz de dejar la mente tan vacía como la de un niño recién nacido. Esto solía hacerse con los pacientes que por malos hábitos, por frustraciones o desviaciones sexuales, eran particularmente propensos a la agresividad o al crimen. “Desnudo” de todas sus experiencias anteriores, el paciente quedaba con la mente en blanco. Entonces se volvía a “escribir” en ella, bien totalmente, bien omitiendo aquellos capítulos de la vida del enfermo que motivaron su anormalidad.

Aplicada a un criminal, previamente sometido a sueño hipnótico, la máquina “fotografiaba” el pensamiento del individuo traducido a una clave que luego era interpretada por una computadora al lenguaje vulgar. No había recuerdo, ni idea ni intención que escapara a la investigación de esta máquina.

Siguiendo a Vercher y a Ross, que iban delante, Fidel Aznar descendió unas escaleras, cruzó unas puertas y se encontró en un amplio corredor. Toda la zona estaba muy vigilada por miembros de la Policía Militar armados.

Apenas Fidel Aznar entró en el sótano sintió la presencia de una fuerza extraña; el flujo de una mentalidad poderosa, no humana, maléfica en sí misma y perversa en sus intenciones, en una

intensidad como jamás había conocido. Toda la maldad del mundo parecía condensada en el aire, emanando en oleadas. Incluso si le hubieran dejado solo, Fidel habría sabido llegar hasta la fuente emisora de aquel fluido agobiante, solamente siguiendo una dirección.

Cruzaron una puerta y entraron en una amplia habitación sin ventanas.

Allí estaba el SADRITA. Le habían sacado del muñeco robot que estas criaturas solían tripular, y aparecía en el interior de una campana de "diamantina" donde un tubo insuflaba constantemente anhídrido carbónico.

No era mucho mayor que un calamar. Un bulbo constituía su cuerpo, y sobre la parte superior de éste asomaba un gran ojo amarillo. El pulpo tenía un faldellín minúsculo y seis patas cubiertas de ventosas. Apenas se movía. Su gran ojo compuesto, formado de múltiples ojos pequeños, le permitía observar en todas direcciones cuanto ocurría a su alrededor. Pero en realidad lo que le rodeaba parecía carecer de interés para el pequeño monstruo. De vez en cuando accionaba dos párpados membranosos y cerraba su gran ojo amarillo, como si le molestara la luz del foco eléctrico que pendía directamente sobre la campana. Permanecía uno o dos minutos con el ojo cerrado, y después volvía a abrir los párpados.

Parecía increíble que este minúsculo ser, físicamente débil y desprovisto de elementos ofensivos, hubiera sido capaz de transmutar la naturaleza del Sol, derrotar a los terrícolas con sus armas de "luz sólida" y obligarles a abandonar sus planetas.

En verdad los terrícolas no habían comprendido nunca a los SADRITAS, como tampoco comprendieron a los bartpuranos.

Toda la fuerza y la superioridad de los SADRITAS sobre los terrícolas residía en su inteligencia, en el poder de su mente y sus extraordinarias facultades psíquicas.

Fidel quedó sorprendido. Allí estaba el pulpo. Su aura, que solamente Fidel podía ver, irradiaba una fuerza descomunal. Todo él parecía envuelto en ondulantes llamas de color azul, amarillo y verde. Su aura salía a través del cristal y se extendía en un radio de medio metro, lo que era mucho considerando el pequeño tamaño del SADRITA.

De entrada se dio cuenta el "Bundo" de que se enfrentaba a un

contrincante poderoso. El SADRITA, como sabedor de su superioridad, sentía desprecio hacia los curiosos que le rodeaban. Mentalmente los apostrofaba, maldecía y amenazaba. Se mofaba de ellos…

Pero ocurrió que al entrar el “Bundo” en la habitación, el SADRITA sintió a su vez la presencia de una mente poderosa. Y se puso en alerta, agitándose y revolviéndose sobre sus repulsivas patas, incómodo y temeroso, preguntándose a sí mismo la razón de su malestar. Fidel Aznar supo entonces que le podría al SADRITA.

Puestos en semicírculo alrededor de la campana de cristal, la doctora Devesa el Vicealmirante médico Vercher, el Doctor Ross y Fidel contemplaban al pulpo, siendo a su vez contemplados por éste.

—Bien, éste es el sujeto —dijo el Director del Hospital.

—¿Conseguirás algo de él, Fidel? —preguntó Ross.

—Tiene una fuerza “psi” extraordinaria, nunca había visto nada igual.

—¿Cómo lo sabe? —interrogó la doctora Devesa.

—Estoy viendo su aura y siento el flujo de su pensamiento.

La doctora y el doctor Vercher cruzaron una mirada de incredulidad.

—¿Alguien quiere acercarme una silla? —dijo Fidel.

Uno de los dos guardias de vista que se encontraban dentro de la habitación trajo un taburete alto.

—Aléjense todos, por favor. Y apaguen esas luces, dejen encendido solamente el foco sobre la campana.

Entregando su gorra a Ross, el “Bundo” acercó el taburete y se encaramó a él mientras se apagaban las luces.

El pulpo se removió inquieto en su encierro de cristal y su aura arrojó llamas de ira y temor. Fidel Aznar se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas y la barbilla en los puños cerrados, concentrando su pensamiento sobre el minúsculo ser. En toda la habitación no se escuchaba el murmullo de una respiración.

Poco a poco Fidel iba aislándose de cuanto le rodeaba, reduciendo las dimensiones del espacio a su alrededor, hasta que quedó establecida una corriente psíquica que iba directamente de él al SADRITA, y en sentido inverso del SADRITA a él. Entonces pudo percibir en toda su intensidad el pensamiento del SADRITA, sus

sensaciones íntimas de sorpresa, de recelo y temor. El SADRITA percibía a su vez la fuerza psíquica del humano y trataba de protegerse.

“Vamos, ser inmundo, no me rehúyas” —expresó mentalmente Fidel—. “Mírame, estoy frente a ti. No me conoces, no sabes quién soy, pero yo sí te conozco. Eres la hez y la escoria del Universo; perverso y ruin. Mírame, soy más fuerte que tú y me vas a obedecer… Deja de luchar, es inútil que te resistas, estoy leyendo tu pensamiento. Relaja tus músculos… cede… entorna los párpados… vamos a caer en un sueño profundo… duerme, te lo ordeno… duerme…”

Con gran asombro de los presentes, el pulpo dejó de moverse. Sus repulsivas patas se distendieron y cerró el ojo cubriéndolo con su doble párpado membranoso. Había caído en un profundo sueño hipnótico. A partir de este momento Fidel empezó a recibir un torrente de imágenes y vivencias… imágenes de un mundo extraño, exótico y desconocido… recuerdos de una vida distinta de todo cuanto conocía, relacionada con otros seres y parajes…

Fidel empezó a hacer preguntas: “¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? ¿Esperabais que los terrícolas regresaran para reconquistar sus planetas? ¿Qué pensáis hacer? ¿Con qué medios vais a luchar? ¿Cuál es vuestro punto vulnerable? ¿Qué cosa teméis más? ¿Conoces nuestro idioma? ¿Lo conoce alguien de los de tu raza?”

Para los espectadores de esta extraña escena, nada tenía sentido. El gigante rubio se inclinaba hacia adelante y contemplaba fijamente al pequeño pulpo. Ni una sola palabra pronunció en todo el tiempo, ni siquiera movió los labios. Así durante media hora.

El doctor Vercher y la doctora Devesa empezaron a dar señales de cansancio y aburrimiento. Resoplaban, restregaban los pies y se agitaban. Luego empezaron a cuchichear entre sí.

—Es una farsa —dijo la doctora Devesa—. Luego dirá que ha entablado diálogo telepático con el SADRITA y que las respuestas a todas las preguntas que le hagamos las tiene en su memoria.

—Pero parece que ha conseguido hipnotizar al pulpo, ¿no?

—¿Cómo saberlo? A lo mejor el pulpo se ha dormido de aburrimiento, igual que nosotros.

Bajo la luz del foco la abombada frente del “Bundo” aparecía perlada de sudor. Finalmente exhaló un suspiro, se enderezó y giró

sobre el taburete mirando a las personas que estaban a distancia tras él.

Ross fue el primero en acercarse.

—¿Lo conseguiste?

Fidel Aznar estaba pálido. Parecía enormemente cansado y sudaba por todos los poros. Asintió con la cabeza.

—¿Lograste entablar diálogo con él? —insistió Ross.

—Sí.

También se acercaron el doctor Vercher y la doctora Devesa.

—¿Y bien, señor Aznar? —preguntó el Director del Hospital.

—Nunca me había enfrentado a nada tan terrible. Este ser es pura maldad. Su arrogancia no conoce límites…

—Y a pesar de su arrogancia usted le ha vencido en feroz lucha, ¿no es cierto? —dijo la doctora Devesa.

—Usted no cree nada de lo que digo —repuso Fidel acusador.

—¿Debo creerle?

—No es necesario, por supuesto. No me importa que me crea o no, me deja indiferente.

El doctor Vercher se impuso con un enérgico ademán.

—Sería conveniente que redactara usted un escrito relatando su diálogo con el SADRITA sin omitir nada. Esta prueba debería haberse realizado en presencia de un oficial del Servicio de Información. Un experto habría sabido dirigir el interrogatorio sobre los puntos esenciales que nos interesa conocer del enemigo. Seguramente querrán repetir el experimento.

—Podrá hacerse, a condición de que le mantengamos en estado hipnótico. Si despierta se autodestruirá. Es capaz de dirigir su fuerza psíquica contra sí mismo y aniquilarse. Leí la intención en su pensamiento cuando cedían sus fuerzas.

—¿Cuánto tiempo permanecerá así?

—Tal vez un par de horas, no puedo asegurarlo.

—No se mueva usted de aquí. Vigílelo y manténgalo dormido mientras llegan los del Servicio de Información. Voy a telefonear al General Carles.

Vercher salió rápidamente del sótano, dejando a Ross y a la doctora Devesa con Fidel Aznar. Ross puso su mano sobre el brazo de Fidel.

—Buen trabajo, muchacho. Sabía que lo conseguirías.

—No fue fácil. Él opuso una gran resistencia. Fue como echar un pulso, las fuerzas estaban muy igualadas, pero él cedió antes.

—Dime una cosa. Fidel. ¿Qué descubriste en el SADRITA?

—Son unos seres muy extraños, egocéntricos y ambiciosos, sin sentido de la conciencia, la piedad ni la moralidad. Colaboran entre ellos en tanto que cada uno piense que le beneficia individualmente, pero al contrario que nosotros, y eso es lo extraño, cada individuo es un ente solitario, cargado de agresividad y de envidia. Ignoran la célula familiar. Se reproducen por huevos que se incuban en común, por lo tanto no existe el concepto de padres ni hermanos. Creíamos que todos estos planetas formaban una unidad política. No es así, sino todo lo contrario, cada planeta es independiente, y aun dentro de cada uno de ellos existen pequeños estados independientes, rivales entre sí. Estaban unidos cuando llegaron a esta galaxia, porque entonces eran un número reducido y tenían que unir sus fuerzas para expulsar a los terrícolas. Después de la última vez que el autoplaneta VALERA estuvo aquí se produjo la escisión en estados. Nunca esperaron que regresáramos, en realidad casi se había perdido la noción de nuestra existencia, lo que es comprensible, considerando el tiempo medio de vida del SADRITA, que es apenas de diez años, y las muchas generaciones que se han sucedido en el curso de estos últimos catorce mil años.

—¿Conocen los beneficios de la máquina KARENDÓN?

—Sí. Pero fueron sorprendidos por nuestros campos de fuerza gravitacionales. No los conocen, y al menos en eso les llevamos ventaja.

—¿Cuál es su concepto del Universo? ¿Creen en un ser supremo?

—No, en absoluto. Su filosofía es puramente materialista, a pesar de que creen en la reencarnación. Pero no consideran ésta como un camino por etapas hacia la perfección del espíritu, sino una forma de perpetuar la energía. No me ha sido posible profundizar mucho en este terreno, en realidad ese SADRITA es un individuo bastante inculto.

—¿Llamas inculto a un ser que posee tan extraordinarias facultades psíquicas?

—Una cosa no tiene que ver con la otra. Sus facultades psíquicas son connaturales en el individuo, y gracias a este poder de percepción paranormal el SADRITA va aprendiendo en el curso de

su corta vida lo que nadie se molestó en enseñarle. Si yo tuviera un hijo con las mismas facultades psíquicas adquiridas por vía genética, ese muchacho no necesitaría ir a la escuela. Cada mente es como un centro emisor de radiaciones “psi”. Mientras el padre piensa, el hijo está captando su pensamiento. No “escucha”, sino que ve las ideas en la misma fuente donde éstas brotan, y por eso las comprende más fácilmente. Mi hijo no tendría que aprender a hablar, o podría nacer mudo y me comprendería perfectamente. Los SADRITAS ignoran el lenguaje hablado, los pensamientos van directamente de uno a otro. Pero lo que un SADRITA ignora tampoco puede expresarlo mentalmente. Luego pueden coexistir la ignorancia y las facultades psíquicas. Un SADRITA nunca será tan ignorante como un terrícola analfabeto, porque captando los mensajes telepáticos aquí y allá, algo aprenderá. También saben expresarse hablando los analfabetos, incluso exponer ideas de cierta altura, aunque nunca hayan leído un libro. La cultura entre los SADRITAS parece ser que se extiende por capas sociales. Los compartimientos serán menos herméticos que en la sociedad terrícola, porque siempre trascenderá algo de las ideas geniales de los sabios a quienes se encuentran a su alrededor. Pero igual que una piedra arrojada a un charco produce ondas cada vez más anchas, y cuanto más lejanas más débiles, la sabiduría que trasciende de los grandes cerebros SADRITAS se va debilitando a medida que alcanza las esferas más distantes de su sociedad. Al menos, así es como yo imagino que debe ser.

—Bueno, pues no es poco lo que has aprendido en tan poco rato —dijo el doctor Ross. Y después, suspirando—. ¡Dios mío, lo que me habría gustado haber nacido mestizo bartpurano!

Ross era un apasionado de la parapsicología y por esto admiraba las facultades paranormales de Fidel Aznar. Ross incluso se había recluido un tiempo en un monasterio Bartpur para estudiar la ciencia de los “Bundos”, de cuya experiencia resultó la publicación de un libro magníficamente documentado, si bien que de escasa difusión.

Los terrícolas todavía se interesaban poco por la parapsicología, por la sencilla razón de que ni podían comprenderla ni practicarla.

Tal era el caso de la doctora Isabel Devesa, que estaba allí escuchando al “Bundo”, debatiéndose entre la admiración y la

incredulidad. Captando el pensamiento de la doctora, Fidel se volvió repentinamente hacia ella preguntando:

—Dígame, Doctora, ¿qué tiene usted en contra mía?

La joven se puso colorada, cosa que no solía ocurrirle con frecuencia y la enojó mucho.

—¿De veras quiere que se lo diga? —respondió ella.

—¿Quiere que se lo diga yo? He seguido el hilo de sus pensamientos desde el momento que nos encontramos. Conozco todo lo que usted está pensando, y no sólo lo que me concierne a mí.

—Es usted un fatuo presuntuoso, señor Aznar. Conozco ese truco le adivinación del pensamiento. Yo también podría adivinar muchas de las cosas que usted se propone hacer en este Hospital, basándome en la lógica de un análisis de su carácter. Diagnosis a simple vista… intervenciones quirúrgicas sin anestesia… prácticas de curandero en fin. Pero tales cosas no le serán permitidas en este Hospital, se lo advierto. Tendrá que recurrir a los análisis, los Rayos Equis, la anestesia clásica y el bisturí, igual que todos. Quiero decir que si ha venido aquí a deslumbrarnos con sus conocimientos adquiridos de la Medicina bartpurana, va a quedar chasqueado.

—Quiere decir que lo que ustedes temen es precisamente que yo aplique mis conocimientos para mi lucimiento personal.

Fidel había acertado en la diana y se vio a la doctora Devesa ponerse encarnada como un pavo. Ella de pronto dio media vuelta y abandonó la habitación renunciando a defenderse.

—Fidel, muchacho —dijo el doctor Ross—. Temo que lo vas a pasar mal en este Hospital. Ellos no van a permitir que practiques la Medicina a tu aire y según los métodos que has aprendido en Bartpur. ¿Te das cuenta?

—Sí.

Poco después llegaban dos altos oficiales del Servicio de Información para interrogar al prisionero.

CAPÍTULO IX

En la reunión del Estado Mayor de la mañana siguiente se pudo leer, por primera vez en la historia, un informe completo sobre la organización social, política y militar, de los estados SADRITAS. Este informe era el resultado del exhaustivo interrogatorio de un SADRITA, llevado a cabo por el Servicio de Información a través del Doctor Fidel Aznar.

Todo el enorme valor de esta información había sido lamentablemente cercenado por una nota de advertencia colocada al final. Tal nota decía:

“El Vicealmirante Jefe del Hospital, Doctor Vercher, y la Doctora Isabel Devesa, Jefe de la Sección Psiquiátrica del mismo Centro, expresan sus reservas en cuanto a la autenticidad de los datos contenidos en este informe. Tales reservas se basan en la duda de si estas declaraciones le fueron arrancadas al interrogado en contra y a pesar de su voluntad o si, al contrario, el interrogador Doctor Aznar, fue inducido mentalmente por el prisionero para que aparecieran como declaraciones verdaderas una serie de falsedades encaminadas a confundir a nuestros jefes sobre el auténtico poder ofensivo del enemigo”.

—¡Vaya con el Doctor Vercher, nos ha hecho polvo! —exclamó el Almirante Mayor arrojando el informe sobre la mesa.

—Después de esto ya no sabremos a qué carta quedarnos —dijo a su vez el General Masaneta—. ¿Hipnotizó el Doctor Aznar al Sadrita, o pudo más el Sadrita e hipnotizó al Doctor Aznar?

—¿De quién fue la idea de poner esta nota como coletilla? Todo parecía una novela color rosa hasta que uno llegó al final —se lamentó el Almirante Dumont-Aznar.

—Es que si la ponen al principio no leemos el informe —dijo irónico el Almirante Sandoro.

Hubo un silencio en el que todas las miradas convergieron sobre

el Almirante Mayor.

—Seguiremos los planes previstos —dijo el Almirante Aznar sin levantar la vista de la mesa—. Conquistaremos los planetas uno a uno, aunque tardemos veinte años.

—Si el informe fuera cierto podríamos atacar simultáneamente en los tres planetas principales y Ganímedes —dijo Sandoro.

—No lo sabemos, por lo tanto no podemos arriesgarnos —repuso secamente el Almirante Mayor. Y a continuación—: Veamos los siguientes informes.

Los otros informes se referían casi en su totalidad a las observaciones verificadas por los jefes de unidad de la Armada sobre las áreas afectadas por las inundaciones y los terremotos.

El Estado Mayor había retirado sus divisiones autómatas de Sudamérica trasladándolas al frente norteafricano, atacando a través de las fértiles llanuras del antiguo desierto líbico, con el propósito de unirse al ejército que avanzaba penosamente hacia el Congo y partir el continente en tres pedazos.

Uno de los informes hacía mención a la temida “arma secreta” del enemigo. Se habían obtenido varias fotografías de estos proyectiles diminutos. Las ampliaciones, enviadas por radio, venían a confirmar lo que siempre se había pensado. El arma miniatura de los SADRITAS era un moscardón, es decir, una imitación de tal insecto, incluidas cabeza, tórax, alas y patas. Estas fotografías coincidían con la descripción que el prisionero SADRITA hizo del arma.

Alguien hizo esta observación, pero el Almirante Aznar negó con la cabeza.

—Podría ser una argucia encaminada a hacernos creer que el resto de la declaración es verdadera. Sé algo de esto, mi esposa es bartpurana. Si era mi hijo quien estaba hipnotizado y no el SADRITA, al preguntarle Fidel por el arma secreta, involuntariamente estaría pensando en la forma que creemos tiene esa arma. El SADRITA sabría entonces que estábamos sobre la pista y actuaría con astucia, introduciendo un informe verdadero de escaso valor, entre el resto de la información falsa.

La reunión se disolvía poco después, dirigiéndose el Almirante a la Sala de Control. Una hora más tarde, hacia las diez y media, el Almirante veía en una de las pantallas del puente la imagen de

Miguel Ángel transmitida desde el CUZCO.

—Hola, hijo.

—Hola, papá.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Hemos sufrido mucho por tu causa, hijo. Te veo demacrado. ¿Os torturaron los SADRITAS tal vez?

—Nos aplicaron una droga hipnótica.

—Comprendo, los SADRITAS os hicieron hablar. Os interrogarían telepáticamente, que es todavía peor. ¿Por qué demonios tuviste que participar personalmente en aquella absurda operación de rescate? En fin, la cosa ya está hecha. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien.

—Supongo que los del Servicio de Inteligencia te cogerán en cuanto desembarques. Ven a casa tan pronto puedas.

—Sí, papá.

—Hasta luego, hijo.

La imagen se borró de la pantalla y el Almirante se reclinó en la butaca. Ahora que estaba tranquilo respecto a Miguel Ángel, no podía dejar de pensar en aquel informe rechazado. De ser esto cierto, los SADRITAS deberían encontrarse en decadencia, divididos en pequeños y múltiples estados enemistados entre sí.

Era curioso, pero mirando a la historia de los pueblos, incluido el terrestre, se advertía una semejanza en todas las civilizaciones. Alcanzado un punto de máximo esplendor, los pueblos se entregaban a la indolencia cayendo en los vicios de la pereza, la envidia y la intriga.

Aparecía entonces en el horizonte otro pueblo que, menos favorecido por la fortuna, impulsado por el hambre o la falta de espacio, tomaba por la fuerza el decadente imperio y se instalaba sobre las ruinas de la civilización anterior.

Los intrusos iniciaban una era de brillantes conquistas militares, reunían los pedazos del dividido imperio anterior, imponían una unidad política y mejoraban las condiciones de vida. Pero como sus antecesores, incurrían en los mismos errores y caían en los mismos vicios. Cedía el impulso expansionista, se sucedía una era de paz y empezaban las luchas intestinas, se extendía la lacra de la

corrupción, el Poder se agotaba luchando por mantener la unidad, y se iniciaba la decadencia del imperio… Mientras en el horizonte, otro pueblo aparecía y oteaba codicioso en dirección a la fácil presa.

Tal parecía ser el inexorable destino de los pueblos, y ni siquiera los SADRITAS escapaban a esta ley. Pocos en número, pero unidos en un esfuerzo común, llegaron al Reino del Sol e hicieron fácil presa de los planetas terrícolas. Durante dos mil años trabajaron con ahínco modificando el aspecto de aquellos mundos. Por esta época vino VALERA e intentó inútilmente recobrar los planetas. Pero VALERA tuvo que retirarse sin haber logrado su propósito. Luego vinieron catorce mil años de paz. ¡Catorce mil años era demasiado tiempo para un pueblo tan agresivo como el SADRITA! Demasiado para sostener el ritmo creador de los primeros y difíciles tiempos. Y se produjo la escisión.

De ser ciertas las informaciones obtenidas del prisionero SADRITA, éste sería el momento propicio para que VALERA atacara simultáneamente en la Tierra, Venus y Marte. Si no se hacía inmediatamente, podía ocurrir que los SADRITAS reaccionaran y se unieran para hacer frente al enemigo común, en cuyo caso la reconquista de los planetas podía prolongarse largo tiempo… o quizá no se consiguiera nunca.

Después del agotador interrogatorio del SADRITA, Fidel Aznar durmió en el Hospital hasta que le despertaron a las nueve de la mañana. Uno de los médicos de guardia le prestó su maquinilla de afeitar.

Después de tomar un ligero desayuno en la cafetería del propio Hospital, Fidel se dirigió a las oficinas de la Administración. Había llegado la confirmación de su destino y le asignaban a la Sección de Radioscopia; es decir, un departamento en el cual no podría realizar “milagros”.

La hostilidad del Director del Hospital era manifiesta, y junto a Vercher otros médicos-cirujanos de merecido prestigio se sentían molestos por la presencia de un monje “Bundo” en el centro módico.

Fue a consultar en el tablón de servicios y comprobó que su nombre ni siquiera figuraba en él.

Presintiendo que iba a disponer de muchos días libres en el

futuro, Fidel bajó hasta el sótano de la Sección Psiquiátrica. Un par de hombres retiraban la campana de cristal y cogían al pulpo con unas pinzas introduciéndolo en un frasco. El pequeño monstruo había muerto.

Abandonando el Hospital, Fidel Aznar tomó el "metro" para dirigirse al centro de la ciudad. Fue al Ayuntamiento, donde estaba instalada la Junta de Movilización y Reclutamiento. Dio cuenta de su situación, demostrándola mediante los documentos que poseía, y aproximadamente a la una cruzaba la Avenida de África por el paso subterráneo, salía a la superficie frente al Palacio Residencial y tomaba el ascensor hasta la planta 88, donde estaba la residencia del Almirante Mayor.

Las facultades psíquicas de Fidel Aznar no se encontraban en estado de alerta en aquel momento, pero éstas estaban tan ejercitadas en un monje "Bundo", que ya al salir del ascensor percibió algo extraño en el ambiente.

Era una sensación parecida a la que experimentara la primera vez que bajó al sótano de la Sección de Psiquiatría en el Hospital. Los sentidos de Fidel, estimulados por esta percepción extracorpórea, se pusieron en estado de alerta.

Al entrar poco después en el apartamento, Fidel miró sorprendido a su alrededor. Sintió intensamente la presencia de una mentalidad extraña, perversa, poderosa hasta el agobio.

Hablaban en el salón. Reconoció el timbre de la voz de su hermano, y alternando con la de éste el Almirante que preguntaba. Miró por la rendija de la puerta entreabierta. Vio a Yawna y al Almirante sentados en el diván, y Miguel Ángel de pie ante ellos, de espaldas a la puerta.

Fidel fijó su atención en el aura de su hermano y quedó sorprendido. ¡Había dos auras superpuestas en Miguel Ángel! Una que emanaba radiaciones mortecinas, apagada, y otra vigorosa proyectando largas crestas de tonos verde y azulados. Un terrible pensamiento cruzó como un relámpago por la mente del joven "Bundo".

Como si sintiera el peso de la mirada de Fidel en su nuca, Miguel Ángel se interrumpió de pronto y dio media vuelta mirando hacia la puerta.

Fidel empujó la puerta y entró en el salón.

Allí estaba su hermano, alto, varonil y elegante, con su blanco uniforme de astronauta, la mano apoyada en la empuñadura de la daga, un adminículo que formaba parte del uniforme de gala de la Armada, aunque como arma era poco menos que inútil.

Cuando las miradas de los dos hermanos se encontraron se produjo un choque telepático. Para Fidel siempre había sido fácil leer el pensamiento de su hermano. Pero no en esta ocasión. Mientras Fidel trataba de penetrar en la mente de Miguel Ángel, una poderosa fuerza de rechazo emanaba de la mente de éste oponiéndose a la penetración de Fidel.

Fidel comprendió entonces que sus sospechas eran ciertas. No era su hermano quien le rechazaba, sino otro ser distinto. Alguien con unas facultades psíquicas extraordinarias, parecidas o superiores a las suyas propias. Este alguien no podía ser Miguel Ángel. ¡Otra alma extraña poseía a Miguel! Y habiendo estado recientemente en poder de los Sadritas, este espíritu maligno sólo podía ser… ¡un SADRITA!

El pensamiento de Fidel fue recogido telepáticamente por el intruso. ¡Y el SADRITA se descubrió! Fidel captó la pregunta que nacía en la mente de su hermano, dirigida y controlada por el extraño.

"¿Quién eres tú, que posees una fuerza psíquica como la mía?"

El miedo había delatado al SADRITA.

Los dos hombres se contemplaron con hostilidad. Pero mientras se miraban, algo más estaba ocurriendo. Dos mentes poderosas se enfrentaban en un diálogo sin palabras. Fidel empezó a moverse alrededor de Miguel Ángel, y éste giró sobre sí mismo dando siempre la cara a su hermano.

Tal actitud sorprendió enormemente al Almirante.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¿Qué juego es éste?

Fidel dirigió un rápido mensaje telepático a su madre:

"Yawna, ve a llamar a la guardia".

Pero el SADRITA interceptó el mensaje. De pronto, profiriendo un salvaje aullido, Miguel Ángel empuñó la daga que llevaba colgando y se abalanzó sobre su padre clavándole la hoja en el cuello. Yawna lanzó un grito de horror…

Fidel Aznar saltó como un tigre sobre las espaldas de su hermano. Ambos cayeron sobre el Almirante en el momento que la

aterrada Yawna se ponía en pie. Volcaron el diván, y al Almirante con ellos, rodando los tres por la alfombra.

Miguel Ángel logró escapar de la presa y se incorporó de un salto. En la mano esgrimía todavía la daga. Se arrojó sobre Fidel, que estaba de rodillas, pero el "Bundo" le esquivó agarrándole el brazo, se puso en pie y le volteó en el aire arrojándolo sobre la mesa.

Cuando Fidel se abalanzaba sobre su hermano, éste le rechazó con los pies y le envió reculando contra las sillas arrimadas a la pared. Yawna cruzaba la habitación en dirección al teléfono. Miguel Ángel corrió hacia ella y la derribó de un tremendo golpe en la nuca. Fidel se incorporó y, con increíble agilidad para su corpulencia, saltó sobre Miguel Ángel derribándole en la alfombra.

Fidel actuó ahora con rapidez y habilidad. Sus grandes y sus fuertes dedos hicieron presión en el cuello de su hermano, y éste quedó paralizado cayendo a la alfombra sin sentido.

—Llama a la guardia —dijo Fidel a Yawna.

Se dirigió rápidamente hacia donde el Almirante estaba caído y se arrodilló a su lado. Vio en seguida que la daga, si bien no llegó muy profunda, había alcanzado al Almirante en la carótida. El Almirante perdía sangre a chorros por el corte. Era una herida que había que cerrar rápidamente, so pena de que el Almirante quedara desangrado en otro minuto.

Fidel Aznar hizo acopio de serenidad para dejar de ser el hijo del Almirante y llamar a sí al experto médico-cirujano, al monje "Bundo". Puso el pulgar sobre la herida, se concentró en sí mismo y actuó con sus poderes psicokinéticos cerrando y uniendo los bordes de la herida, tanto interior como exteriormente… ¡Instantáneamente el Almirante dejó de sangrar!

Cuando los dos hombres de la guardia entraron precipitadamente instantes después, quedaron atónitos. Aparte del desorden en la habitación y de que tanto el Almirante como su hijo el Contralmirante estaban tendidos en la alfombra, en el cuello y el hombro del blanco uniforme del Almirante Mayor y en las manos de Fidel Aznar.

—Arresten a mi hermano —les ordenó Fidel señalando al Contralmirante. ¿Tienen esposas?

—¿Qué quiere decir? —preguntó uno de los soldados.

Entró el Teniente Marín, responsable de la seguridad personal del Almirante. Al oír lo que el “bauta” quería hacer le miró como si estuviera loco.

—¿Arrestar a su hermano? ¿Por qué?

—Ha intentado asesinar a mi padre. Este asunto no debe trascender, y de ello le hago responsable. Mi hermano el Contralmirante no es dueño de sus actos. Tenemos que maniatarle hasta en tanto recobre la razón.

—Yo sólo veo que ellos están sin sentido y usted tiene las manos manchadas de sangre. ¿Cómo explica esto? —interrogó el teniente.

—Es natural, he curado a mi padre.

—¿Dónde?

—En el cuello.

El Teniente se inclinó sobre el Almirante, pero aunque pudo comprobar que tenía sangre en el cuello no vio herida alguna por ninguna parte.

El oficial señaló a Fidel y ordenó a sus hombres:

—Vigílenlo. Voy a llamar al Almirante Dumont.

—Llame primero al Hospital —dijo Fidel resignadamente—. Ha perdido mucha sangre y necesita una transfusión.

El Teniente le miró indeciso. En efecto, telefoneó primero al Hospital General de la Armada, y a continuación a la Sala de Control para hablar con el Almirante Dumont-Aznar. En la espera, mientras Dumont salía apresuradamente de la Sala de Control, cruzaba la plazoleta y corría hacia el ascensor, Fidel intentó levantar a su padre y ponerle en el enderezado diván. Pero el celoso oficial no le permitió tocarlo. Los soldados tendieron al Almirante en el diván y siguió una nerviosa espera hasta que llegó el Almirante Dumont-Aznar.

Si bien era un buen político, Dumont no era un hombre muy resolutivo. Aunque pariente lejano formaba parte de la familia y no sabía qué partido tomar. Yawna y Fidel le llevaron aparte y le ofrecieron una versión increíble del caso. ¡Miguel Ángel estaba poseído por el espíritu de un SADRITA! ¿Quién podía creerse aquello?

Incapaz de resolver por sí mismo, Dumont-Aznar llamó al Almirante Corrochano y al General Carles. Todo el alto personal del Ejército y la Armada residía en el mismo Palacio, de modo que no

tardaron nada en llegar. Mientras tanto habían reanimado a Miguel Ángel, que fue a sentarse en una silla tocándose el cuello.

Cuando Corrochano y Carles llegaron no le preguntaron a Fidel ni a Yawna, sino a Miguel Ángel. Este dio una versión totalmente distinta de los hechos.

—No sé qué ocurrió. Acababa de llegar y estaba aquí hablando con mi padre y mi madrastra. En eso llegó Fidel, me miró de una forma extraña y se arrojó sobre mí. Me quitó la daga, se abalanzó contra el Almirante y le hirió en el cuello. Yo luché con él, pero me dejó fuera de combate utilizando un truco que aprendió en el monasterio de los monjes “Bundo”.

—¡Pero su padre no está herido! Ni siquiera tiene un rasguño —exclamó Carles.

—Él debió curarle. Tiene poderes extraordinarios. Es un “Bundo”, no lo olviden.

—¿Pero cómo se explica que primero intentara asesinarle y luego le curara?

—Supongo que perdió la cabeza y luego reaccionó y comprendió la atrocidad que había cometido. Tal vez se encuentre enfermo… ¡no losé!

Dumont, Carles y Corrochano se reunieron en conciliábulo.

—Tendremos que actuar con la máxima reserva —dijo Dumont, preocupado por las repercusiones políticas del asunto—. Todo parece indicar que se trata de un caso de desavenencia entre hermanos. Eso ocurre incluso en las mejores familias.

—¡Pero es que no sólo se peleó con su hermano! ¡Quiso asesinar a su padre también! ¿Cómo explicar eso? —dijo Corrochano.

—El chico ha debido sufrir un choque emocional —argumentó el General Carles—. Estuvo hasta las cuatro de la mañana interrogando al prisionero SADRITA, lo que implicaba un extraordinario esfuerzo mental. Luego no dimos crédito al informe. ¡Y fue el Almirante Aznar en persona quien desestimó la declaración! Todo pudo coincidir para que el chico llegara a casa en un estado de tensión. Todos sabemos que las preferencias del Almirante han estado siempre por Miguel Ángel. Al otro ni siquiera le nombraba. Fidel llegó a casa, vio a su hermano que había regresado y mentalmente debió hacerle responsable de la falta de amor del padre, de la humillación de no haber podido dar

credibilidad a la declaración que cree haber arrancado telepáticamente al SADRITA… No se me ocurre otra cosa.

—¿Por qué no interrogamos a la madre? —sugirió Corrochano.

—Mejor no removamos este asunto, por favor —protestó Dumont Aznar—. Yawna es madre de Fidel y madrastra de Miguel Ángel. Si la interrogamos a ella es lógico que defienda a su hijo. Esto supondría un enfrentamiento entre Yawna y Fidel por una parte, y Miguel Ángel y el Almirante por el otro.

—¿Pero no vamos a hacer nada? —preguntó Carles.

—Tenemos que obrar con mucho tacto, caballeros. Creo que lo prudente en este caso es recluir a Fidel en un centro psiquiátrico. El muchacho se siente deprimido… ¡Sí es lo mejor! —se convenció a sí mismo el Almirante Dumont.

Poco después avisaban que la aero-ambulancia acababa de aterrizar en la terraza del edificio. Mientras los camilleros se hacían cargo del Almirante Mayor, el Almirante Dumont insinuó a los hijos y a la esposa del Almirante la conveniencia de ir todos al Hospital. Subieron todos a la terraza y se distribuyeron entre la ambulancia y la aerofalúa del Almirante Mayor.

La ingenua estrategia mental de Dumont no había merecido siquiera la atención de Fidel. Desde que Miguel Ángel se recobró de su desvanecimiento y aun antes, continuaba la pugna entre Fidel y el espíritu maligno que suplantaba la personalidad de Miguel Ángel.

Momentáneamente el SADRITA se había apuntado la victoria, y esto le daba cierto respiro. Hasta que el Almirante Aznar no se recobrara y pudiera declarar, el espíritu maligno no podría ser desenmascarado. Pero ahora el SADRITA estaba maquinando algo todavía más refinadamente perverso. ¡Trasladarse de Miguel Ángel al Almirante Aznar!

“No lo conseguirás, aborto del infierno” —decía Fidel mentalmente al SADRITA. “No sin antes vencerme a mí”.

“Te derrotaré. Tu gente es bastante estúpida después de todo. Van a cargarte de grilletes o a decir que estás loco. Y en cuanto te apartes de mí”…

“¿Por qué has venido? ¿Cuál es el diabólico propósito que te anima? ¡Ah, lo sabré de todos modos!” —decía Fidel telepáticamente.

En un vuelo de minutos estaban en el Hospital. La plana mayor

del centro médico, con el Vicealmirante Jefe Vercher al frente, esperaban a la ambulancia en la espaciosa terraza del pabellón de urgencias.

Apenas saltó a la terraza, seguido de uno de los policías, Fidel se dirigió a la Doctora Isabel Devesa, la asió de un brazo y la llevó consigo a unos metros de distancia.

—Tiene que ayudarme, Doctora —le dijo Fidel—. Ha ocurrido algo terrible, y temo que esté a punto de ocurrir algo todavía peor. Mi hermano estuvo prisionero de los SADRITAS y regresó hoy. Nadie advirtió nada extraño en él, excepto yo. Isabel… ¿usted cree en la posesión de una persona por otra?

Esta pregunta pareció dejar confundida a la doctora.

—¿A qué tipo de posesión se refiere, señor Aznar? Conocemos casos de influencia telepática de una persona sobre otra. Pero temo que no es ésa la clase de posesión a la que usted se refiere.

—Estoy hablando de la posesión total, Íntima y profunda de un espíritu sobre todo. Sabíamos que los SADRITAS eran criaturas dotadas de excepcionales poderes psíquicos. Éste es el caso de mi hermano. Un SADRITA, el espíritu de un SADRITA, se ha posesionado de mi hermano y controla su voluntad y su cuerpo. A estas alturas nadie puede poner en duda la existencia del espíritu. Es una experiencia por la que hemos pasado millones de valeranos cuando fuimos desmaterializados por la máquina KARENDÓN. La materia fue destruida, pero nuestras almas no perecieron. Regresaron a su soporte carnal cuando la máquina recompuso nuestro ser material. En cuanto a la metempsicosis no ha podido ser probada. Los bartpuranos creemos sencillamente en ella. Ahora bien, si la transmigración del alma se realiza del cuerpo de un difunto al cuerpo de un recién nacido, debería admitirse también que bajo determinadas circunstancias, un ser dotado de extraordinarios poderes psíquicos, puede abandonar voluntariamente su cuerpo y transmigrar al de otro ser que está animado por otra alma. Supongamos que es posible. ¿Qué ocurriría entonces?

—Señor Aznar, le veo muy excitado. Siento que está presionando psíquicamente sobre mí, y en estas condiciones…

—¡Isabel, despierte! Sólo voy a pedirle un favor. Mi hermano va a contar una versión de lo ocurrido hoy en casa, y yo daré otra

distinta. ¡Quiero que nos sometan a los dos a la máquina “psi” para aclarar quien dice la verdad!

—¿Se trata solamente de eso?

—Sí.

—Alguien tendrá que ordenarlo… o ustedes dos pedirlo.

—Deje eso de mi cuenta. Por favor, vaya a preparar la máquina —dijo Fidel.

El Almirante, tendido en la camilla, había sido introducido en un ascensor. Todos los demás se amontonaron en un segundo ascensor.

Mientras el Almirante Aznar era introducido en el quirófano de urgencia, todos los demás quedaron fuera. Fidel dirigió su fuerza mental sobre el Almirante Dumont-Aznar. El Almirante jamás sabría que no fue idea suya lo que se le ocurrió. Llamó aparte a Corrochano y a Carles, uniéndoseles el Vicealmirante Jefe del Hospital. Fidel distrajo la atención del SADRITA lanzando sobre esté una violenta ofensiva telepática. Pero no era posible engañar al suspicaz espíritu alojado en Miguel Ángel. En cuanto el Almirante Dumont habló a sus colegas de someter a los hermanos Aznar a un interrogatorio a través de la máquina “psi”, el SADRITA interceptó esta idea.

El SADRITA seguramente conocía la existencia de esta máquina a través de la mente de Miguel Ángel, pero ignoraba cuáles serían sus efectos aplicada a ÉL. Y de nuevo el miedo le traicionó.

Fidel leyó la intención del SADRITA en su pensamiento y trató de impedirlo, pero el policía militar que le vigilaba, y no le perdía de vista, le cogió por la cintura.

Miguel Ángel cruzó a la carrera el vestíbulo y, tomando impulso, se arrojó con fuerza contra el cristal de la ventana más próxima. Pero el cristal era “diamantina”, cosa que el mismo Fidel ignoraba. Miguel Ángel se estrelló contra el cristal con enorme ruido y cayó al suelo desvanecido.

Pero aunque Miguel Ángel no se movía ahora, el espíritu del SADRITA permanecía consciente.

“Eres un estúpido, te has traicionado” —le dijo Fidel.

El intento de suicidio de Miguel Ángel había provocado la confusión de todos los presentes.

—Vamos a llevarlo a recuperación —dijo el Vicealmirante Doctor Vercher.

—¿Por qué no quieren escucharme todos? —gritó Fidel de pronto. Y todos se quedaron mirándole sorprendidos—. ¿Es que no quieren entenderlo? Hay un espíritu maligno alojado en la mente de mi hermano, un SADRITA. No es Miguel Ángel, sino el SADRITA quien se niega a ser interrogado por la máquina “psi”, porque teme ser descubierto. Miguel Ángel estuvo prisionero y los SADRITAS idearon un plan para introducirse en VALERA de forma solapada. El SADRITA que ha poseído a mi hermano intenta algo todavía peor. ¡Quiere poseer a mi padre! ¿Se imaginan ustedes lo que significaría tener a nuestro Almirante Mayor preso de la voluntad de un ser infernal como ése? El enemigo conocería todos nuestros planes, estaría dentro mismo del cerebro que ordena y dirige todas las operaciones militares. Pero eso no es todo. Si este SADRITA ha podido llegar hasta aquí, con toda seguridad no ha venido solo. Había otros prisioneros…

En este momento Fidel captó el pensamiento del SADRITA. Y todo se le reveló como si asistiera a la proyección de una película de cine que solamente él veía.

—Había cinco prisioneros —continuó Fidel, siguiendo ahora un camino seguro—. Mi hermano y los dos hombres que le acompañaban… y los dos hombres que fueron a rescatar. Todos están poseídos de los espíritus de otros SADRITAS. El plan era sencillo, se trataba de apoderarse de uno de nuestros buques y poseer también a la tripulación… Los SADRITAS poseen una técnica que les permite reducirse de tamaño, igual que hacemos nosotros con nuestra Infantería Robot. Los cinco hombres cargaron en el aerobote doscientos setenta SADRITAS miniaturizados, escondidos en los asientos y en diversos lugares. Uno de nuestros buques recogió a los supuestos fugitivos. Mientras los tripulantes del buque dormían, uno tras otro fueron poseídos de los espíritus de los SADRITAS miniaturizados. ¡Uno de nuestros buques lleva una tripulación enteramente SADRITA! Al llegar hoy a VALERA cada uno de los tripulantes, mi hermano y sus cuatro compañeros se tragaron cada uno veinte pequeñas bolitas… un SADRITA en cada bolita protegida por una fina lámina de metal. ¡Esas bolas están todavía en el intestino de mi hermano! Deberían utilizarse para poseer a veinte almirantes y generales del “staff” del Almirante Mayor… ¡seguramente todos ustedes!

Dumont-Aznar, Corrochano y Carles palidecieron al mismo tiempo.

Detrás de Fidel Aznar, el SADRITA maldecía colérico. ¡Todo su plan había sido descubierto… revelado por él mismo!

—Fidel, muchacho… ¿estás seguro de lo que dices? —preguntó Dumont-Aznar, todavía no repuesto del choque emocional.

—¿Por qué tengo que convencerles yo? Las bolas están en el intestino de mi hermano. ¡Llévenlo a Rayos Equis!

Los policías y el teniente Marín estaban junto al exánime cuerpo de Miguel Ángel y miraron a sus jefes esperando.

—¿Tenemos rayos Equis aquí? —preguntó Dumont vacilante.

—Detrás de esa puerta —indicó el Vicealmirante Vercher.

—¿A qué esperamos? —gruñó Corrochano—. Es bien sencillo comprobar si Fidel dice la verdad.

Minutos después veían a través de una pantalla de radioscopia los diminutos cuerpos esféricos alojados en el intestino de Miguel Ángel. Estaban en el lugar donde Fidel indicó… ¡y en número exacto de veinte!

—¡Válgame Dios! —murmuró Corrochano estremeciéndose. ¡Y pensar que hemos podido ser presa de esos diabólicos pulpos!

—Tenemos que destruirles antes que puedan causarnos daño. No solamente éstos, sino los que vienen en los intestinos de nuestros hombres —dijo Dumont.

—¿Pero cómo los expulsaremos de esos hombres? ¿Cómo expulsar a este espíritu diabólico alojado en este pobre muchacho? —Carles se volvió a mirar a Fidel Aznar—. ¿Cómo?

—No será fácil arrojarlos de donde están —murmuró Fidel pensativamente. Agitó su gran cabeza rubia—. Tal vez…

—¿Qué?

—La máquina KARENDÓN. Tenemos archivadas las claves de cada uno de los que pasamos por la máquina KARENDÓN. Se trata de desmaterializar a Miguel Ángel y a los otros sesenta y cuatro hombres y materializarnos de nuevo. Pero no con la fórmula actual, sino con la antigua. Dudo que los SADRITAS puedan encontrar los cuerpos que abandonaron, puesto que no son los suyos propios. Nadie les llamará a reencarnar. Sus cuerpos se perdieron cuando los abandonaron para introducirse en los cuerpos humanos.

—¿Dará resultado?

—No se pierde nada con probar —dijo Fidel encogiéndose de hombros.

El Almirante Carles se volvió hacia el Teniente Marín.

—Investigue inmediatamente quiénes son los tripulantes del crucero CUZCO. Que la Policía Militar los busque donde quiera que estén y los arresten. En cuanto los tengan reunidos los conducen al Almirantazgo. Investiguen también dónde están las fórmulas de todos y cada uno de esos hombres.

—La de Miguel Ángel está en los sótanos del Almirantazgo —indicó Fidel Aznar.

—Vamos a llevarle allí —dijo Corrochano.

El SADRITA seguía apostrofando a Fidel. El "Bundo" había vencido al maléfico poder de aquel ser extraordinario. Porque también un monje "Bundo" era un hombre extraordinario.

EPÍLOGO

Dos días después, vistiendo su impecable uniforme, el Teniente Fidel Aznar, del Cuerpo Médico de la Armada, cruzaba el amplio vestíbulo del pabellón de la Administración del Hospital General e iba a consultar en el tablón de servicios.

—Hola, Doctor Aznar, buenos días —dijo una voz a sus espaldas.

Se volvió Fidel y se encontró con la Doctora Isabel Devesa que le sonreía. Vestida con su bata blanca, la doctora procedía al parecer de las oficinas de la Administración.

—Hola, buenos días —repuso Fidel—. Busco mi nombre en el listín de guardia, pero no lo encuentro.

—¿Cómo es posible? ¡Un hombre como usted, que posee entre otros el don de la clarividencia! ¡Y no es capaz de encontrar su nombre en una lista!

—¿Se burla usted de mí? —preguntó el "bauta"—. Sí, se burla. Lo estoy leyendo en su pensamiento.

—¿Adivina usted siempre todo lo que pensamos los demás?

—Sólo cuando me lo propongo.

La Doctora plegó sus rojos labios con un mohín.

—Tal vez no ha buscado donde debe —dijo cambiando de tema, y señaló otro lugar en el tablón—. Mire ahí.

—¡Me han asignado a la Sección de Psiquiatría! ¿Por qué?

—Porque ha demostrado usted ser un estupendo psicólogo. No jugamos limpio con usted, Aznar. Yo la primera. Me molestaban sus ínfulas de sabio que está a la vuelta de todo. En realidad usted no es orgulloso. Podría aplastarnos a todos con sus extraordinarios conocimientos, de modo que más bien resulta modesto, dadas las circunstancias. ¿Vamos andando?

Salieron del edificio y se dirigieron cruzando el parque hacia el pabellón psiquiátrico.

—¿Cómo está su hermano? —preguntó la doctora.

—¡Oh, bien! Salió de la máquina KARENDÓN tan limpio como si jamás hubiera llevado encima un molesto SADRITA. ¿Sabe que ocurrió?

—¿Qué?

—Regresó con el apéndice que le había sido extirpado no hace apenas un mes. Habrá que operarle de nuevo.

—¡Oh, no! —exclamó la Doctora Devesa.

Los dos se alejaron riendo, seguidos de la mirada de admiración de los convalecientes que paseaban por el parque.

A esa misma hora, a 30 kilómetros de distancia, a gran profundidad en el suelo, casi debajo de la Plaza de España, el Almirante Aznar tomaba una decisión que se había retrasado innecesariamente tres días.

Horas después, tres cuerpos del ejército, alojados en otras tantas flotas de gigantescos transportes siderales, zarpaban de VALERA y, escoltados por la Armada Sideral, se dirigían a atacar directamente a Venus, la Tierra y Marte.

Sentado en su butaca giratoria tapizada de cuero, el Almirante Mayor dirigía la operación desde el puente de mando.

F I N